

# POESÍAS COMPLETAS

ANTONIO MACHADO

*Freeditorial* 

## SOLEDADES (1899-1907)

### I

#### (EL VIAJERO)

Está en la sala familiar, sombría,  
y entre nosotros, el querido hermano  
que en el sueño infantil de un claro día  
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienes plateadas,  
un gris mechón sobre la angosta frente;

y la fría inquietud de sus miradas  
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales del parque mustio y viejo.

La tarde, tras los húmedos cristales, se pinta,  
y en el fondo del espejo.

El rostro del hermano se ilumina suavemente.

¿Floridos desengaños dorados por la tarde que  
declina? ¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?

Lejos quedó —la pobre loba— muerta.

¿La blanca juventud nunca vivida teme, que ha de cantar  
ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro, de la tierra de un sueño no encontrada;  
y ve su nave hender el mar sonoro, de viento y luz la blanca  
vela henchida?

El ha visto las hojas otoñales, amarillas, rodar, las  
olorosas ramas del eucalipto, los rosales que enseñan otra  
vez sus blancas rosas.

Y este dolor que añora o desconfía  
el temblor de una lágrima reprime, y un resto de viril  
hipocresía en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea todavía.

Nosotros divagamos.

En la tristeza del hogar golpea el tictac del reloj.

Todos callamos.

## II

He andado muchos caminos, he abierto muchas veredas;  
he navegado en cien mares, y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto caravanas de tristeza,  
soberbios y melancólicos borrachos de sombra negra,  
y pedantones al paño que miran, callan,  
y piensan que saben, porque no beben el vino de las  
tabernas.

Mala gente que camina y va apestando la tierra.  
Y en todas partes he visto gentes que danzan o  
juegan, cuando pueden, y laboran sus cuatro palmos de  
tierra.

Nunca, si llegan a un sitio, preguntan adonde llegan.

Cuando caminan, cabalgan a lomos de mula vieja,  
y no conocen la prisa ni aun en los días de fiesta.

Donde hay vino, beben vino;  
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven, laboran, pasan y sueñan, y en  
un día como tantos, descansan bajo la tierra.

### III

La plaza y los naranjos encendidos con sus frutas redondas y  
risueñas.

Tumulto de pequeños colegiales que, al salir en desorden de la escuela, llenan el aire de la plaza en sombra con la algazara de sus voces nuevas.

¡Alegría infantil en los rincones de las ciudades muertas!.

¡Y algo nuestro de ayer, que todavía vemos vagar por estas calles viejas!

#### IV

#### (EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO)

Tierra le dieron una tarde horrible del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura, había rosas de podridos pétalos, entre geranios de áspera fragancia y roja flor.

El cielo puro y azul.

Corría un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido, pesadamente, descender  
hicieron el ataúd al fondo de la fosa los dos sepultureros.

Y al resonar sonó con recio golpe, solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían los pesados terrones  
polvorientos.

El aire se llevaba de la honda fosa el blanquecino aliento.

—Y tú, sin sombra ya, duermes y reposas, larga paz a tus  
huesos.

Definitivamente, duermes un sueño tranquilo y verdadero.

V  
(RECUERDO INFANTIL)

Una tarde parda y fría de invierno.

Los colegiales estudian.

Monotonía de lluvia tras los cristales.

Es la clase.

En un cartel se representa a Caín fugitivo, y muerto Abel, junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco truena el maestro,  
un anciano mal vestido, enjuto y seco,  
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil  
va cantando la lección;  
mil veces ciento, cien mil,  
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría de invierno.

Los colegiales estudian.

Monotonía de la lluvia en los cristales.

## VI

Fue una clara tarde, triste y soñolienta.

.

.

tarde de verano.

La hiedra asomaba al muro del parque,  
negra y polvorienta.

La fuente sonaba.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;  
con agrio ruido abrióse la puerta  
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave golpeó el silencio de  
la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora copla borbollante del agua cantora me guía a la fuente.

La fuente vertía sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba:

¿Te recuerda, hermano, un sueño lejano mi canto presente? Fue una tarde lenta del lento verano.

Respondí a la fuente:

No recuerdo, hermana, mas sé que tu copla presente es lejana.

Fue esta misma tarde:

mi cristal vertía como hoy sobre el mármol su monotonía.

¿Recuerdas, hermano?

Los mirtos talaes, que ves, sombreaban los claros cantares que escuchas.

Del rubio color de la llama, el fruto maduro pendía en la rama, lo mismo que ahora.

¿Recuerdas, hermano?

Fue esta misma lenta tarde de verano.

—No sé qué me dice tu copla riente de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría ya supo del árbol la fruta bermeja;  
yo sé que es lejana la amargura mía que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores copiaron antiguos delirios de amores:

mas cuéntame, fuente de lengua encantada, cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

—Yo no sé leyendas de antigua alegría, sino historias viejas de melancolía.

Fue una clara tarde del lento verano.

Tú venías solo con tu pena, hermano;  
tus labios besaron mi linfa serena,  
y en la clara tarde, dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían;  
la sed que ahora tienen, entonces tenían.

—Adiós para siempre la fuente sonora, del parque dormido  
eterna cantora.

Adiós para siempre;

tu monotonía, fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;  
con agrio ruido abrióse la puerta de hierro mohoso y,  
al cerrarse, grave sonó en el silencio de la tarde muerta.

## VII

El limonero lánguido suspende una pálida rama  
polvorienta, sobre el encanto de la fuente limpia, y allá en el

fondo sueñan los frutos de oro.

Es una tarde clara, casi de primavera,  
tibia tarde de marzo

que el hálito de abril cercano lleva;  
y estoy solo, en el patio silencioso,  
buscando una ilusión cándida y vieja:

alguna sombra sobre el blanco muro,  
algún recuerdo,  
en el pretil de piedra de la fuente, dormido, o,  
en el aire, algún vagar de túnica ligera.

En el ambiente de la tarde flota ese aroma de ausencia.

que dice al alma luminosa:

nunca, y al corazón:espera.

Ese aroma que evoca los fantasmas de las fragancias  
vírgenes y muertas.

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,

casi de primavera, tarde sin flores,  
cuando me traías  
el buen perfume de la hierbabuena,  
y de la buena albahaca,  
que tenía mi madre en sus macetas.

Que tú me viste hundir mis manos  
puras en el agua serena,  
para alcanzar los frutos encantados  
que hoy en el fondo de la fuente sueñan.

Sí, te conozco,  
tarde alegre y clara,  
casi de primavera.

## VIII

Yo escucho los cantos de viejas cadencias,  
que los niños cantan cuando en coro juegan,  
y vierten en coro sus almas que sueñan, cual vierten sus  
aguas las fuentes de piedra:  
con monotonías de risas eternas,  
que no son alegres, con lágrimas viejas,

que no son amargas y dicen tristezas,  
tristezas de amores de antiguas leyendas.

En los labios niños,  
las canciones llevan confusa la historia  
y clara la pena;  
como clara el agua lleva su conseja  
de viejos amores, que nunca se cuentan.

Jugando a la sombra de una plaza vieja, los niños cantaban.

La fuente de piedra  
vertía su eterno  
cristal de leyenda.

Cantaban los niños canciones ingenuas, de un algo que  
pasa y que nunca llega:

la historia confusa y clara la pena.

Seguía su cuento la fuente serena;  
borrada la historia, contaba la pena.

## IX (ORILLAS DEL DUERO).

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.

Girando en torno a la torre y al caserón solitario,  
y las golondrinas chillan.

Pasaron del blanco invierno, de nevascas y ventiscas los  
crudos soplos de infierno.

Es una tibia mañana.

El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos, casi azules,  
primavera se ve brotar en los finos chopos  
de la carretera y del río.

El Duero corre, terso y mudo, mansamente.

El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido, azul o blanca.

¡Belleza del campo apenas florido,  
y mística primavera!

¡Chopos del camino blanco,  
álamos de la ribera,  
espuma de la montaña  
ante la azul lejanía sol del día,  
claro día!

¡Hermosa tierra de España!

## X

A la desierta plaza conduce  
un laberinto de callejas.  
A un lado, el viejo paredón sombrío  
de una ruinoso iglesia;  
a otro lado, la tapia blanquecina  
de un huerto de cipreses y palmeras, y,  
frente a mí, la casa,  
y en la casa la reja ante el cristal  
que levemente empaña su figurilla plácida y risueña.

Me apartaré.

No quiero llamar a tu ventana .

Primavera viene —su veste blanca  
flota en el aire de la plaza muerta—;  
viene a encender las rosas rojas de tus rosales.

Quiero verla .

## XI

Yo voy soñando caminos de la tarde.

¡Las colinas doradas,  
los verdes pinos,  
las polvorientas encinas!.

.

.

¿Adonde el camino irá?  
Yo voy cantando,  
viajero a lo largo del sendero.

.  
.  
—La tarde cayendo está—,  
"En el corazón tenía la espina de una pasión;  
logré arrancármela un día:  
ya no siento el corazón. "

Y todo el campo un momento se queda,  
mudo y sombrío, meditando.

Suena el viento en los álamos del río.

La tarde más se obscurece;  
y el camino que serpea y débilmente blanquea,  
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:

"Aguda espina dorada,  
quién te pudiera sentir en el corazón clavada. "

## XII

Amada, el aura dice  
tu pura veste blanca .

No te verán mis ojos  
¡mi corazón te aguarda!  
El viento me ha traído tu nombre en la mañana;  
el eco de tus pasos repite la montaña .

No te verán, mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!  
En las sombrías torres repican las campanas.

No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!  
Los golpes del martillo dicen la negra caja;  
y el sitio de la fosa, los golpes de la azada.

No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

## XIII

Hacia un ocaso radiante caminaba el sol de estío,  
y era, entre nubes de fuego,  
una trompeta gigante,

tras de los álamos verdes  
de las márgenes del río.

Dentro de un olmo sonaba  
la sempiterna tijera de la cigarra cantora,  
el monorritmo jovial,  
entre metal y madera,  
que es la canción estival.

En una huerta sombría  
giraban los cangilones  
de la noria soñolienta.

Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.

Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

Yo iba haciendo mi camino, absorto en el solitario  
crepúsculo campesino.

Y pensaba:

"¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa toda desdén y  
armonía;

hermosa tarde,  
tú curas la pobre melancolía  
de este rincón vanidoso, obscuro rincón que piensa!"  
Pasaba el agua rizada bajo los ojos del puente.

Lejos la ciudad dormía, como cubierta de un mago fanal de  
oro transparente.

Bajo los arcos de piedra el agua clara corría.

Los últimos arreboles coronaban  
las colinas manchadas de olivos grises  
y de negruzcas encinas.

Yo caminaba cansado, sintiendo la vieja angustia que hace  
el corazón pesado.

El agua en sombra pasaba tan melancólicamente, bajo los  
arcos del puente, como si al pasar dijera:

"Apenas desamarrada la pobre barca, viajero, del árbol de la  
ribera, se canta:

no somos nada.

Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera."

Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría.

(Yo pensaba:

¡el alma mía!)

Y me detuve un momento, en la tarde, a meditar.

¿Qué es esta gota en el viento que grita al mar:

soy el mar?

Vibraba el aire asordado  
por los élitros cantores  
que hacen el campo sonoro,  
cual si estuviera sembrado  
de campanitas de oro.

En el azul fulguraba un lucero diamantino.

Cálido viento soplaba, alborotando el camino.

Yo, en la tarde polvorienta, hacia la ciudad volvía.

Sonaban los cangilones de la noria soñolienta.

Bajo las ramas obscuras caer el agua se oía.

**XIV**  
**(CANTE HONDO)**

Yo meditaba absorto,  
devanando los hilos del hastío y la tristeza,  
cuando llegó a mi oído, por la ventana de mi estancia,  
Abierta a una caliente noche de verano,  
el plañir de una copla soñolienta,  
quebrada por los trémolos sombríos de las músicas magas de  
mi tierra.

Y era el Amor, como una roja llama.

—Nerviosa mano en la vibrante cuerda ponía un largo  
suspirar de oro, que se trocaba en surtidor de estrellas—.

Y era la Muerte, al hombro la cuchilla, el paso largo, torva y  
esquelética, —tal cuando yo era niño la soñaba—.

Y en la guitarra, resonante y trémula, la brusca mano, al  
golpear, fingía el reposar de un ataúd en tierra.

Y era un plañido solitario el soplo que el polvo barre y la ceniza avienta.

## XV

La calle en sombra.

Ocultan los altos caserones el sol que muere;

hay ecos de luz en los balcones.

¿No ves, en el encanto del mirador florido, óvalo rosado de un rostro conocido?

La imagen, tras el vidrio de equívoco reflejo, surge o se apaga como daguerrotipo viejo.

Suena en la calle sólo el ruido de tu paso;  
se extinguen lentamente los ecos del ocaso.

¡Oh, angustia!  
Pesa y duele el corazón .

¿Es ella? No puede ser.

Camina.

En el azul, la estrella.

## XVI

Siempre fugitiva y siempre cerca de mí,  
en negro manto mal cubierto  
el desdeñoso gesto de tu rostro pálido.

No sé adonde vas, ni dónde tu virgen belleza tálamo busca  
en la noche.

No sé qué sueños cierran tus párpados,  
ni de quién haya entreabierto tu lecho inhospitalario.

Detén el paso, belleza esquiva, detén el paso.

Besar quisiera la amarga, amarga flor de tus labios.

**XVII**  
**(HORIZONTE)**

En una tarde clara y amplia como el hastío, cuando su lanza blande el tórrido verano, copiaban el fantasma de un grave sueño mío mil sombras en teoría, enhiestas, sobre el llano.

La gloria del ocaso era un purpúreo espejo, era un cristal de llamas, que al infinito viejo iba, arrojando el grave soñar en la llanura.

Y yo sentí la espuela sonora de mi paso repercutir lejana en el sangriento ocaso, y más allá, la alegre canción de un alba pura.

**XVIII**  
**(EL POETA)**

Para el libro *La casa de la primavera* de Gregorio Martínez Sierra

Maldiciendo su destino como Glauco, el dios marino, mira,  
turbia la pupila de llanto, el mar, que le debe su blanca  
virgen Scyla.

El sabe que un Dios más fuerte con la sustancia inmortal está  
jugando a la muerta, cual niño bárbaro.

Él piensa que ha de caer como rama que sobre las aguas  
flota, antes de perderse, gota de mar en la mar inmensa.

En sueños oyó el acento de una palabra divina;  
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina, sin  
odio ni amor, y el frío soplo del olvido sabe, sobre un arenal  
de hastío.

Bajo las palmeras del oasis el agua buena miró brotar de la  
arena;

y se abrevó entre las dulces gacelas,  
y entre los fieros animales carniceros.

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y de dolor.

Y fue compasivo para el ciervo y el cazador,

para el ladrón y el robado,  
para el pájaro azorado, para el sanguinario azor.

Con el sabio amargo dijo:

Vanidad de vanidades, todo es negra vanidad;

y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:

sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad.

Y viendo cómo lucían miles de blancas  
estrellas, pensaba que todas ellas en su corazón ardían.

¡Noche de amor!

Y otra noche sintió la mala tristeza  
que enturbia la pura llama,  
y el corazón que bosteza,  
y el histrión que declama.

Y dijo:

Las galerías del alma que espera están desiertas,  
mudas, vacías:

las blancas sombras se van.

Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado del  
ayer.

¡Cuan bello era!  
¡Qué hermosamente el pasado fingía la primavera,  
cuando del árbol de otoño estaba el fruto colgado,  
mísero fruto podrido,  
que en el hueco acibarado guarda el gusano escondido!  
¡Alma, que en vano quisiste ser más joven cada día, arranca  
tu flor, la humilde flor de la melancolía!

## XIX

¡Verdes jardinillos, claras plazoletas,  
fuente verdinosa donde el agua sueña,  
donde el agua muda resbala en la piedra!.

Las hojas de un verde mustio, casi negras de la acacia,  
el viento de septiembre besa,  
y se lleva algunas amarillas,  
secas, jugando, entre el polvo blanco de la tierra.

Linda doncellita, que el cántaro llenas de agua

transparente, tú, al verme, no llevas a los negros bucles de tu  
cabellera, distraídamente, la mano morena, ni, luego, en el  
limpio cristal te contemplas.

Tú miras al aire de la tarde bella,  
mientras de agua clara el cántaro llenas.

## **DEL CAMINO**

### **XX**

#### **(PRELUDIO)**

Mientras la sombra pasa de un santo amor,  
hoy quiero poner un dulce salmo sobre mi viejo atril.

Acordaré las notas del órgano severo  
al suspirar fragante del pífano de abril.

Madurarán su aroma las pomas otoñales, la mirra y el  
incienso salmodiarán su olor;  
exhalarán su fresco perfume los rosales, bajo la paz en  
sombra del tibio huerto en flor.

Al grave acorde lento de música y aroma,  
la sola y vieja y noble razón de mi rezar levantará su vuelo  
suave de paloma,  
y la palabra blanca se elevará al altar.

## XXI

Daba el reloj las doce.

y eran doce golpes de azada en tierra.

¡Mi hora!  
—grité—.

El silencio me respondió:

—No temas;  
tú no verás caer la última gota que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía sobre la orilla vieja, y  
encontrarás una mañana pura amarrada tu barca a otra ribera.

## XXII

Sobre la tierra amarga, caminos tiene el sueño laberínticos,  
sendas tortuosas, parques en flor y en sombra y en silencio  
criptas hondas, escalas sobre estrellas;  
retablos de esperanzas y recuerdos.

Figurillas que pasan y sonrían —juguetes melancólicos de  
viejo—;

imágenes amigas, a la vuelta florida del sendero, y quimeras  
rosadas que hacen camino ...

lejos.

### XXIII

En la desnuda tierra del camino la hora florida brota, espino  
solitario, del valle humilde en la revuelta umbrosa.

El salmo verdadero de tenue voz hoy torna al corazón,  
y al labio, la palabra quebrada y temblorosa.

Mis viejos mares duermen;

se apagaron sus espumas sonoras sobre la playa estéril.

La tormenta camina lejos en la nube torva.

Vuelve la paz al cielo;  
la brisa tutelar esparce aromas otra vez sobre el campo, y  
aparece, en la bendita soledad, tu sombra.

#### **XXIV**

El sol es un globo de fuego, la luna es un disco morado.

Una blanca paloma se posa en el alto ciprés centenario.

Los cuadros de mirtos parecen de marchito velludo  
empolvado.

¡El jardín y la tarde tranquila!  
Suena el agua en la fuente de mármol.

#### **XXV**

¡Tenue rumor de túnicas que pasan sobre la infértil tierra!

¡Y lágrimas sonoras de las campanas viejas!  
Las ascuas mortecinas del horizonte humean .

Blancos fantasmas lares van encendiendo estrellas.

—Abre el balcón.

La hora de una ilusión se acerca.

La tarde se ha dormido, y las campanas sueñan.

## XXVI

¡Oh, figuras del atrio, más humildes cada día y lejanas:

mendigos harapientos sobre marmóreas gradas;

miserables ungidos de eternidades santas, manos que surgen  
de los mantos viejos y de las rotas capas!

¿Pasó por vuestro lado una ilusión velada,  
de la mañana luminosa y fría en las horas más plácidas?

Sobre la negra túnica, su mano era una rosa blanca.

## XXVII

La tarde todavía dará incienso de oro a tu plegaria, y quizás  
el cenit de un nuevo día amenguará tu sombra solitaria.

Mas no es tu fiesta el ultramar lejano,  
sino la ermita junto al manso río;  
no tu sandalia el soñoliento llano pisará,  
ni la arena del hastío.

Muy cerca está, romero,  
la tierra verde y santa y florecida de tus sueños;  
muy cerca, peregrino que desdeñas la sombra del sendero  
y el agua del mesón en tu camino.

## XXVIII

Crear fiestas de amores  
en nuestro amor pensamos,  
quemar nuevos aromas  
en montes no pisados,  
y guardar el secreto

de nuestros rostros pálidos,  
porque en las bacanales de la vida vacías nuestras copas  
conservamos,  
mientras con eco de cristal y espuma  
ríen los zumos de la vida dorados.

Un pájaro escondido entre las ramas del parque  
solitario, silba burlón.

Nosotros exprimimos la penumbra de un sueño en nuestro  
vaso .

Y algo, que es tierra en nuestra carne, siente la humedad del  
jardín como un halago.

## **XXIX**

Arde en tus ojos un misterio, virgen esquiva y compañera.

No sé si es odio o es amor la lumbre inagotable de tu aljaba  
negra.

Conmigo irás mientras proyecte sombra mi cuerpo y quede a mi sandalia arena.

—¿Eres la sed o el agua en mi camino? Dime, virgen esquiva y compañera.

### XXX

Algunos lienzos del recuerdo tienen luz de jardín y soledad de campo la placidez del sueño en el paisaje familiar soñado.

Otros guardan las fiestas de días aun lejanos;

figurillas sutiles que pone un titerero en su retablo.

Ante el balcón florido, está la cita de un amor amargo.

Brilla la tarde en el resol bermejo.

La hiedra efunde de los muros blancos .

A la revuelta de una calle en sombra,  
un fantasma irrisorio besa un nardo.

### XXXI

Crece en la plaza en sombra el musgo,  
y en la piedra vieja y santa de la iglesia.

En el atrio hay un mendigo .

Más vieja que la iglesia tiene el alma.

Sube muy lento, en las mañanas frías,  
por la marmórea grada, hasta un rincón de piedra.

Allí aparece su mano seca entre la rota capa.

Con las órbitas huecas de sus ojos ha visto cómo pasan las  
blancas sombras, en los claros días, las blancas sombras de  
las horas santas.

## XXXII

Las ascuas de un crepúsculo morado detrás del negro  
cipresal humean.

En la glorieta en sombra está la fuente con su alado y  
desnudo

Amor de piedra, que sueña mudo.

En la marmórea taza reposa el agua muerta.

## XXXIII

¿Mi amor?

¿Recuerdas, dime, aquellos juncos tiernos, lánguidos y  
amarillos que hay en el cauce seco?

¿Recuerdas la amapola que calcinó el verano, la amapola  
marchita, negro crespón del campo?

¿Te acuerdas del sol yerto y humilde, en la mañana, que  
brilla y tiembla roto sobre una fuente helada?

### XXXIV

Me dijo un alba de la primavera:

Yo florecí en tu corazón sombrío ha muchos años,  
caminante viejo que no cortas las flores del camino.

Tu corazón de sombra, ¿acaso guarda el viejo aroma de mis  
viejos lirios? ¿Perfuman aún mis rosas la alba frente del hada  
de tu sueño adamantino?

Respondí a la mañana:

Sólo tienen cristal los sueños míos.

Yo no conozco el hada de mis sueños;  
ni sé si está mi corazón florido.

- Pero si aguardas la mañana pura que ha de romper el vaso  
cristalino, quizás el hada te dará tus rosas, mi corazón tus  
lirios.

### XXXV

Al borde del sendero un día nos sentamos.

Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita son las  
desesperantes posturas que tomamos para aguardar.

Mas Ella no faltará a la cita.

### XXXVI

Es una forma juvenil que un día a nuestra casa llega.

Nosotros le decimos:

¿por qué tornas a la morada vieja?

Ella abre la ventana, y todo el campo en luz y aroma entra.

En el blanco sendero, los troncos de los árboles negrean;  
las hojas de sus copas son humo verde que a lo lejos sueña.

Parece una laguna el ancho río entre la blanca niebla de la  
mañana.

Por los montes cárdenos camina otra quimera.

## XXXVII

¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja,  
que me traes el retablo de mis sueños  
siempre desierto y desolado,  
y sólo con mi fantasma dentro,  
mi pobre sombra triste sobre la estepa y bajo el sol de fuego,  
o soñando amarguras en las voces de todos los  
misterios, dime, si sabes, vieja amada,  
dime si son más las lágrimas que vierto!  
Me respondió la noche:

Jamás me revelaste tu secreto.

Yo nunca supe, amado,  
si eras tú ese fantasma de tu sueño,  
ni averigüé si era su voz la tuya,  
o era la voz de un histrión grotesco.

Dije a la noche:

Amada mentirosa, tú sabes mi secreto;

tú has visto la honda gruta donde fabrica su cristal mi  
sueño, y sabes que mis lágrimas son mías.

y sabes mi dolor, mi dolor viejo.

¡Oh!

Yo no sé, dijo la noche, amado, yo no sé tu secreto, aunque  
he visto vagar ese que dices desolado fantasma, por tu sueño.

Yo me asomo a las almas cuando lloran y escucho su hondo  
rezo, humilde y solitario, ese que llamas salmo verdadero;  
pero en las hondas bóvedas del alma no sé si el llanto es una  
voz o un eco.

Para escuchar tu queja de tus labios yo te busqué en tu  
sueño, y allí te vi vagando en un borroso laberinto de  
espejos.

## CANCIONES

### XXXVIII

Abril florecía frente a mi ventana.

Entre los jazmines y las rosas blancas de un balcón  
florido, vi las dos hermanas.

La menor cosía, la mayor hilaba.

Entre los jazmines y las rosas blancas, la más  
pequeñita, risueña y rosada —su aguja en el aire—, miró a  
mi ventana.

La mayor seguía, silenciosa y pálida, el huso en su rueca que  
el lino enroscaba.

Abril florecía frente a mi ventana.

Una clara tarde la mayor lloraba, entre los jazmines y las  
rosas blancas, y ante el blanco lino que en su rueca hilaba.

— ¿Qué tienes?  
—le dije—, silenciosa y pálida, señaló el vestido que  
empezó la hermana.

En la negra túnica la aguja brillaba;  
sobre el blanco velo, el dedal de plata.

Señaló a la tarde de abril que soñaba, mientras que se oía tañer de campanas.

Y en la clara tarde me enseñó sus lágrimas.

Abril florecía frente a mi ventana.

Fue otro abril alegre y otra tarde plácida.

El balcón florido solitario estaba .

Ni la pequeñita risueña y rosada,  
ni la hermana triste, silenciosa y pálida,  
ni la negra túnica, ni la toca blanca .

Tan sólo en el huso el lino giraba por mano invisible, y en la obscura sala la luna del limpio espejo brillaba .

Entre los jazmines y las rosas blancas del balcón florido, me miré en la clara luna del espejo que lejos soñaba.

Abril florecía frente a mi ventana.

## XXXIX

### (COPLAS ELEGIACAS)

¡Ay del que llega sediento a ver el agua correr, y dice:

la sed que siento no me la calma el beber!

¡Ay de quien bebe y, saciada la sed, desprecia la vida:

moneda al tahúr prestada, que sea al azar rendida!

Del iluso que suspira bajo el orden soberano, y del que sueña  
la lira pitagórica en su mano.

¡Ay del noble peregrino que se para a meditar, después de  
largo camino en el horror de llegar!

¡Ay de la melancolía que llorando se consuela, y de la  
melomanía de un corazón de zarzuela!

¡Ay de nuestro rui señor, si en una noche serena se cura del  
mal de amor que llora y canta sin pena!

¡De los jardines secretos, de los pensiles soñados, y de los  
sueños poblados de propósitos discretos!

¡Ay del galán sin fortuna que ronda a la luna bella;  
de cuantos caen de la luna, de cuantos se marchan a ella!

¡De quien el fruto prendido en la rama no alcanzó, de quien  
el fruto ha mordido y el gusto amargo probó!

¡Y de nuestro amor primero y de su fe mal pagada, y,  
también, del verdadero amante de nuestra amada!

## XL

### (INVENTARIO GALANTE)

Tus ojos me recuerdan las noches de verano, negras noches  
sin luna, orilla al mar salado, y el chispear de estrellas del  
cielo negro y bajo.

Tus ojos me recuerdan.

las noches de verano.

Y tu morena carne, los trigos requemados, y el suspirar de  
fuego de los maduros campos.

Tu hermana es clara y débil  
como los juncos lánguidos,  
como los sauces tristes,  
como los linos glaucos.

Tu hermana es un lucero en el azul lejano.

Y es alba y aura fría sobre los pobres álamos que en las orillas tiemblan del río humilde y manso.

Tu hermana es un lucero en el azul lejano.

De tu morena gracia, de tu soñar gitano, de tu mirar de sombra quiero llenar mi vaso.

Me embriagaré una noche de cielo negro y bajo, para cantar contigo, orilla al mar salado, una canción que deje cenizas en los labios .

De tu mirar de sombra quiero llenar mi vaso.

Para tu linda hermana arrancaré los ramos de florecillas nuevas a los almendros blancos, en un tranquilo y triste alborear de marzo.

Los regaré con agua de los arroyos claros, los ataré con verdes junquillos del remanso .

Para tu linda hermana yo haré un ramito blanco.

## XLI

Me dijo una tarde de la primavera:

Si buscas caminos en flor en la tierra, mata tus palabras y oye tu alma vieja.

Que el mismo albo lino que te vista, sea tu traje de duelo, tu traje de fiesta.

Ama tu alegría y ama tu tristeza, si buscas caminos en flor en la tierra.

Respondí a la tarde de la primavera:

Tú has dicho el secreto que en mi alma reza:

Yo odio la alegría por odio a la pena.

Mas antes que pise tu florida senda, quisiera traerte muerta mi alma vieja.

## XLII

La vida hoy tiene ritmo de ondas que pasan, de olitas  
temblorosas que fluyen y se alcanzan.

La vida hoy tiene el ritmo de los ríos,  
la risa de las aguas  
que entre los verdes junquerales corren,  
y entre las verdes cañas.

Sueño florido lleva el manso viento;  
bulle la savia joven en las nuevas ramas;  
tiemblan alas y frondas, y la mirada sagital del águila no  
encuentra presa.

Treme el campo en sueños,  
vibra el sol como un arpa.

¡Fugitiva ilusión de ojos guerreros,  
que por las selvas pasas a la hora del cenit:

tiemble en mi pecho el oro de tu aljaba!

En tus labios florece la alegría de los campos en flor;  
tu veste alada aroman las primeras velloritas,  
las violetas perfuman tus sandalias.

Yo he seguido tus pasos en el viejo bosque,  
arreatados tras la corza rápida,  
y los ágiles músculos rosados  
de tus piernas silvestres entre verdes ramas.

¡Pasajera ilusión de ojos guerreros,  
que por las selvas pasas  
cuando la tierra reverdece y ríen los ríos en las cañas!  
¡Tiemble en mi pecho el oro que llevas en tu aljaba!

### XLIII

Era una mañana y abril sonreía.

Frente al horizonte dorado moría la luna,  
muy blanca y opaca;  
tras ella, cual tenue ligera quimera,  
corría la nube que apenas enturbia una estrella.

Como sonreía la rosa mañana al sol del Oriente abrí mi  
ventana;  
y en mi triste alcoba penetró el Oriente en canto de alondras,  
en risa de fuente y en suave perfume de flora temprana.

Fue una clara tarde de melancolía.

Abril sonreía.

Yo abrí las ventanas de mi casa al viento.

El viento traía perfume de rosas, dolor de campanas.

Doblar de campanas lejanas, llorosas, suave de rosas  
aromado aliento .

¿Dónde están los huertos floridos de rosas?

¿Qué dicen las dulces campanas al viento?

Pregunté a la tarde de abril que moría:

¿Al fin la alegría se acerca a mi casa?

La tarde de abril sonrió:

La alegría pasó por tu puerta —y luego, sombría:

Pasó por tu puerta.

Dos veces no pasa.

#### XLIV

El casco roído y verdoso del viejo falucho reposa en la arena.

La vela tronchada parece que aun sueña en el sol y en el mar.

El mar hierve y canta .

El mar es un sueño sonoro bajo el sol de abril.

El mar hierve y ríe con olas azules y espumas de leche y de plata,

el mar hierve y ríe bajo el cielo azul.

El mar lactescente, el mar rutilante,

que ríe en sus liras de plata sus risas azules.

¡Hierve y ríe el mar!

El aire parece que duerme encantado en la fúlgida niebla de sol blanquecino.

La gaviota palpita en el aire dormido, y al lento volar soñoliento, se aleja y se pierde en la bruma del sol.

## XLV

El sueño bajo el sol que aturde y ciega, tórrido sueño en la hora de arrebol;  
el río luminoso el aire surca;  
esplende la montaña;  
la tarde es polvo y sol.

El sibilante caracol del viento ronco dormita en el remoto alcor;  
emerge el sueño ingrave en la palmera, luego se enciende en el naranjo en flor.

La estúpida cigüeña su garabato escribe en el sopor del  
molino parado;

el toro abate sobre la hierba la testuz feroz.

La verde, quieta espuma del ramaje efunde sobre el blanco  
paredón, lejano, inerte, del jardín sombrío, dormido bajo el  
cielo fanfarrón.

Lejos, enfrente de la tarde roja, refulge el ventanal del  
torreón.

## **HUMORISMOS, FANTASÍAS, APUNTES**

### *LOS GRANDES INVENTOS*

#### **XLVI**

#### **(LA NORIA)**

La tarde caía triste y polvorienta.

El agua cantaba su copla plebeya en los cangilones de la  
noria lenta.

Soñaba la mula, ¡pobre mula vieja!, al compás de  
sombra que en el agua suena.

La tarde caía triste y polvorienta.

Yo no sé qué noble, divino poeta, unió a la amargura de la  
eterna rueda  
la dulce armonía del agua que sueña, y vendó tus ojos ¡pobre  
mula vieja!.

Mas sé que fue un noble, divino poeta, corazón maduro de  
sombra y de ciencia.

## **XLVII**

### **(EL CADALSO)**

La aurora asomaba lejana y siniestra.

El lienzo de Oriente sangraba tragedias, pintarrajeadas con  
nubes grotescas.

En la vieja plaza de una vieja aldea, erguía su horrible pavura esquelética el tosco patíbulo de fresca madera.

La aurora asomaba lejana y siniestra.

## XLVIII (LAS MOSCAS)

Vosotras, las familiares, inevitables golosas, vosotras, moscas vulgares, me evocáis todas las cosas.

¡Oh, viejas moscas voraces como abejas en abril, viejas moscas pertinaces sobre mi calva infantil!

¡Moscas del primer hastío en el salón familiar, las claras tardes de estío en que yo empecé a soñar!

Y en la aborrecida escuela, raudas moscas divertidas, perseguidas por amor de lo que vuela, —que todo es volar— sonoras rebotando en los cristales en los días otoñales .

Moscas de todas las horas,  
de infancia y adolescencia, de mi juventud dorada;  
de esta segunda inocencia, que da en no creer en nada,

de siempre.

Moscas vulgares, que de puro familiares no tendréis digno cantor:

yo sé que os habéis posado  
sobre el juguete encantado,  
sobre el librote cerrado,  
sobre la carta de amor,  
sobre los párpados yertos de los muertos.

Inevitables golosas, que ni labráis  
como abejas ni brilláis cual mariposas;  
pequeñitas, revoltosas;  
vosotras, amigas viejas,  
me evocáis todas las cosas.

## **XLIX**

### **(ELEGÍA DE UN MADRIGAL)**

Recuerdo que una tarde de soledad y hastío  
¡oh tarde como tantas!, el alma mía era,  
bajo el azul monótono,  
un ancho y terso río

que ni tenía un pobre juncal en su ribera.

¡Oh mundo sin encanto, sentimental inopia que borra el misterioso azogue del cristal!

¡Oh el alma sin amores que el Universo copia con un irremediable bostezo universal!

Quiso el poeta recordar a solas;

las ondas bien amadas, la luz de los cabellos que él llamaba en sus rimas rubias olas.

Leyó.

La letra mata:

no se acordaba de ellos.

Y un día —como tantos— al aspirar un día aromas de una rosa que en el rosal se abría, brotó como una llama la luz de los cabellos que él en sus madrigales llamaba rubias olas, brotó, porque un aroma igual tuvieron ellos.

Y se alejó en silencio para llorar a solas.

**L**  
**ACASO**

Como atento no más a mi quimera no reparaba en torno mío,  
un día me sorprendió la fértil primavera  
que en todo el ancho campo sonreía.

Brotaban verdes hojas,  
de las hinchadas yemas del ramaje,  
y flores amarillas, blancas, rojas,  
alegraban la mancha del paisaje.

Y era una lluvia de saetas de oro,  
el sol sobre las frondas juveniles;  
del amplio río en el caudal sonoro se miraban los álamos  
gentiles.

Tras de tanto camino es la primera vez que miro brotar la  
primavera, dije, y después, declamatoriamente:

— ¡Cuan tarde ya para la dicha mía!- Y luego, al caminar,

como quien siente alas de otra ilusión:

—Y todavía ¡yo alcanzaré mi juventud un día!

## LI (JARDÍN)

Lejos de tu jardín quema la tarde inciensos de oro en  
purpurinas llamas, tras el bosque de cobre y de ceniza.

En tu jardín hay dalias.

¡Malhaya tu jardín!

Hoy me parece la obra de un peluquero, con esa pobre  
palmerilla enana, y ese cuadro de mirtos recortados.

y el naranjito en su tonel.

El agua de la fuente de piedra no cesa de reír sobre la concha  
blanca.

## LII (FANTASÍA DE UNA NOCHE DE ABRIL)

¿Sevilla?

¿Granada?

La noche de luna, blancas paredes y oscuras ventanas.

Cerrados postigos, corridas persianas .

El cielo vestía su gasa de abril.

Un vino risueño me dijo el camino.

Yo escucho los áureos consejos del vino, el vino es a veces  
escala de ensueño.

Abril y la noche y el vino risueño ataron en coro su salmo  
de amor.

La calle copiaba, con sombra en el muro, el paso fantasma y  
el sueño maduro de apuesto embozado, galán caballero:

espada tendida, calado sombrero.

La luna vertía su blanco soñar.

Como un laberinto mi sueño torcía de calle en calleja.

Mi sombra seguía de aquel laberinto la sierpe encantada,  
en pos de una oculta plazuela cerrada.

La luna lloraba su dulce blancor.

La casa y la clara ventana florida,  
de blancos jazmines y nardos prendida,  
más blancos que el blanco soñar de la luna.

- "Señora, la hora, tal vez importuna.

¿Que espere?  
(La dueña se lleva el candil.)

Ya sé que sería quimera, señora, mi sombra galante  
buscando a la aurora en noches de estrellas y luna, si  
fuera mentira la blanca nocturna quimera que usurpa a la  
luna su trono de luz.

¡Oh dulce señora, más cándida y bella que la solitaria  
matutina estrella tan clara en el cielo!

¿Por qué silenciosa oís mi nocturna querella

amorosa? ¿Quién hizo, señora, cristal vuestra voz?.

La blanca quimera parece que sueña.

Acecha en la obscura estancia la dueña.

—Señora, si acaso otra sombra emboscada teméis, en la  
sombra, fiad en mi espada.

Mi espada se ha visto a la luna brillar.

¿Acaso os parece mi gesto anacrónico?

El vuestro es, señora, sobrado lacónico.

¿Acaso os asombra mi sombra embozada, de espada tendida  
y toca plumada?.

¿Seréis la cautiva del moro Gazul?

Dijéraislo, y pronto mi amor os diría el son de mi guzla y la  
algarabía más dulce que oyera ventana moruna

Mi guzla os dijera la noche de luna, la noche de cándida luna  
de abril.

Dijera la clara cantiga de plata del patio moruno, y la serenata que lleva el aroma de floridas preces a los miradores y a los ajimeces, los salmos de un blanco fantasma lunar.

Dijera las danzas de trenzas lascivas, las muelles cadencias de ensueños, las vivas centellas de lánguidos rostros velados, los tibios perfumes, los huertos cerrados; dijera el aroma letal del harén.

Yo guardo, señora, en viejo salterio también una copla de blanco misterio, la copla más suave, más dulce y más sabia que evoca las claras estrellas de Arabia y aromas de un moro jardín andaluz.

Silencio.

En la noche la paz de la luna alumbra la blanca ventana moruna.

Silencio.

Es el musgo que brota, y la hiedra que lenta desgarrar la tapia de piedra.

El llanto que vierte la luna de abril.

—Si sois una sombra de la primavera blanca entre jazmines,  
o antigua quimera soñada en las trovas de dulces  
cantores, yo soy una sombra de viejos cantares,  
y el signo de un álgebra vieja de amores.

Los gayos, lascivos decires mejores, los árabes albos  
nocturnos soñares, las coplas mundanas, los salmos talaes,  
poned en mis labios;

yo soy una sombra también del amor.

Ya muerta la luna, mi sueño volvía por la retorcida, moruna  
calleja.

El sol en Oriente reía su risa más vieja.

### LIII

#### (A UN NARANJO Y A UN LIMONERO)

#### VISTOS EN UNA TIENDA DE PLANTAS Y FLORES

Naranjo en maceta, ¡qué triste es tu suerte!

Medrosas tiritan tus hojas menguadas.

Naranja en la corte, ¡qué pena de verte con tus naranjitas secas y arrugadas!

Pobre limonero de fruto amarillo cual pomo pulido de pálida cera, ¡qué pena mirarte, mísero arbolito criado en mezquino tonel de madera!

De los claros bosques de la Andalucía,

¿quién os trajo a esta castellana tierra que barren los vientos de la adusta sierra, hijos de los campos de la tierra mía?

¡Gloria de los huertos, árbol limonero, que enciendes los frutos de pálido oro, y alumbras del negro cipresal austero las quietas plegarias erguidas en coro;

y fresco naranjo del patio querido, del campo risueño y el huerto soñado, siempre en mi recuerdo maduro o florido de frondas y aromas y frutos cargado!

## LIV

### (LOS SUEÑOS MALOS)

Está la plaza sombría;  
muere el día.

Suenan lejos las campanas.

De balcones y ventanas se iluminan las vidrieras, con reflejos mortecinos, como huesos blanquecinos y borrosas

calaveras.

En toda la tarde brilla una luz de pesadilla.

Está el sol en el ocaso.

Suena el eco de mi paso.

—¿Eres tú?  
Ya te esperaba.

—No eres tú a quien yo buscaba.

## LV (HASTIO)

Pasan las horas de hastío por la estancia familiar, el amplio cuarto sombrío donde yo empecé a soñar.

Del reloj arrinconado, que en la penumbra clarea, el tictac acompasado odiosamente golpea.

Dice la monotonía del agua clara al caer:

un día es como otro día;  
hoy es lo mismo que ayer.

Cae la tarde.

El viento agita el parque mustio y dorado.

¡Qué largamente ha llorado toda la fronda marchita!

## LVI

Sonaba el reloj la una, dentro de mi cuarto.

Era triste la noche.

La luna, reluciente calavera,  
ya del cenit declinado, iba del ciprés del huerto fríamente  
iluminado el alto ramaje yerto.

Por la entreabierta ventana llegaban a mis oídos metálicos  
alaridos de una música lejana.

Una música tristonaa, una mazurca olvidada, entre inocente y burlona, mal tañida y mal soplada.

Y yo sentí el estupor del alma cuando bosteza el corazón, la cabeza, y.

morirse es lo mejor.

**LVII**  
**(CONSEJOS)**

**I**

Este amor que quiere ser acaso pronto será;  
pero ¿cuándo ha de volver lo que acaba de pasar? Hoy dista mucho de ayer.

¡Ayer es Nunca jamás!

**II**

Moneda que está en la mano quizá se deba guardar;  
la monedita del alma se pierde si no se da.

**LVIII**

**(GLOSA)**

*Nuestros vidas son los ríos, que van a dar a la mar, que es el morir.*

¡Gran cantar!

Entre los poetas míos tiene Manrique un altar.

Dulce goce de vivir:

mala ciencia del pasar, ciego huir a la mar.

Tras el pavor del morir está el placer de llegar.

¡Gran placer!

Mas ¿y el horror de volver? ¡Gran pesar!

**LIX**

Anoche cuando dormía soñé, ¡bendita ilusión! que una fontana fluía dentro de mi corazón.

Di, ¿por qué acequia escondida, agua, vienes hasta mi, manantial de nueva vida de donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía soñé, ¡bendita ilusión! que una

colmena tenía dentro de mi corazón;  
y las doradas abejas iban fabricando en él, con las  
amarguras viejas, blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía soñé, ¡bendita ilusión! que un  
ardiente sol lucía dentro de mi corazón.

Era ardiente porque daba calores de rojo hogar, y era sol  
porque alumbraba y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía soñé, ¡bendita ilusión! que era Dios  
lo que tenía dentro de mi corazón.

## LX

¿Mi corazón se ha dormido? Colmenares de mis sueños ¿ya  
no labráis?

¿Está seca la noria del pensamiento, los cangilones  
vacíos, girando, de sombra llenos?

No, mi corazón no duerme.

Está despierto, despierto.

Ni duerme ni sueña, mira, los claros ojos abiertos, señas  
lejanas y escucha a orillas del gran silencio.

# GALERÍAS

## LXI

### (INTRODUCCIÓN)

Leyendo un claro día mis bien amados versos, he visto en el profundo espejo de mis sueños  
que una verdad divina temblando está de miedo, y es una flor  
que quiere echar su aroma al viento.

El alma del poeta se orienta hacia el misterio.

Sólo el poeta puede mirar lo que está lejos dentro del alma,  
en turbio y mago sol envuelto.

En esas galerías, sin fondo, del recuerdo, donde las pobres  
gentes colgaron cual trofeo  
el traje de una fiesta apolillado y viejo, allí el poeta sabe el  
laborar eterno mirar de las doradas abejas de los sueños.

Poetas, con el alma atenta al hondo cielo, en la cruel  
batalla o en el tranquilo huerto,  
la nueva miel labramos con los dolores viejos, la veste

blanca y pura pacientemente hacemos, y bajo el sol  
bruñimos el fuerte arnés de hierro.

El alma que no sueña, el enemigo espejo, proyecta nuestra  
imagen con un perfil grotesco.

Sentimos una ola de sangre, en nuestro pecho, que pasa.

y sonreímos, y a laborar volvemos.

## LXII

Desgarrada la nube;

el arco iris brillando ya en el cielo, y en un fanal de lluvia y  
sol en el campo envuelto.

Desperté.

¿Quién enturbia los mágicos cristales de mi sueño? Mi  
corazón latía atónito y disperso.

¡El limonar florido, el cipresal del huerto, el prado verde, el sol, el agua, el iris.

...el agua en tus cabellos!.

Y todo en la memoria se perdía como una pompa de jabón al viento.

### LXIII

Y era el demonio de mi sueño, el ángel más hermoso.

Brillaban como aceros los ojos victoriosos, y las sangrientas llamas de su antorcha alumbraron la honda cripta del alma.

— ¿Vendrás conmigo?

—No, jamás;

las tumbas y los muertos me espantan.

Pero la férrea mano mi diestra atenazaba.

—Vendrás conmigo.

Y avancé en mi sueño cegado por la roja luminaria.

Y en la cripta sentí sonar cadenas, y rebullir de fieras enjauladas.

#### LXIV

Desde el umbral de un sueño me llamaron.

Era la buena voz, la voz querida.

—Dime:

¿vendrás conmigo a ver el alma?.

Llegó a mi corazón una caricia.

—Contigo siempre.

Y avancé en mi sueño por una larga,  
escueta galería,  
sintiendo el roce de la veste pura

y el palpitar suave de la mano amiga.

## LXV

### (SUEÑO INFANTIL)

Una clara noche de fiesta y de luna, noche de mis  
sueños, noche de alegría

—era luz de mi alma, que hoy es bruma toda, no eran mis  
cabellos negros todavía—,

el hada más joven me llevó en sus brazos a la alegre  
fiesta que en la plaza ardía.

So el chisporroteo de las luminarias, amor sus madejas de  
danzas tejía.

Y en aquella noche de fiesta y de luna, noche de mis  
sueños, noche de alegría,

el hada más joven besaba mi frente...  
con su linda mano su adiós me decía.

Todos los rosales daban sus aromas, todos los amores amor  
entreabría.

## LXVI

¡Y esos niños en hilera, llevando el sol de la tarde en sus velitas de cera!

¡De amarilla calabaza, en el azul, cómo sube la luna, sobre la plaza!

Duro ceño.

Pirata, rubio africano, barbitaheño.

Lleva un alfanje en la mano.

Estas figuras del sueño.

Donde las niñas cantan en corro, en los jardines del limonar, sobre la fuente, negro abejorro pasa volando, zumba al volar.

Se oyó un bronco gruñir de abuelo entre las claras voces sonar, superflua nota de violoncelo en los jardines del limonar.

Entre las cuatro blancas paredes, cuando una mano cerró el  
balcón, por los salones de sal-si-puedes suena el rebato de su  
bordón.

Muda en el techo, quieta, ¿dormida? la negra nota de  
angustia está, y en la pradera verdiflorada de un sueño niño  
volando va.

### LXVII

Si yo fuera un poeta galante cantarí a vuestros ojos un  
cantar tan puro como en el mármol blanco el agua limpia.

Y en una estrofa de agua todo el cantar sería:

"Ya sé que no responden a mis ojos, que ven y no preguntan  
cuando miran, los vuestros claros, vuestros ojos tienen la  
buena luz tranquila, la buena luz del mundo en flor, que he  
visto desde los brazos de mi madre un día."

### LXVIII

Llamó a mi corazón, un claro día, con un perfume de jazmín,  
el viento

—A cambio de este aroma, todo el aroma de tus rosas

quiero.

—No tengo rosas;

flores

en mi jardín no hay ya;

todas han muerto.

Me llevaré los llantos de las fuentes, las hojas amarillas y los mustios pétalos.

Y el viento huyó.

Mi corazón sangraba Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

## LXIX

Hoy buscarás en vano a tu dolor consuelo.

Lleváronse tus hadas el lino de tus sueños.

Está la fuente muda, y está marchito el huerto.

Hoy sólo quedan lágrimas para llorar.

No hay que llorar, ¡silencio!

### **LXX**

Y nada importa ya que el vino de oro rebose de tu copa cristalina, o el agrio zumo enturbie el puro vaso.

Tú sabes, las secretas galerías del alma, los caminos de los sueños, y la tarde tranquila donde van a morir.

Allí te aguardan

las hadas silenciosas de la vida, y hacia un jardín de eterna primavera te llevarán un día.

### **LXXI**

Tocados de otros días, mustios encajes y marchitas sedas;  
salterios arrumbados, rincones de las salas polvorientas;

daguerrotipos turbios, cartas que amarillean;  
libracos no leídos que guardan grises florecitas secas;

romanticismos muertos, cursilerías viejas, cosas de ayer que sois el alma, y cantos y cuentos de la abuela!.

## LXXII

La casa tan querida donde habitaba ella, sobre un montón de escombros arruinada o derruida, enseña el negro y carcomido mal trabado esqueleto de madera.

La luna está vertiendo su clara luz en sueños que platea en las ventanas.

Mal vestido y triste, voy caminando por la calle vieja.

## LXXIII

Ante el pálido lienzo de la tarde, la iglesia, con sus torres afiladas y el ancho campanario, en cuyos huecos voltean suavemente las campanas, alta y sombría, surge.

La estrella es una lágrima en el azul celeste.

Bajo la estrella clara, flota, vellón disperso, una nube quimérica de plata.

## LXXIV

Tarde tranquila, casi con placidez de alma,  
para ser joven, para haberlo sido  
cuando Dios quiso, para tener algunas alegrías...  
lejos, y poder dulcemente recordarlas.

## LXXV

Yo, como Anacreonte, quiero cantar, reír y echar al  
viento las sabias amarguras y los graves consejos.

y quiero, sobre todo, emborracharme, ya lo sabéis.

¡Grotesco! Pura fe en el morir, pobre alegría y macabro  
danzar antes de tiempo.

## LXXVI

¡Oh tarde luminosa! El aire está encantado.

La blanca cigüeña dormita volando,  
y las golondrinas se cruzan, tendidas las alas agudas al  
viento dorado, y en la tarde risueña se alejan volando,  
soñando.

Y hay una que torna como la saeta, las alas agudas tendidas  
al aire sombrío, buscando su negro rincón del tejado.

La blanca cigüeña, como un garabato, tranquila y disforme,  
¡tan disparatada! sobre el campanario.

## LXXVII

Es una tarde cenicienta y mustia, destartalada, como el alma  
mía;  
y es esta vieja angustia que habita mi usual hipocondría.

La causa de esta angustia no consigo ni vagamente  
comprender siquiera;  
pero recuerdo y, recordando, digo:

—Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

Y no es verdad, dolor, yo te conozco, tú eres nostalgia de la

vida buena y soledad de corazón sombrío, de barco sin naufragio y sin estrella.

Como perro olvidado que no tiene huella ni olfato y yerra por los caminos, sin camino, como el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío y el aire polvoriento y las candelas chispeantes, atónito,

y asombra su corazón de música y de pena,

así voy yo, borracho melancólico, guitarrista lunático, poeta, y pobre hombre en sueños,

siempre buscando a Dios entre la niebla.

## LXXVII

¿Y ha de morir contigo el mundo donde guarda el recuerdo los hálitos más puros de la vida, la blanca sombra del amor primero,

la voz que fue a tu corazón, la mano que tú querías retener en sueños, y todos los amores que llegaron al alma, al hondo cielo?

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo, la vieja vida en orden tuyo y nuevo? ¿Los yunques y crisoles de tu alma trabajan para el polvo y para el viento?

## LXXIC

Desnuda está la tierra, y el alma aúlla al horizonte  
pálido como loba famélica.

¿Qué buscas, poeta, en el ocaso?

Amargo caminar, porque el camino pesa en el corazón.

¡El viento helado, y la noche que llega, y la amargura de la  
distancia!

En el camino blanco

algunos yertos árboles negrean;  
en los montes lejanos hay oro y sangre .

El sol murió.

¿Qué buscas poeta, en el ocaso?.

**LXXX**  
**(CAMPO)**

La tarde está muriendo  
como un hogar humilde que se apaga.

Allá, sobre los montes, quedan algunas brasas.

Y ese árbol roto en el camino blanco hace llorar de lástima.

¡Dos ramas en el tronco herido, y una hoja marchita y negra  
en cada rama!

¿Lloras?

Entre los álamos de oro, lejos, la sombra del amor te  
aguarda.

### **LXXXI**

#### **(A UN VIEJO Y DISTINGUIDO SEÑOR)**

Te he visto, por el parque ceniciento que los poetas  
aman para llorar, cómo una noble sombra vagar, envuelto en  
tu levita larga.

El talante cortés, ha tantos años compuesto de una fiesta en  
la antesala, ¡qué bien tus pobres huesos ceremoniosos

guardan!

Yo te he visto, aspirando distraído, con el aliento que la tierra exhala —hoy tibia tarde en que las mustias hojas húmedo viento arranca—, del eucalipto verde el frescor de las hojas perfumadas.

Y te he visto llevar la seca mano a la perla que brilla en tu corbata.

## LXXXII (LOS SUEÑOS)

El hada más hermosa ha sonreído al ver la lumbre de una estrella pálida, que en hilo suave, blanco y silencioso se enrosca al huso de su rubia hermana.

Y vuelve a sonreír, porque en su rueca el hilo de los campos se enmaraña.

Tras la tenue cortina de la alcoba está el jardín envuelto en luz dorada.

La cuna, casi en sombra.

El niño duerme.

Dos hadas laboriosas lo acompañan, hilando de los sueños los sutiles copos en ruelas de marfil y plata.

### LXXIII

Guitarra del mesón que hoy sueñas jota, mañana petenera, según quien llega y tañe las empolvadas cuerdas, guitarra del mesón de los caminos, no fuiste nunca, ni serás, poeta.

Tú eres alma que dice su armonía solitaria a las almas pasajeras.

Y siempre que te escucha el caminante sueña escuchar un aire de su tierra.

### LXXXIV

El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma.

Luz en sueños.

¿No tiemblas, andante peregrino?

Pasado el llano verde, en la florida loma, acaso está el cercano final de tu camino.

Tú no verás del trigo la espiga sazonada y de macizas pomos cargado el manzanar, ni de la vid rugosa la uva aurirrosada ha de exprimir su alegre licor en tu lagar.

Cuando el primer aroma exhalen los jazmines y cuando más palpiten las rosas del amor,

una mañana de oro que alumbre los jardines,

¿no huirá, como una nube dispersa, el sueño en flor?

Campo recién florido y verde, ¡quién pudiera soñar aún largo tiempo en estas pequeñas corolas azuladas que manchan la pradera, y en esas diminutas primeras margaritas!

### LXXXV

La primavera besaba suavemente la arboleda, y el verde nuevo brotaba como una verde humareda.

Las nubes iban pasando sobre el campo juvenil.

Yo vi en las hojas temblando las frescas lluvias de abril.

Bajo ese almendro florido, todo cargado de flor —recordé—,  
yo he maldecido mi juventud sin amor.

Hoy, en mitad de la vida, me he parado a meditar.

¡Juventud nunca vivida quién te volviera a soñar!

### LXXXVI

Eran ayer mis dolores como gusanos de seda que iban  
labrando capullos;  
hoy son mariposas negras.

¡De cuántas flores amargas ha sacado blanca cera!

¡Oh tiempo en que mis pesares trabajaban como abejas!

Hoy son como avenas locas, o cizaña en sementera, como  
tizón en espiga, como carcoma en madera.

¡Oh tiempo en que mis dolores tenían lágrimas buenas,

y eran como agua de noria que va regando una huerta!  
Hoy son agua de torrente que arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron de mi corazón colmena, hoy tratan  
mi corazón como a una muralla vieja:  
quieren derribarlo, y pronto, al golpe de la piqueta.

## **LXXXVII** **(RENACIMIENTO)**

Galería del alma.

¡El alma niña! Su clara luz risueña;  
y la pequeña historia, y la alegría de la vida nueva .

¡Ah, volver a nacer, y andar camino, ya recobrada la perdida  
senda!

Y volver a sentir en nuestra mano aquel latido de la mano  
buena de nuestra madre.

Y caminar en sueños por amor de la mano que nos lleva.

En nuestras almas todo por misteriosa mano se gobierna.

Incomprensibles, mudas, nada sabemos de las almas  
nuestras.

Las más hondas palabras del sabio nos enseñan, lo que el  
silbar del viento cuando sopla, o el sonar de las aguas cuando  
ruedan.

### **LXXXVIII**

Tal vez la mano, en sueños, del sembrador de estrellas, hizo  
sonar la música olvidada  
como una nota de la lira inmensa, y la ola humilde a nuestros  
labios vino de unas pocas palabras verdaderas.

### **LXXXIX**

Y podrás conocerte, recordando del pasado soñar los turbios  
lienzos, en este día triste en que caminas con los ojos  
abiertos.

De toda la memoria, sólo vale el don preclaro de evocar los

sueños.

## XC

Los árboles conservan verdes aun las copas, pero del verde mustio de las marchitas frondas.

El agua de la fuente, sobre la piedra tosca y de verdín cubierta, resbala silenciosa.

Arrastra el viento algunas amarillentas hojas.

¡El viento de la tarde sobre la tierra en sombra!

## XCI

Húmedo está, bajo el laurel, el banco de verdinosa piedra; lavó la lluvia, sobre el muro blanco, las empolvadas hojas de la hiedra.

Del viento del otoño el tibio aliento los céspedes undula, y la alameda conversa con el viento.

¡el viento de la tarde en la arboleda!

Mientras el sol en el ocaso esplende que los racimos de la  
vid orea, y el buen burgués, en su balcón, enciende la estoica  
pipa en que el tabaco humea,  
voy recordando versos juveniles.

¿Qué fue de aquel mi corazón sonoro? ¿Será cierto que os  
vais, sombras gentiles, huyendo entre los árboles de oro?

## **VARIA**

### **XCII**

"Tournez, tournez, chevaux de bois.

" verlainé.

Pegasos, lindos pegasos, caballitos de madera.

Yo conocí, siendo niño, la alegría de dar vueltas sobre un  
corcel colorado, en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento chispeaban las candelas, y la noche  
azul ardía toda sembrada de estrellas.

¡Alegrías infantiles que cuestan una moneda de cobre, lindos  
pegasos, caballitos de madera!

### **XCIII**

Deletreos de armonía que ensaya inexperta mano.

Hastío.

Cacofonía del sempiterno piano que yo de niño  
escuchaba soñando...  
no sé con qué.

Con algo que no llegaba, todo lo que ya se fue.

### **XCIV**

En medio de la plaza y sobre tosca piedra, el agua brota y  
brota.

En el cercano huerto eleva, tras el muro ceñido por la  
hiedra, alto ciprés la mancha de su ramaje yerto.

La tarde está cayendo frente a los caserones de la ancha plaza, en sueños.

Relucen las vidrieras con ecos mortecinos de sol.

En los balcones hay formas que parecen confusas calaveras.

La calma es infinita en la desierta plaza, donde pasea el alma su traza de alma en pena.

El agua brota y brota en la marmórea taza.

En todo el aire en sombra no más que el agua suena.

**XCV**  
**(COPLAS MUNDANAS)**

Poeta ayer, hoy triste y pobre filósofo trasnochado, tengo en monedas de cobre el oro de ayer cambiada.

Sin placer y sin fortuna, pasó como una quimera mi juventud, la primera ...

la sola, no hay más que una:

la de dentro es la de fuera.

Pasó como un torbellino, bohemia y aborrascada,  
harta de coplas y vino, mi juventud bien amada.

Y hoy miro a las galerías del recuerdo, para hacer aleluyas  
de elegías desconsoladas de ayer.

¡Adiós, lágrimas cantoras, lágrimas que  
alegremente brotabais, como en la fuente las limpias aguas  
sonoras!

¡Buenas lágrimas vertidas por un amor juvenil, cual frescas  
lluvias caídas sobre los campos de abril!

No canta ya el ruiseñor de cierta noche serena;  
sanamos del mal de amor que sabe llorar sin pena.

Poeta ayer, hoy triste y pobre filósofo trasnochado, tengo en  
monedas de cobre el oro de ayer cambiado.

**XCVI**  
**(SOL DE INVIERNO)**

Es mediodía.

Un parque.

Invierno.

Blancas sendas;  
simétricos montículos y ramas esqueléticas.

Bajo el invernadero, naranjos en maceta, y en su tonel,  
pintado de verde, la palmera.

Un viejecillo dice, para su capa vieja:

"¡El sol, esta hermosura de sol!.

" Los niños juegan.

El agua de la fuente resbala, corre y sueña lamiendo, casi  
muda, la verdinosa piedra.

## CAMPOS DE CASTILLA (1907-1917)

### XCVII (RETRATO)

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto  
claro donde madura el limonero;  
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;  
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Manara, ni un Bradomín he sido —ya  
conocéis mi torpe aliño indumentario—, mas recibí la flecha  
que me asignó Cupido, y amé cuanto ellas puedan tener de  
hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina, pero mi verso  
brota de manantial sereno;

y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina, soy, en  
el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética corté las viejas  
rosas del huerto de Ronsard;

mas no amo los afeites de la actual cosmética, ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan a la luna.

A distinguir me paro las voces de los ecos, y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico?  
No sé.

Dejar quisiera mi verso, como deja el capitán su espada:

famosa por la mano viril que la blandiera, no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo —quien habla solo espera hablar a Dios un día—;  
mi soliloquio es plática con este buen amigo que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo;  
debéisme cuanto he escrito.

A mi trabajo acudo, con mi dinero pago el traje que me cubre y la mansión que habito, el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje, y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, me encontraréis a bordo ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar.

**XCVIII**  
**(A ORILLAS DEL DUERO)**

Mediaba el mes de julio.

Era un hermoso día.

Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía, buscando los recodos de sombra, lentamente.

A trechos me paraba para enjugar mi frente y dar algún

respiro al pecho jadeante;

o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante y hacia la mano diestra vencido y apoyado en un bastón, a guisa de pastoril cayado, trepaba por los cerros que habitan las rapaces aves de altura, hollando las hierbas montaraces de fuerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—.

Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.

Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo cruzaba solitario el puro azul del cielo.

Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo, y una redonda loma cual recamado escudo, y cárdenos alcores sobre la parda tierra —harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—, las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero para formar la corva ballesta de un arquero en torno a Soria.

—Soria es una barbacana, hacia Aragón, que tiene la torre castellana—.

Veía el horizonte cerrado por colinas oscuras, coronadas de robles y de encinas;

desnudos peñascales, algún humilde prado donde el merino pace y el toro, arrodillado sobre la hierba, rumia;

las márgenes del río lucir sus verdes álamos al claro sol de estío, y, silenciosamente, lejanos pasajeros, ¡tan diminutos! —carros, jinetes y arrieros, cruzar el largo puente, y bajo las arcadas de piedra ensombrecerse las aguas plateadas del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble de Iberia y de Castilla.

¡Oh tierra triste y noble, la de los altos llanos y yermos y roquedas, de campos sin arados, regatos ni arboledas;

decréptas ciudades, caminos sin mesones, y atónitos palurdos sin danzas ni canciones que aun van, abandonando el mortecino hogar, como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.

¿Espera, duerme o sueña?

¿La sangre derramada recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada? Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira; cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.

¿Pasó?

Sobre sus campos aun el fantasma yerra de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes, madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.

Castilla no es aquella tan generosa un día, cuando Mio Cid Rodrigo el de Vivar volvía, ufano de su nueva fortuna, y su opulencia, a regalar a Alfonso los huertos de Valencia; o que, tras la aventura que acreditó sus bríos, pedía la conquista de los inmensos ríos indianos a la corte, la madre de soldados, guerreros y adalides que han de tornar, cargados de plata y oro, a España, en regios galeones, para la presa cuervos, para la lid leones.

Filósofos nutridos de sopa de convento contemplan impasibles el amplio firmamento; y se les llega en sueños, como un rumor distante, clamor de mercaderes de muelles de Levante, no acudirán siquiera a preguntar:

¿qué pasa? Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.

Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.

El sol va declinando.

De la ciudad lejana me llega un armonioso tañido de campana —ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.

De entre las peñas salen dos lindas comadreas;  
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen de nuevo, ¡tan curiosas!

Los campos se obscurecen.

Hacia el camino blanco está el mesón abierto al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

## **XCIX**

### **(POR TIERRAS DE ESPAÑA)**

El hombre de estos campos que incendia los pinares y su despojo aguarda como botín de guerra, antaño hubo raído los negros encinares, talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve a sus pobres hijos huyendo de sus lares;  
la tempestad llevarse los limos de la tierra por los sagrados ríos hacia los anchos mares;  
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

Es hijo de una estirpe de rudos caminantes, pastores que conducen sus hordas de merinos a Extremadura fértil,

rebaños trashumantes que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.

Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto, hundidos, recelosos, movibles;

y trazadas cual arco de ballesta, en el semblante enjuto de pómulos salientes, las cejas muy pobladas.

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea, capaz de insanos vicios y crímenes bestiales, que bajo el pardo sayo esconde un alma fea, esclava de los siete pecados capitales.

Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza, guarda su presa y libra la que el vecino alcanza;

ni para su infortunio ni goza su riqueza;  
le hieren y acongojan fortuna y malandanza.

El numen de estos campos es sanguinario y fiero;  
al declinar la tarde, sobre el remoto alcor, veréis agigantarse  
la forma de un arquero, la forma de un inmenso centauro  
flechador.

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta —no fue por estos campos el bíblico jardín—;  
son tierras para el águila, un trozo de planeta por donde cruza errante la sombra de Caín.

## C

### (EL HOSPICIO)

Es el hospicio, el viejo hospicio provinciano, el caserón ruinoso de ennegrecidas tejas en donde los vencejos anidan en verano y graznan en las noches de invierno las cornejas.

Con su frontón al Norte, entre los dos torreones de antigua fortaleza, el sórdido edificio de grietados muros y sucios paredones, es un rincón de sombra eterna.

¡El viejo hospicio!

Mientras el sol de enero su débil luz envía, su triste luz velada sobre los campos yermos, a un ventanuco asoman, al declinar el día, algunos rostros pálidos, atónitos y enfermos, a contemplar los montes azules de la sierra; o, de los cielos blancos, como sobre una fosa, caer la blanca nieve sobre la fría tierra, sobre la tierra fría la nieve silenciosa!.

**CI**  
**(EL DIOS IBERO)**

Igual que el balletero tahúr de la cantiga, tuviera una saeta el hombre ibero para el Señor que apedreó la espiga y malogró los frutos otoñales, y un "gloria a ti" para el Señor que grana centenos y trigales que el pan bendito le darán mañana.

"Señor de la ruina, adoro porque aguardo y porque temo:

con mi oración se inclina hacia la tierra un corazón blasfemo.

¡Señor, por quien arranco el pan con pena, sé tu poder, conozco mi cadena! ¡Oh dueño de la nube del estío que la campiña arrasa, del seco otoño, del helar tardío, y del bochorno que la mies abrasa!

¡Señor del iris, sobre el campo verde donde la oveja pace, Señor del fruto que el gusano muerde y de la choza que el turbión deshace,

tu soplo el fuego del hogar aviva, tu lumbre da sazón al rubio grano, y cuaja el hueso de la verde oliva, la noche de San Juan, tu santa mano!

¡Oh dueño de fortuna y de pobreza, ventura y malandanza, que al rico das favores y pereza y al pobre su fatiga y su esperanza!

¡Señor, Señor:

en la voltaria rueda del año he visto mi simiente  
echada, corriendo igual albur que la moneda del jugador en  
el azar sembrada!

¡Señor, hoy paternal, ayer cruento, con doble faz de amor y  
de venganza, a ti, en un dado de tahúr al viento va mi  
oración, blasfemia y alabanza!"

Este que insulta a Dios en los altares, no más atento al ceño  
del destino, también soñó caminos en los mares y dijo:

es Dios sobre la mar camino.

¿No es él quien puso a Dios sobre la guerra, más allá de la  
suerte, más allá de la tierra, más allá de la mar y de la  
muerte?

¿No dio la encina ibera para el fuego de Dios la buena  
rama, que fue en la santa hoguera de amor una con Dios en  
pura llama?

Mas hoy.

¡Qué importa un día! Para los nuevos lares estepas hay en la  
floresta umbría, leña verde en los viejos encinares.

Aun larga patria espera abrir el corvo arado sus besanas;  
para el grano de Dios hay sementera bajo cardos y abrojos y

bardanas.

¡Qué importa un día!

Está el ayer alerta al mañana, mañana al infinito, hombre de España, ni el pasado ha muerto, ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

¿Quién ha visto la faz al Dios hispano? Mi corazón aguarda al hombre ibero de la recia mano, que tallará en el roble castellano el Dios adusto de la tierra parda.

## CII

### (ORILLAS DEL DUERO)

¡Primavera soriana, primavera humilde, como el sueño de un bendito, de un pobre caminante que durmiera de cansancio en un páramo infinito!

¡Campillo amarillento, como tosco sayal de campesina, pradera de velludo polvoriento donde pace la escuálida merina!

¡Aquellos diminutos peguajales de tierra dura y fría, donde apuntan centenos y trigales que el pan moreno nos darán un día!

Y otra vez roca y roca, pedregales desnudos y pelados serrijones, la tierra de las águilas caudales, malezas y

jarales, hierbas monteses, zarzas y cambrones.

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía! ¡Castilla, tus  
decrépitadas ciudades! ¡La agria melancolía que puebla tus  
sombrias soledades!

¡Castilla varonil, adusta tierra.

Castilla del desdén contra la suerte, Castilla del dolor y de la  
guerra, tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Era una tarde, cuando el campo huía del sol, y en el asombro  
del planeta, como un globo morado aparecía la hermosa  
luna, amada del poeta.

En el cárdeno cielo violeta alguna clara estrella fulguraba.

El aire ensombrecido oreaba mis sienes, y acercaba el  
murmullo del agua hasta mi oído.

Entre cerros de plomo y de ceniza manchados de roídos  
encinares y entre calvas roquedas de caliza, iba a embestir  
los ocho tajamares del puente el padre río, que surca de  
Castilla el yermo frío.

¡Oh Duero, tu agua corre y correrá mientras las nieves  
blancas de enero el sol de mayo haga fluir por hoces y

barrancas, mientras tengan las sierras su turbante de nieve y de tormenta, y brille el olifante del sol, tras de la nube cenicienta!

¿Y el viejo romancero fue el sueño de un juglar junto a tu orilla? ¿Acaso como tú y por siempre, Duero, irá corriendo hacia la mar Castilla?

### **CIII**

#### **(LAS ENCINAS)**

A los Sres.  
de Masriera

¡Encinares castellanos en laderas y altozanos, serrijones y colinas llenos de obscura maleza encinas, pardas encinas; humildad y fortaleza!

Mientras que llenándoos va el hacha de calvijares, ¿nadie cantaros sabrá, encinares?

El roble es la guerra, el roble dice el valor y el coraje, rabia inmoble en su torcido ramaje;  
y es más rudo que la encina, más nervudo, más altivo y más señor.

El alto roble parece que recalca y enmudece su robustez como atleta que, erguido, afinca en el suelo.

El pino es el mar y el cielo y la montaña:

el planeta.

La palmera es el desierto, el sol y la lejanía:

la sed;

una fuente fría soñada en el campo yerto.

Las hayas son la leyenda.

Alguien, en las viejas hayas, leía una historia horrenda de crímenes y batallas.

¿Quién ha visto sin temblar un hayedo en un pinar? Los chopos son la ribera, liras de la primavera, Cerca del agua que fluye, pasa y huye, viva o lenta, que se emboca turbulenta o en remanso se dilata.

En su eterno escalofrío copian del agua del río las vivas ondas de plata.

De los parques las olmedas son las buenas arboledas que nos han visto jugar, cuando eran nuestros cabellos rubios y, con nieve en ellos, nos han de ver meditar.

Tiene el manzano el olor de su poma, el eucalipto el aroma de sus hojas, de su flor el naranjo la fragancia; y es del huerto la elegancia el ciprés obscuro y yerto.

¿Qué tienes tú, negra encina campesina, con tus ramas sin color en el campo sin verdor; con tu tronco ceniciento sin esbeltez ni altiveza, con tu vigor sin tormento, y tu humildad que es firmeza?

En tu copa ancha y redonda nada brilla, ni tu verdiobscura fronda ni tu flor verdiamarilla.

Nada es lindo ni arrogante en tu porte, ni guerrero, nada fiero que aderece su talante.

Brotas derecha o torcida con esa humildad que cede sólo a la ley de la vida, que es vivir como se puede.

El campo mismo se hizo árbol en ti, parda encina.

Ya bajo el sol que calcina, ya contra el hielo invernal, el bochorno y la borrasca, el agosto y el enero, los copos de la nevasca, los hilos del aguacero, siempre firme, siempre igual, impasible, casta y buena, ¡oh tú, robusta y serena, eterna encina rural de los negros encinares de la raya aragonesa y las crestas militares de la tierra pamplonesa;

encinas de Extremadura, de Castilla, que hizo a  
España, encinas de la llanura, del cerro y de la montaña;  
encinas del alto llano que el joven Duero rodea, y del Tajo  
que serpea por el suelo toledano;  
encinas de junto al mar —en Santander—, encinar que  
pones tu nota arisca, como un castellano ceño, en Córdoba la  
morisca, y tú, encinar madrileño, bajo Guadarrama frío, tan  
hermoso, tan sombrío, con tu adustez castellana  
Corrigiendo, la vanidad y el atuendo y la hetiquez  
cortesana!.

Ya sé, encinas campesinas que os pintaron, con  
lebreles elegantes y corceles, los más egregios pinceles, y  
os cantaron los poetas augustales, que os asordan  
escopetas de cazadores reales;  
mas sois el campo y el lar y la sombra tutelar de los buenos  
aldeanos que visten parda estameña, y que cortan vuestra  
leña con sus manos.

#### CIV

¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo, la sierra gris y blanca, la  
sierra de mis tardes madrileñas que yo veía en el azul  
pintada?

Por tus barrancos hondos y por tus cumbres agrias, mil  
Guadarramas y mil soles vienen, cabalgando conmigo, a tus  
entrañas.

**CV**  
**(EN ABRIL, LAS AGUAS MIL)**

Son de abril las aguas mil.

Sopla el viento achubascado, y entre nublado y nublado hay trozos de cielo añil.

Agua y sol.

El iris brilla.

En una nube lejana, zigzaguea una centella amarilla.

La lluvia da en la ventana y el cristal repiquetea.

A través de la neblina que forma la lluvia fina, se divisa un prado verde, y un encinar se esfumina, y una sierra gris se pierde.

Los hilos del aguacero sesgan las nacientes frondas, y agitan las turbias ondas en el remanso del Duero.

Lloviendo está en los habares y en las pardas sementeras;  
hay sol en los encinares, charcos por las carreteras.

Lluvia y sol.

Ya se obscurece el campo, ya se ilumina;  
allí un cerro desaparece, allá surge una colina.

Ya son claros, ya sombríos los dispersos caseríos, los lejanos  
torreones.

Hacia la sierra plomiza van rodando en pelotones nubes de  
guata y ceniza.

## **CVI**

### **(UN LOCO)**

Es una tarde mustia y desabrida de un otoño sin frutos, en la  
tierra estéril y raída donde la sombra de un centauro yerra.

Por un camino en la árida llanura, entre álamos marchitos, a solas con su sombra y su locura va el loco, hablando a gritos.

Lejos se ven sombríos estepares, colinas con malezas y cambrones, y ruinas de viejos encinares, coronando los agrios serrijones.

El loco vocifera a solas con su sombra y su quimera.

Es horrible y grotesca su figura:

flaco, sucio, maltrecho y mal rapado, ojos de calentura iluminan su rostro demacrado.

Huye de la ciudad.

Pobres maldades, misérrimas virtudes y quehaceres de chulos aburridos, y ruindades de ociosos mercaderes.

Por los campos de Dios el loco avanza tras la tierra esquelética y sequiza —rojo de herrumbre y pardo de ceniza — hay un sueño de lirio en lontananza.

Huye de la ciudad.

¡El tedio urbano! — ¡carne triste y espíritu villano!—.

No fue por una trágica amargura esta alma errante desgajada  
y rota;  
purga un pecado ajeno:

la cordura, la terrible cordura del idiota.

## CVII

### (FANTASÍA ICONOGRÁFICA)

La calva prematura brilla sobre la frente amplia y severa;  
bajo la piel de pálida tersura se trasluce la fina calavera.

Mentón agudo y pómulos marcados por trazos de un punzón  
adamantino;  
y de insólita púrpura manchados los labios que soñara un  
florentino.

Mientras la boca sonreír parece, los ojos perspicaces, que un  
ceño pensativo empequeñece, miran y ven, profundos y  
tenaces.

Tiene sobre la mesa un libro viejo donde posa la mano distraída.

Al fondo de la cuadro, en el espejo, una tarde dorada está dormida.

Montañas de violeta y grisientos breñales, la tierra que ama el santo y el poeta, los buitres y las águilas caudales.

Del abierto balcón al blanco muro va una franja de sol anaranjada que inflama el aire, en el ambiente obscuro que envuelve la armadura arrinconada.

## CVIII (UN CRIMINAL)

El acusado es pálido y lampiño.

Arde en sus ojos una fosca lumbre, que repugna a su máscara de niño y ademán de piadosa mansedumbre.

Conserva del obscuro seminario el talante modesto y la costumbre de mirar a la tierra o al breviario.

Devoto de María, madre de pecadores, por Burgos bachiller  
en teología, presto a tomar las órdenes menores.

Fue su crimen atroz.

Hartóse un día de los textos profanos y divinos, sintió pesar  
del tiempo que perdía enderezando hipérbatons latinos.

Enamoróse de una hermosa niña, subiósele el amor a la  
cabeza como el zumo dorado de la viña, y despertó su  
natural fiereza.

En sueños vio a sus padres —labradores de mediano  
caudal— iluminados del hogar por los rojos resplandores, los  
campesinos rostros atezados.

Quiso heredar.

¡Oh guindos y nogales del huerto familiar, verde y  
sombrió, y doradas espigas candeales, que colmarán las  
trojes del estío!

Y se acordó del hacha que pendía en el muro luciente y  
afilada, el hacha fuerte que la leña hacía de la rama de roble

cercenada.

Frente al reo, los jueces con sus viejos ropones enlutados;  
y, una hilera de oscuros entrecejos y de plebeyos rostros:

los jurados.

El abogado defensor perora, golpeando el pupitre con la  
mano;  
emborriona papel un escribano, mientras oye el fiscal,  
indiferente, el alegato enfático y sonoro, y repasa los autos  
judiciales o, entre sus dedos, de las gafas de oro acaricia los  
límpidos cristales.

Dice un ujier:

"Va sin remedio al palo.

" El joven cuervo la clemencia espera.

Un pueblo, carne de horca, la severa justicia aguarda que  
castiga al malo.

**CIX**  
**(AMANECER DE OTOÑO)**

A Julio Romero de Torres

Una larga carretera entre grises peñascales, y alguna humilde pradera donde pacen negros toros.

Zarzas, malezas, jarales.

Está la tierra mojada por las gotas del rocío, y la alameda dorada, hacia la curva del río.

Tras los montes de violeta quebrado el primer albor;  
a la espalda la escopeta, entre sus galgos agudos, caminando un cazador.

**CX**  
**(EN TREN)**

Yo, para todo viaje —siempre sobre la madera de mi vagón de tercera—, voy ligero de equipaje.

Si es de noche, porque no acostumbro a dormir yo, y de día, por mirar los arbolitos pasar, yo nunca duermo en el tren, y,

sin embargo, voy bien.

¡Este placer de alejarse!  
Londres, Madrid, Ponferrada,  
tan lindos... para marcharse.

Lo molesto es la llegada.

Luego, el tren, al caminar,  
siempre nos hace soñar;  
y casi,  
lo olvidamos el jamelgo que montamos.

¡Oh el pollino que sabe bien el camino!  
¿Dónde estamos?  
¿Dónde todos nos bajamos?  
¡Frente a mí va una monjita tan bonita!  
Tiene esa expresión serena que a la pena da una esperanza  
infinita.

Y yo pienso:

Tú eres buena;

porque diste tus amores a Jesús;

porque no quieres ser madre de pecadores.

Mas tú eres maternal, bendita entre las mujeres, madrecita virginal.

Algo en tu rostro es divino bajo tus cofias de lino.

Tus mejillas —esas rosas amarillas— fueron rosadas, y, luego, ardió en tus entrañas fuego;

y hoy, esposa de la Cruz, ya eres luz, y sólo luz.

¡Todas las mujeres bellas fueran, como tú, doncellas en un convento a encerrarse!

Y la niña que yo quiero, ¡ay!, preferirá casarse con un mocito barbero.

El tren camina y camina, y la máquina resuella, y tose con tos ferina.

¡Vamos en una centella!

## **CXI**

### **(NOCHE DE VERANO)**

Es una hermosa noche de verano.

Tienen las altas casas abiertos los balcones  
del viejo pueblo a la anchurosa plaza.

En el amplio rectángulo desierto, bancos de piedra,  
evónimos y acacias simétricos dibujan sus negras sombras  
en la arena blanca.

En el cenit, la luna, y en la torre, la esfera del reloj  
iluminada.

Yo en este viejo pueblo paseando solo, como un fantasma.

## **CXII**

### **(PASCUA DE RESURRECCIÓN)**

Mirad: el arco de la vida  
traza el iris sobre el campo que verdea.

Buscad vuestros amores,  
doncellitas, donde brota la fuente de la piedra.

En donde el agua ríe y sueña y pasa, allí el romance del amor  
se cuenta.

¿No han de mirar un día, en vuestros brazos, atónitos,  
el sol de primavera, ojos que vienen a la luz cerrados, y que  
al partirse de la vida ciegan?

¿No beberán un día en vuestros senos los que mañana  
labrarán la tierra?

¡Oh, celebrad este domingo claro, madrecitas en flor,  
vuestras entrañas nuevas!

Gozad esta sonrisa de vuestra ruda madre.

Ya sus hermosos nidos habitan las cigüeñas, y escriben en  
las torres sus blancos garabatos.

Como esmeraldas lucen los muscos de las peñas.

Entre los robles muerden los negros toros la menuda  
hierba, y el pastor que apacienta los merinos su pardo sayo  
en la montaña deja.

**CXIII**  
**(CAMPOS DE SORIA)**

## I

Es la tierra de Soria árida y fría.

Por las colinas y las sierras calvas, verdes pradillos,  
cerros cenicientos,  
la primavera pasa dejando entre las hierbas olorosas  
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.

Al empezar abril está nevada la espalda del Moncayo;

el caminante lleva en su bufanda .

envueltos cuello y boca, y los pastores pasan cubiertos con  
sus luengas capas.

## II

Las tierras labrantías, como retazos de estameñas pardas, el  
huertecillo, el abejar, los trozos de verde oscuro en que el  
merino pasta, entre plumizos peñascales, siembran el sueño  
alegre de infantil Arcadia.

En los chopos lejanos del camino, parecen humear las yertas ramas como un glauco vapor —las nuevas hojas— y en las quiebras de valles y barrancas blanquean los zarzales florecidos, y brotan las violetas perfumadas.

### III

Es el campo ondulado, y los caminos ya ocultan los viajeros que cabalgan en pardos borriquillos ya al fondo de la tarde arrebolada elevan las plebeyas figurillas, que el lienzo de oro del ocaso manchan.

Mas si trepáis a un cerro y veis el campo desde los picos donde habita el águila, son tornasoles de carmín y acero, llanos plomizos, lomas plateadas, circuitos por montes de violeta, con las cumbres de nieve sonrosada.

### IV

¡Las figuras del campo sobre el cielo! Dos lentos bueyes aran en un alcor, cuando el otoño empieza, y entre las negras testas doblegadas bajo el pesado yugo, pende un cesto de juncos y retama, que es la cuna de un niño;  
y tras la yunta marcha un hombre que se inclina hacia la tierra, y una mujer que en las abiertas zanjias arroja la semilla.

Bajo una nube de carmín y llama, en el oro fluido y verdinoso del poniente, las sombras se agigantan.

## V

La nieve.

En el mesón al campo abierto se ve el hogar donde la leña humea y la olla al hervir borbollonea.

El cierzo corre por el campo yerto, alborotando en blancos torbellinos la nieve silenciosa.

La nieve sobre el campo y los caminos, cayendo está como sobre una fosa.

Un viejo acurrucado tiembla y tose cerca del fuego;

su mechón de lana la vieja hila, y una niña cose verde ribete a su estameña grana.

Padres los viejos son de un arriero que caminó sobre la blanca tierra, y una noche perdió ruta y sendero, y se enterró en las nieves de la sierra.

En torno al fuego hay un lugar vacío y en la frente del viejo, de hosco ceño, como un tachón sombrío —tal el golpe de un hacha sobre un leño—.

La vieja mira al campo, cual si oyera pasos sobre la nieve.

Nadie pasa.

Desierta la vecina carretera, desierto el campo en torno de la casa.

La niña piensa que en los verdes prados ha de correr con otras doncellitas en los días azules y dorados, cuando crecen las blancas margaritas.

## VI

¡Soria fría, Soria pura, cabeza de Extremadura, con su castillo guerrero arruinado, sobre el Duero;  
con sus murallas roídas y sus casas denegridas!

¡Muerta ciudad de señores soldados o cazadores;  
de portales con escudos de cien linajes hidalgos, y de famélicos galgos, de galgos flacos y agudos, que pululan por las sórdidas callejas, y a la medianoche ululan, cuando graznan las cornejas!

¡Soria fría!

La campana de la Audiencia da la una.

Soria, ciudad castellana ¡tan bella!  
bajo la luna.

## VII

¡Colinas plateadas, grises alcores, cárdenas roquedas por  
donde traza el Duero su curva de ballesta en torno a Soria,  
oscuros encinares, ariscos pedregales, calvas  
sierras, caminos blancos y álamos del río, tardes de Soria,  
mística y guerrera, hoy siento por vosotros, en el fondo del  
corazón, tristeza, tristeza que es amor!  
¡Campos de Soria donde parece que las rocas  
sueñan, conmigo vais!  
¡Colinas plateadas, grises alcores, cárdenas roquedas!..

## VIII

He vuelto a ver los álamos dorados, álamos del camino en la  
ribera del Duero, entre San Polo y San Saturio, tras las  
murallas viejas de Soria —barbacana hacia Aragón, en  
castellana tierra—.

Estos chopos del río, que acompañan con el sonido de sus  
hojas secas el son del agua, cuando el viento sopla, tienen en  
sus cortezas grabadas iniciales que son nombres de  
enamorado, cifras que son fechas.

¡Álamos del amor que ayer tuvisteis de ruiñeños vuestras  
ramas llenas;  
álamos que seréis mañana liras del viento perfumado en  
primavera;  
álamos del amor cerca del agua que corre y pasa y  
sueña, álamos de las márgenes del Duero, conmigo vais, mi  
corazón os lleva!

## IX

¡Oh!, sí, conmigo vais, campos de Soria, tardes tranquilas,  
montes de violeta, alamedas del río, verde sueño del suelo  
gris y de la parda tierra, agria melancolía de la ciudad  
decrépita, me habéis llegado al alma, ¿o acaso estabais en el  
fondo de ella? ¡Gentes del alto llano numantino que a Dios  
guardáis como cristianas viejas, que el sol de España os  
llene de alegría, del luz y de riqueza!

## CXIV

### (LA TIERRA DE ALVARGONZALEZ)

Al poeta Juan Ramón Jiménez

#### I

Siendo mozo Alvargonzález, dueño de mediana  
hacienda, que en otras tierras se dice bienestar y aquí,  
opulencia, en la feria de Berlanga prendóse de una  
doncella, y la tomó por mujer al año de conocerla.

Muy ricas las bodas fueron, y quien las vio las recuerda;  
sonadas las tornabodas que hizo Alvar en su aldea;  
hubo gaitas, tamboriles, flauta, bandurria y vihuela, fuegos a  
la valenciana y danza a la aragonesa.

#### II

Feliz vivió Alvargonzález en el amor de su tierra.

Nacióronle tres varones, que en el campo son riqueza, y, ya

crecidos, los puso, uno a cultivar la huerta, otro a cuidar los merinos, y dio el menor a la Iglesia.

### III

Mucha sangre de Caín tiene la gente labriega, y en el hogar campesino armó la envidia pelea.

Casáronse los mayores;  
tuvo Alvargonzález nueras,  
que le trajeron cizaña, antes que nietos le dieran.

La codicia de los campos ve tras la muerte la herencia;  
no goza de lo que tiene por ansia de lo que espera.

El menor, que a los latines prefería las doncellas hermosas y no gustaba de vestir por la cabeza, colgó la sotana un día y partió a lejanas tierras.

La madre lloró;  
y el padre dióle bendición y herencia.

### IV

Alvargonzález ya tiene la adusta frente arrugada, por la

barba le platea la sombra azul de la cara.

Una mañana de otoño salió solo de su casa;

no llevaba sus lebreles, agudos canes de caza;

iba triste y pensativo por la alameda dorada;

anduvo largo camino y llegó a una fuente clara.

Echóse en la tierra;

puso sobre una piedra la manta, y a la vera de la  
fuente durmió al arrullo del agua.

## EL SUEÑO

### I

Y Alvargonzález veía, como Jacob, una escala que iba de la  
tierra al cielo, y oyó una voz que le hablaba.

Mas las hadas hilanderas, entre las vedijas blancas y  
vellones de oro, han puesto un mechón de negra lana.

.

## II

Tres niños están jugando a la puerta de su casa;  
entre los mayores brinca un cuervo de negras alas.

La mujer vigila, cose y, a ratos, sonríe y canta.

—Hijos, ¿qué hacéis?  
—les pregunta.

Ellos se miran y callan.

—Subid al monte, hijos míos, y antes que la noche  
caiga, con un brazado de estepas hacedme una buena llama.

## III

Sobre el lar de Alvargonzález está la leña apilada;  
el mayor quiere encenderla, pero no brota la llama.

— Padre, la hoguera no prende, está la estepa mojada.

Su hermano viene a ayudarle y arroja astillas y ramas sobre  
los troncos de roble;  
pero el rescoldo se apaga.

Acude el menor, y enciende, bajo la negra campana de la  
cocina, una hoguera que alumbra toda la casa.

## IV

Alvargonzález levanta en brazos al más pequeño y en sus rodillas lo sienta:

—Tus manos hacen el fuego;  
aunque el último naciste tú eres en mi amor primero.

Los dos mayores se alejan por los rincones del sueño.

Entre los dos fugitivos reluce un hacha de hierro.

## AQUELLA TARDE.

### I

Sobre los campos desnudos, la luna llena manchada de un arrebol purpurino, enorme globo asomaba.

Los hijos de Alvargonzález silenciosos caminaban, y han visto al padre dormido junto de la fuente clara.

## II

Tiene el padre entre las cejas un ceño que le aborrasca el rostro, un tachón sombrío como la huella de un hacha.

Soñando está con sus hijos, que sus hijos lo apuñalan; y cuando despierta mira que es cierto lo que soñaba.

## III

A la vera de la fuente quedó Alvargonzález muerto.

Tiene cuatro puñaladas entre el costado y el pecho, por donde la sangre brota, más un hachazo en el cuello.

Cuenta la hazaña del campo el agua clara corriendo, mientras los dos asesinos huyen hacia los hayedos.

Hasta la Laguna Negra, bajo las fuentes del Duero, llevan el muerto, dejando detrás un rastro sangriento; y en la laguna sin fondo, que guarda bien los secretos, con una piedra amarrada, a los pies, tumba le dieron.

## IV

Se encontró junto a la fuente la manta de Alvargonzález, y, camino del hayedo, se vio un reguero de sangre.

Nadie de la aldea ha osado a la laguna acercarse, y el

sondarla inútil fuera, que es la laguna insondable.

Un buhonero, que cruzaba aquellas tierras errante, fue en Dauria acusado, preso y muerto en garrote infame.

## V

Pasados algunos meses, la madre murió de pena.

Los que muerta la encontraron dicen que las manos yertas sobre su rostro tenía, oculto el rostro con ellas.

## VI

Los hijos de Alvargonzález ya tienen majada y huerta, campos de trigo y centeno y prados de fina hierba; en el olmo viejo, hendido por el rayo, la colmena, dos yuntas para el arado, un mastín y mil ovejas.

## OTROS DÍAS

### I

Ya están las zarzas floridas y los ciruelos blanquean; ya las abejas doradas liban para sus colmenas, y en los nidos, que coronan las torres de las iglesias, asoman los garabatos ganchudos de las cigüeñas.

Ya los olmos del camino y chopos de las riberas de los

arroyos, que buscan al padre Duero, verdean.

El cielo está azul, los montes sin nieve son de violeta.

La tierra de Alvargonzález se colmará de riqueza;  
muerto está quien la ha labrado, mas no le cubre la tierra.

## II

La hermosa tierra de España adusta, fina y guerrera Castilla,  
de largos ríos, tiene un puñado de sierras entre Soria y  
Burgos como reductos de fortaleza, como yelmos  
crestados, y Urbión es una cimera.

## III

Los hijos de Alvargonzález, por una empinada senda, para  
tomar el camino de Salduero a Corvaleda, cabalgan en  
pardas mulas, bajo el pinar de Vinuesa.

Van en busca de ganado con que volver a su aldea, y por  
tierra de pinares larga jornada comienzan.

Van Duero arriba, dejando atrás los arcos de piedra del  
puente y el caserío de la ociosa y opulenta villa de indianos.

El río, al fondo del valle, suena, y de las cabalgaduras los  
cascos baten las piedras.

A la otra orilla del Duero canta una voz lastimera:

"La tierra de Alvargonzález se colmará de riqueza, y el que la tierra ha labrado no duerme bajo la tierra."

#### IV

Llegados son a un paraje en donde el pinar se espesa, y el mayor, que abre la marcha, su parda mula espolea, diciendo:

—Démonos prisa;  
porque son más de dos leguas de pinar y hay que apurarlas antes que la noche venga.

Dos hijos del campo, hechos a quebradas y asperezas, porque recuerdan un día la tarde en el monte tiemblan.

Allá en lo espeso del bosque otra vez la copla suena:

"La tierra de Alvargonzález se colmará de riqueza, y el que la tierra ha labrado no duerme bajo la tierra."

#### V

Desde Salduero el camino va al hilo de la ribera;  
a ambas márgenes del río el pinar crece y se eleva, y las rocas se aborrascan, al par que el valle se estrecha.

Los fuertes pinos del bosque con sus copas gigantescas, y sus desnudas raíces amarradas a las piedras;

los de troncos plateados cuyas frondas azulean, pinos jóvenes;

los viejos, cubiertos de blanca lepra, musgos y líquenes canos que el grueso tronco rodean, colman el valle y se pierden rebasando ambas laderas.

Juan, el mayor, dice:

—Hermano, si Blas Antonio apacienta cerca de Urbión su vacada, largo camino nos queda.

—Cuando hacia Urbión alarguemos se puede acortar de vuelta, tomando por el atajo, hacia la Laguna Negra y bajando por el puerto de Santa Inés a Vinuesa.

— Mala tierra y peor camino.

Te juro que no quisiera verlos otra vez.

Cerremos los tratos en Covaleda;

hagamos noche y, al alba, volvámonos a la aldea por este

valle, que, a veces, quien piensa atajar rodea.

Cerca del río cabalgan los hermanos, y contemplan cómo el bosque centenario, al par que avanzan, aumenta, y la roqueda del monte el horizonte les cierra.

El agua, que va saltando, parece que canta o cuenta:

"La tierra de Alvargonzález se colmará de riqueza, y el que la tierra ha labrado no duerme bajo la tierra."

## CASTIGO

### I

Aunque la codicia tiene redil que encierre la oveja, trojes que guarden el trigo, bolsas para la moneda, y garras, no tiene manos que sepan labrar la tierra.

Así, a un año de abundancia siguió un año de pobreza.

### II

En los sembrados crecieron las amapolas sangrientas;  
pudrió el tizón las espigas de trigales y de avenas;  
hielos tardíos mataron en flor la fruta en la huerta, y una mala hechicería hizo enfermar las ovejas.

A los dos Alvargonzález maldijo Dios en sus tierras, y al

año pobre siguieron largos años de miseria.

### III

Es una noche de invierno.

Cae la nieve en remolinos.

Los Alvargonzález velan un fuego casi extinguido.

El pensamiento amarrado tienen a un recuerdo mismo, y en las ascuas mortecinas del hogar los ojos fijos.

No tienen leña ni sueño.

Larga es la noche y el frío arrecia.

Un candil humea en el muro ennegrecido.

El aire agita la llama, que pone un fulgor rojizo sobre las dos pensativas testas de los asesinos.

El mayor de Alvargonzález, lanzando un ronco suspiro, rompe el silencio, exclamando:

— Hermano, ¡qué mal hicimos! El viento la puerta bate, hace temblar el postigo, y suena en la chimenea con hueco y largo bramido.

Después, el silencio vuelve, y a intervalos el pabilo del  
candil chisporrotea en el aire atarecido.

El segundón dijo:

—¡Hermano, demos lo viejo al olvido!

## EL VIAJERO

### I

Es una noche de invierno.

Azota el viento las ramas de los álamos.

La nieve ha puesto la tierra blanca.

Bajo la nevada, un hombre por el camino cabalga;  
va cubierto hasta los ojos, embozado en negra capa.

Entrado en la aldea, busca de Alvargonzález la casa, y ante  
su puerta llegado, sin echar pie a tierra, llama.

Los dos hermanos oyeron una aldabada a la puerta, y de una  
cabalgadura los cascos sobre las piedras.

Ambos los ojos alzaron llenos de espanto y sorpresa.

— ¿Quién es?

Responda —gritaron.

—Miguel —respondieron fuera.

Era la voz del viajero que partió a lejanas tierras.

### III

Abierto el portón, entróse a caballo el caballero y echó pie a tierra.

Venía todo de nieve cubierto.

En brazos de sus hermanos lloró algún rato en silencio.

Después dio el caballo al uno, al otro, capa y sombrero, y en la estancia campesina buscó el arrimo del fuego.

### IV

El menor de los hermanos, que niño y aventurero fue más allá de los mares y hoy torna indiano opulento, vestía con negro traje de peludo terciopelo, ajustado a la cintura por ancho cinto de cuero.

Gruesa cadena formaba un bucle de oro en su pecho.

Era un hombre alto y robusto, con ojos grandes y negros llenos de melancolía;

la tez de color moreno, y sobre la frente  
comba enmarañados cabellos;  
el hijo que saca porte señor de padre labriego, a quien  
fortuna le debe amor, poder y dinero.

De los tres Alvargonzález era Miguel el más bello;

porque al mayor afeaba el muy poblado entrecejo bajo la  
frente mezquina, y al segundo, los inquietos ojos que mirar  
no saben de frente, torvos y fieros.

## V

Los tres hermanos contemplan el triste hogar en silencio;  
y con la noche cerrada arrecia el frío y el viento.

—Hermanos, ¿no tenéis leña? —dice Miguel.

—No tenemos —responde el mayor.

Un hombre, milagrosamente, ha abierto la  
gruesa puerta cerrada con doble barra de hierro.

El hombre que ha entrado tiene el rostro del padre muerto.

Un halo de luz dorada orla sus blancos cabellos.

Lleva un haz de leña al hombro y empuña un hacha de

hierro.

## EL INDIANO

### I

De aquellos campos malditos,  
Miguel a sus dos hermanos compró una parte,  
que mucho caudal de América trajo, y aun en tierra mala, el  
oro luce mejor que enterrado, y más en mano de pobres que  
oculto en orza de barro.

Dióse a trabajar la tierra con fe y tesón el indiano, y a laborar  
los mayores sus peguajales tornaron.

Ya con macizas espigas, preñadas de rubios granos, a los  
campos de Miguel tornó el fecundo verano;  
y ya de aldea en aldea se cuenta como un milagro, que los  
asesinos tienen la maldición en sus campos.

Ya el pueblo canta una copla que narra el crimen pasado:

"A la orilla de la fuente lo asesinaron.

¡Qué mala muerte le dieron los hijos malos! En la laguna sin fondo al padre muerto arrojaron.

No duerme bajo la tierra el que la tierra ha labrado."

## II

Miguel, con sus dos lebreles y armado de su escopeta, hacia el azul de los montes, en una tarde serena, caminaba entre los verdes chopos de la carretera, y oyó una voz que cantaba:

"No tiene tumba en la tierra.

Entre los pinos del valle del Revinuesa, al padre muerto llevaron hasta la Laguna Negra."

## LA CASA

### I

La casa de Alvargonzález era una casona vieja, con cuatro estrechas ventanas, separada de la aldea cien pasos y entre dos olmos que, gigantes centinelas, sombra le dan en verano, y en el otoño secas.

En casa de labradores, gente aunque rica plebeya, donde el hogar humeante con sus escaños de piedra se ve sin entrar, si tiene abierta al campo la puerta.

Al arrimo del rescoldo del hogar borbollonean dos pucherillos de barro, que a dos familias sustentan.

A diestra mano, la cuadra y el corral;

a la siniestra, huerto y abejar, y, al fondo, una gastada escalera, que va a las habitaciones partidas en dos viviendas.

Los Alvargonzález moran con sus mujeres en ellas.

A ambas parejas que hubieron, sin que lograrse pudieran, dos hijos, sobrado espacio les da la casa paterna.

En una estancia que tiene luz al huerto, hay una mesa con gruesa tabla de roble, dos sillones de vaqueta; colgado en el muro, un negro ábaco de enormes cuentas, y unas espuelas mohosas sobre un arcón de madera.

Era una estancia olvidada donde hoy Miguel se aposenta.

Y era allí donde los padres veían en primavera el huerto en flor, y en el cielo de mayo, azul, la cigüeña —cuando las rosas se abren y los zarzales blanquean — que enseñaba a sus hijuelos a usar en las alas lentas.

Y en las noches del verano, cuando la calor desvela, desde la ventana al dulce ruiseñor cantar oyeran.

Fue allí donde Alvargonzález, del orgullo de su huerta y del amor a los suyos, sacó sueños de grandeza.

Cuando en brazos de la madre vio la figura risueña del primer hijo, bruñida de rubio sol la cabeza, del niño que levantaba las codiciosas, pequeñas manos a las rojas guindas y a las moradas ciruelas, o aquella tarde de otoño, dorada, plácida y buena, él pensó que ser podría feliz el hombre en la tierra.

Hoy canta el pueblo una copla que va de aldea en aldea:

"¡Oh casa de Alvargonzález, qué malos días te esperan;  
casa de los asesinos, que nadie llame a tu puerta!"

## II

Es una tarde de otoño.

En la alameda dorada no quedan ya ruiseñores;  
enmudeció la cigarra.

Las últimas golondrinas, que no emprendieron la marcha, morirán, y las cigüeñas de sus nidos de retamas, en

torres y campanarios, huyeron.

Sobre la casa de Alvargonzález, los olmos sus hojas  
que el viento arranca van dejando.

Todavía las tres redondas acacias, en el atrio de la  
iglesia, conservan verdes sus ramas, y las castañas de  
Indias a intervalos se desgajan cubiertas de sus erizos;  
tiene el rosal rosas grana otra vez, y en las praderas brilla la  
alegre otoñada.

En laderas y en alcores, en ribazos y cañadas, el verde nuevo  
y la hierba, aun del estío quemada, alternan;

los serrijones pelados, las lomas calvas, se coronan de  
plomizas nubes apelotonadas;  
y bajo el pinar gigante, entre las marchitas zarzas y  
amarillentos helechos, corren las crecidas aguas a engrosar el  
padre río por canchales y barrancas.

Abunda en la tierra un gris de plomo y azul de plata, con  
manchas de roja herrumbre, todo envuelto en luz violada.

¡Oh tierras de Alvargonzález, en el corazón de  
España, tierras pobres, tierras tristes, tan tristes que tienen

alma!

Páramo que cruza el lobo aullando a la luna clara de bosque  
a bosque, baldíos llenos de peñas rodadas, donde roída de  
buitres brilla una osamenta blanca;  
pobres campos solitarios sin caminos ni posadas, ¡oh  
pobres campos malditos, pobres campos de mi patria!

## LA TIERRA

### I

Una mañana de otoño, cuando la tierra se labra, Juan y el  
indiano aparejan las dos yuntas de la casa.

Martín se quedó en el huerto arrancando hierbas malas.

### II

Una mañana de otoño, cuando los campos se aran, sobre un  
otero, que tiene el cielo de la mañana por fondo, la parda  
yunta de Juan lentamente avanza.

Cardos, lampazos y abrojos, avena loca y cizaña, llenan la  
tierra maldita, tenaz a pico y a escarda.

Del corvo arado de roble la hundida reja trabaja con vano  
esfuerzo;

parece, que al par que hiende la entraña del campo y hace  
camino se cierra otra vez la zanja.

"Cuando el asesino labre será su labor pesada;  
antes que un surco en la tierra, tendrá una arruga en su  
cara."

### III

Martín, que estaba en la huerta cavando, sobre su  
azada quedó apoyado un momento;  
frío sudor le bañaba el rostro.

Por el Oriente, la luna llena, manchada, de un arrebol  
purpurino, lucía tras de la tapia del huerto.

Martín tenía la sangre de horror helada.

La azada que hundió en la tierra teñida de sangre estaba.

### IV

En la tierra en que ha nacido supo afinar el indiano;  
por mujer a una doncella rica y hermosa ha tomado.

La hacienda de Alvargonzález ya es suya, que sus  
hermanos todo le vendieron:

casa, huerto, colmenar y campo.

## LOS ASESINOS

### I

Juan y Martín, los mayores de Alvargonzález, un día pesada  
marcha emprendieron con el alba, Duero arriba.

La estrella de la mañana en el alto azul ardía.

Se iba tiñendo de rosa la espesa y blanca neblina de los  
valles y barrancos, y algunas nubes plumizas a Urbión,  
donde el Duero nace, como un turbante ponían.

Se acercaban a la fuente.

El agua clara corría, sonando cual si contara una vieja  
historia, dicha mil veces y que tuviera mil veces que  
repetirla.

Agua que corre en el campo dice en su monotonía:

Yo sé el crimen, ¿no es un crimen cerca del agua, la vida?

Al pasar los dos hermanos relataba el agua limpia:

"A la vera de la fuente Alvargonzález dormía."

## II

—Anoche, cuando volvía a casa —Juan a su hermano dijo—  
, a la luz de la luna era la huerta un milagro.

Lejos, entre los rosales, divisé un hombre inclinado hacia la  
tierra;

brillaba una hoz de plata en su mano.

Después irguióse y, volviendo el rostro, dio algunos  
pasos por el huerto, sin mirarme, y a poco lo vi  
encorvado otra vez sobre la tierra.

Tenía el cabello blanco.

La luna llena brillaba, y era la huerta un milagro.

### III

Pasado habían el puerto de Santa Inés, ya mediada la tarde, una tarde triste de noviembre, fría y parda.

Hacia la Laguna Negra silenciosos caminan.

### IV

Cuando la tarde caía, entre las vetustas hayas y los pinos centenarios, un rojo sol se filtraba.

Era un paraje de bosque y peñas aborascadas;  
aquí bocas que bostezan o monstruos de fieras garras;  
allí una informe joroba, allá una grotesca panza, torvos  
hocicos de fieras y dentaduras melladas, rocas y rocas, y  
troncos y troncos, ramas y ramas.

En el hondón del barranco la noche, el miedo y el agua.

### V

Un lobo surgió, sus ojos lucían como dos ascuas.

Era la noche, una noche húmeda, oscura y cerrada.

Los dos hermanos quisieron volver.

La selva ululaba.

Cien ojos fieros ardían en la selva, a sus espaldas.

Llegaron los asesinos hasta la Laguna Negra, agua transparente y muda que enorme muro de piedra, donde los buitres anidan y el eco duerme, rodea;  
agua clara donde beben las águilas de la sierra, donde el jabalí del monte y el ciervo y el corzo abreven;  
agua pura y silenciosa que copia cosas eternas;  
agua imposible que guarda en su seno las estrellas.

¡Padre!, gritaron;

al fondo de la laguna serena Cayeron, y el eco ¡padre! repitió de peña en peña.

## **CXV**

### **(A UN OLMO SECO)**

Al olmo viejo, hendido por el rayo y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo, algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina que lame el Duero!  
Un musgo amarillento le mancha la corteza blanquecina al  
tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores que guardan el camino y la  
ribera, habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera va trepando por él, y en sus  
entrañas urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador,  
y el carpintero te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana,  
ardas de alguna mísera caseta, al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino y tronche el soplo de las  
sierras blancas;  
antes que el río hasta la mar te empuje por valles y  
barrancas, olmo, quiero anotar en mi cartera la gracia de tu  
rama verdecida.

Mi corazón espera también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.

**CXVI**  
**(RECUERDOS)**

¡Oh Soria, cuando miro los frescos naranjales cargados de perfume, y el campo enverdecido, abiertos los jazmines, maduros los trigales, azules las montañas y el olivar florido; Guadalquivir corriendo al mar entre vergeles;

y al sol de abril los huertos colmados de azucenas, y los enjambres de oro, para libar sus mieles dispersos en los campos, huir de sus colmenas;  
yo sé la encina roja crujiendo en tus hogares, barriendo el cierzo helado tu campo empedernido;  
y en sierras agrias sueño — ¡Urbión, sobre pinares! ¡Moncayo blanco, al cielo aragonés, erguido!  
— Y pienso:

Primavera, como un escalofrío irá a cruzar el alto solar del romancero, ya verdearán de chopos las márgenes del río.

¿Dará sus verdes hojas el olmo aquel del Duero?  
Tendrán los campanarios de Soria sus cigüeñas,  
y la roqueda parda más de un zarzal en flor;

y a los rebaños blancos, por entre grises peñas, hacia los altos prados conducirá el pastor.

¡Oh, en el azul, vosotras viajeras golondrinas que vais al joven Duero, rebaños de merinos, con rumbo hacia las altas praderas numantinas, por las cañadas hondas y al sol de los caminos;

hayedos y pinares que cruza el ágil ciervo, montañas, serrijones, lomazos, parameras, en donde reina el águila, por donde busca el cuervo su infecto expoliario;

menudas sementeras cual sayos cenicientos, casetas y majadas entre desnuda roca, arroyos y hontanares donde a la tarde beben las yuntas fatigadas, dispersos huertecillos, humildes abejas!.

¡Adiós, tierra de Soria;

adiós el alto llano cercado de colinas y crestas militares, alcores y roquedas del yermo castellano, fantasmas de robledos y sombras de encinares!

En la desesperanza y en la melancolía de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.

Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía, por los floridos valles, mi corazón te lleva.

**(AL MAESTRO "AZORIN" POR SU LIBRO  
"CASTILLA")**

La venta de Cidones está en la carretera que va de Soria a Burgos.

Leonarda, la ventera, que llaman la Ruipérez, es una viejecita que aviva el fuego donde borbotilla la marmita.

Ruipérez, el ventero, un viejo diminuto —bajo las cejas grises, dos ojos de hombre astuto—, contempla silencioso la lumbre del hogar.

Se oye la marmita al fuego borbotar.

Sentado ante una mesa de pino, un caballero escribe.

Cuando moja la pluma en el tintero, dos ojos tristes lucen en un semblante enjuto.

El caballero es joven, vestido va de luto.

El viento frío azota los chopos del camino.

Se ve pasar de polvo un blanco remolino.

La tarde se va haciendo sombría.

El enlutado, la mano en la mejilla, medita ensimismado.

Cuando el correo llegue, que el caballero aguarda, la tarde  
habrá caído sobre la tierra parda de Soria.

Todavía los grises serrijones, con ruina de encinares y  
mellas de aluviones, las lomas azuladas, las agrias  
barranqueras, picotas y colinas,  
ribazos y laderas del páramo sombrío por donde cruza el  
Duero, darán al sol de ocaso su resplandor de acero.

La venta se obscurece.

El rojo lar humea.

La mecha de un mohoso candil arde y chispea.

El enlutado tiene clavados en el fuego los ojos largo rato;  
se los enjuga luego con un pañuelo blanco.

¿Por qué le hará llorar el son de la marmita, el ascua del hogar?

Cerró la noche.

Lejos se escucha el traqueteo y el galopar de un coche que avanza.

Es el correo.

## **CXVIII**

### **(CAMINOS)**

De la ciudad moruna tras las murallas viejas, yo contemplo la tarde silenciosa, a solas con mi sombra y con mi pena.

El río va corriendo, entre sombrías huertas y grises olivares, por los alegres campos de Baeza.

Tienen las vides pámpanos dorados sobre las rojas cepas.

Guadalquivir, como un alfanje roto y disperso, reluce y espejea.

Lejos, los montes duermen envueltos en la niebla, niebla de otoño, maternal;

descansan las rudas moles de su ser de piedra en esta tibia tarde de noviembre, tarde piadosa, cárdena y violeta.

El viento ha sacudido los mustios olmos de la carretera, levantando en rosados torbellinos el polvo de la tierra.

La luna está subiendo amoratada, jadeante y llena.

Los caminitos blancos se cruzan y se alejan, buscando los dispersos caseríos del valle y de la sierra.

Caminos de los campos.

¡Ay, ya no puedo caminar con ella!

## **CXIX**

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.

Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.

Señor, ya estamos solos mi corazón, y el mar.

### **CXX**

Dice la esperanza:

un día la verás, si bien esperas.

Dice la desesperanza:

sólo tu amargura es ella.

Late, corazón.

No todo se lo ha tragado la tierra.

### **CXXI**

Allá, en las tierras altas, por donde traza el Duero su curva de ballesta en torno a Soria, entre plumizos cerros y manchas de raídos encinares, mi corazón está vagando, en sueños.

¿No ves, Leonor, los álamos del río con sus ramajes yertos? Mira el Moncayo azul y blanco;

dame tu mano y paseemos.

Por estos campos de la tierra mía, bordados de olivares polvorientos, voy caminando solo, triste, cansado, pensativo y viejo.

### CXXII

Soñé que tú me llevabas por una blanca vereda, en medio del campo verde, hacia el azul de las sierras, hacia los montes azules, una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía, tu mano de compañera, tu voz de niña en mi oído como una campana nueva, como una campana virgen de un alba de primavera.

¡Eran tu voz y tu mano, en sueños, tan verdaderas!.

Vive, esperanza, ¡quién sabe lo que se traga la tierra!

### CXXIII

Una noche de verano —estaba abierto el balcón y la puerta de mi casa— la muerte en mi casa entró.

Se fue acercando a su lecho —ni siquiera me miró—, con unos dedos muy finos, algo muy tenue rompió.

Silenciosa y sin mirarme, la muerte otra vez pasó delante de mí.

¿Qué has hecho? La muerte no respondió.

¡Mi niña quedó tranquila, dolido mi corazón.

¡Ay, lo que la muerte ha roto era un hilo entre los dos!

#### CXXIV

Al borrarse la nieve, se alejaron los montes de la sierra.

La vega ha verdecido al sol de abril, la vega tiene la verde llama, la vida, que no pesa;  
y piensa el alma en una mariposa, atlas del mundo, y sueña.

Con el ciruelo en flor y el campo verde, con el glauco vapor de la ribera, en torno de las ramas, con las primeras zarzas que blanquean, con este dulce soplo que triunfa de la muerte y de la piedra, esta amargura que me ahoga fluye en esperanza de Ella.

## CXXV

En estos campos de la tierra mía, y extranjero en los campos de mi tierra —yo tuve patria, donde corre el Duero por entre grises peñas, y fantasmas de viejos encinares, allá en Castilla, mística y guerrera, Castilla la gentil, humilde y brava, Castilla del desdén y de la fuerza—, en estos campos de mi Andalucía, ¡oh tierra en que nací!, cantar quisiera.

Tengo recuerdos de mi infancia, tengo imágenes de luz y de palmeras, y en una gloria de oro, de lueños campanarios con cigüeñas, de ciudades con calles sin mujeres bajo un cielo de añil, plazas desiertas donde crecen naranjos encendidos con sus frutas redondas y bermejas;

y en un huerto sombrío, el limonero de ramas polvorientas y pálidos limones amarillos, que el agua clara de la fuente espeja, un aroma de nardos y claveles y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena;

imágenes de grises olivares bajo un tórrido sol que aturde y ciega, y azules y dispersas serranías con arreboles de una tarde inmensa;

mas falta el hilo que el recuerdo anuda el corazón, el ancla en su ribera, o estas memorias no son alma.

Tienen, en sus abigarradas vestimentas, señal de ser despojos del recuerdo, la carga bruta que el recuerdo lleva.

Un día tomarán, con luz del fondo ungidos, los cuerpos virginales a la orilla vieja.

## CXXVI

### (A JOSÉ MARÍA PALACIO)

Palacio, buen amigo, ¿está la primavera vistiendo ya las ramas de los chopos del río y los caminos?  
En la estepa del alto Duero, primavera tarda, ¡pero es tan bella y dulce cuando llega!.

¿Tienen los viejos olmos algunas hojas nuevas? Aun las acacias estarán desnudas y nevados los montes en las sierras.

¡Oh mole del Moncayo blanca y rosa, allá, en el cielo de Aragón, tan bella! ¿Hay zarzas florecidas entre las grises peñas, y blancas margaritas entre la flina hierba? por esos campanarios ya habrán ido llegando las cigüeñas.

Habrá trigales verdes, y mulas pardas en las sementeras, y labriegos que siembran los tardíos con las lluvias de abril.

Ya las abejas libarán del tomillo y el romero.

¿Hay ciruelas en flor?  
¿Quedan violetas? Furtivos cazadores, los reclamos de la perdiz bajo las capas luengas, no faltarán.

Palacio, buen amigo, ¿tienen ya ruiseñores las riberas? Con los primeros lirios y las primeras rosas de las huertas, en una tarde azul, sube al Espino, al alto Espino donde está su tierra.

**CXXVII**  
**(OTRO VIAJE)**

Ya en los campos de Jaén, amanece.

Corre el tren por sus brillantes rieles, devorando matorrales, alcaceles, terraplones, pedregales, olivares, caseríos, praderas y cardizales, montes y valles sombríos.

Tras la turbia ventanilla, pasa la devanadera del campo de primavera.

La luz en el techo brilla de mi vagón de tercera.

Entre nubarrones blancos, oro y grana;  
la niebla de la mañana huyendo por los barrancos.

¡Este insomne sueño mío! ¡Este frío  
de un amanecer en vela!

Resonante, jadeante, marcha el tren.

El campo vuela.

Enfrente de mí, un señor sobre su manta dormido;  
un fraile y un cazador —el perro a sus pies tendido—.

Yo contemplo mi equipaje, mi viejo saco de cuero;  
y recuerdo otro viaje hacia las tierras del Duero.

Otro viaje de ayer por la tierra castellana — ¡pinos del  
amanecer entre Almazán y Quintana!—, ¡Y alegría de un  
viajar en compañía!

¡Y la unión que ha roto la muerte un día!

¡Mano fría que aprietas mi corazón!

Tren, camina, silba, humea, acarrea tu ejército de vagones,  
ajetrea maletas y corazones.

Soledad, sequedad.

Tan pobre me estoy quedando que ya ni siquiera  
estoy conmigo, ni sé si voy conmigo a solas viajando.

**(POEMA DE UN DÍA)**  
**MEDITACIONES RURALES**

He aquí ya, profesor de lenguas vivas (ayer maestro de gaysaber, aprendiz de rui señor), en un pueblo húmedo y frío, destartalado y sombrío, entre andaluz y manchego.

Invierno.

Cerca del fuego.

Fuera llueve un agua fina, que ora se trueca en neblina, ora se torna aguanieve.

Fantástico labrador, pienso en los campos.

¡Señor, qué bien haces!

Llueve, llueve tu agua constante y menuda sobre alcaceles y habares, tu agua muda, en viñedos y olivares.

Te bendecirán conmigo los sembradores del trigo;  
los que viven de coger la aceituna;

los que esperan la fortuna de comer;  
los que hogaño, como antaño, tienen toda su moneda en la

rueda, traidora rueda del año.

¡Llueve, llueve;

tu neblina que se torne en aguanieve, y otra vez en agua fina!

¡Llueve, Señor, llueve, llueve!

En mi estancia, iluminada por esta luz invernal, —la tarde gris tamizada por la lluvia y el cristal—, sueño y medito.

Clarea el reloj arrinconado, y su tic-tac, olvidado por repetido, golpea.

Tic-tic, tic-tic.

Ya te he oído.

Tic-tic, tic-tic.

Siempre igual monótono y aburrido.

Tic-tic, tic-tic, el latido de un corazón de metal.

En estos pueblos, ¿se escucha el latir del tiempo?

No.

En estos pueblos se lucha sin tregua con el reloj, con esa monotonía que mide un tiempo vacío.

Pero ¿tu hora es la mía?

¿Tu tiempo, reloj, el mío?

(Tic-tic, tic-tic.)

Era un día (Tic-tic, tic-tic) que pasó,

y lo que yo más quería la muerte se lo llevó.

Lejos suena un clamoreo de campanas.

Arrecia el repiqueteo de la lluvia en las ventanas.

Fantástico labrador, vuelvo a mis campos.

¡Señor, cuánto te bendecirán los sembradores del pan!

Señor, ¿no es tu lluvia ley, en los campos que ara el buey, y en los palacios del rey?

¡Oh, agua buena, deja vida en tu huida!

¡Oh, tú, que vas gota a gota, fuente a fuente y río a río, como este tiempo de hastío corriendo a la mar remota, con cuanto quiere nacer, cuanto espera florecer al sol de la primavera, sé piadosa, que mañana serás espiga temprana, prado verde,

carne rosa, y más:

razón y locura y amargura de querer y no poder creer, creer  
y creer!

Anochece;

el hilo de la bombilla se enrojece, luego brilla, resplandece,  
poco más que una cerilla.

Dios sabe dónde andarán mis gafas.

Entre librotos, revistas y papelotes, ¿quién las encuentra?.

Aquí están.

Libros nuevos.

Abro uno de Unamuno.

¡Oh, el dilecto, predilecto de esta España que se agita,  
porque nace o resucita!

Siempre te ha sido, ¡oh Rector de Salamanca!, leal este  
humilde profesor de un instituto rural.

Ésa tu filosofía que llamas diletantesca, voltaria y  
funambulesca, gran Don Miguel, es la mía.

Agua del buen manantial, siempre viva, fugitiva;  
poesía, cosa cordial.

¿Constructora?  
—No hay cimiento ni en el alma ni el viento—.

Bogadora, marinera, hacia la mar sin ribera.

Enrique Bergson:

*Los datos inmediatos de la conciencia*, ¿Esto es otro  
embeleco francés?  
Este Bergson es un tuno;

¿verdad, maestro Uhamuno?  
Bergson no da como aquel Immanuel él volatín Inmortal;

este endiablado judío ha hallado el libre albedrío dentro de  
su mechinal.

No está mal:

cada sabio, su problema y cada loco, su tema.

Algo importa que en la vida mala y corta que llevamos libres  
o siervos seamos;

mas, si vamos a la mar, lo mismo nos han de dar.

¡Oh, estos pueblos!

Reflexiones, lecturas y acotaciones pronto dan en lo que  
son: bostezos de Salomón.

¿Todo es soledad de soledades, vanidad de vanidades, que  
dijo el Eclesiastés?

Mi paraguas, mi sombrero, mi gabán.

El aguacero amaina.

Vámonos, pues.

Es de noche.

Se platica al fondo de una botica.

—Yo no sé, Don José, cómo son los liberales tan perros, tan  
inmorales.

— ¡Oh, tranquilícese usted! Pasados los carnavales;  
vendrán los conservadores, buenos administradores, de su  
casa.

Todo llega y todo pasa.

Nada eterno: ni gobierno que perdure,  
ni mal que cien años dure.

—Tras estos tiempos, vendrán otros tiempos y otros y  
otros, y lo mismo que nosotros otros se jorobarán.

Así es la vida Don Juan.

—Es verdad, así es la vida.

—La cebada está crecida.

—Con estas lluvias.

Y van las habas que es un primor.

—Cierto;

para marzo, en flor.

Pero la escarcha, los hielos.

— Y además, los olivares están pidiendo a los cielos agua a torrentes.

— A mares.

¡Las fatigas, los sudores que pasan los labradores! En otro tiempo.

Llovía también cuando Dios quería.

—Hasta mañana, señores.

Tic-tic, tic-tic.

Ya pasó un día como otro día, dice la monotonía del reló.

Sobre mi mesa *Los datos de la conciencia*, inmediatos.

No está mal este yo fundamental, contingente y libre,  
a ratos, creativo, original;  
este yo que vive y siente dentro la carne mortal,  
¡ay!, por saltar impaciente las bardas de su corral.

**CXXIX**  
**(NOVIEMBRE 1913)**

Un año más.

El sembrador va echando la semilla en los surcos de la tierra.

Dos lentas yuntas aran, mientras pasan las nubes  
cenicientas ensombreciendo el campo, las pardas  
sementeras, los grises olivares.

Por el fondo del valle el río el agua turbia lleva.

Tiene Cazorla nieve, su montera, Aznaitin.

Hacia Granada, montes con sol, montes de sol y piedra.

**CXXX**  
**(LA SAETA)**

¿Quién me presta una escalera, para subir al  
madero, para quitarle los clavos a Jesús el  
Nazareno?

## SAETA POPULAR

¡Oh, la saeta, el cantar al Cristo de los gitanos, siempre con sangre en las manos, siempre por desenclavar!

¡Cantar del pueblo andaluz, que todas las primaveras anda pidiendo escaleras para subir a la cruz!

¡Cantar de la tierra mía, que echa flores al Jesús de la agonía, y es la fe de mis mayores!

¡Oh, no eres tú mi cantar!

¡No puedo cantar, ni quiero a ese Jesús del madero, sino al que anduvo en el mar!

### CXXXI

#### (DEL PASADO EFÍMERO)

Este hombre del casino provinciano que vio a Carancha recibir un día, tiene mustia la tez, el pelo cano, ojos velados por melancolía;

bajo el bigote, gris, labios de hastío, y una triste expresión, que no es tristeza sino algo más y menos:  
el vacío del mundo en la oquedad de su cabeza.

Aun luce de corinto terciopelo chaqueta y pantalón abotinado, y un cordobés color de caramelo, pulido y torneado.

Tres veces heredó;

tres ha perdido al monte su caudal:

dos ha enviudado.

Sólo se anima ante el azar prohibido, sobre el verde tapete  
reclinado, o al evocar la tarde de un torero, la suerte de un  
tahúr, o si alguien cuenta la hazaña de un gallardo  
bandolero, o la proeza de un matón, sangrienta.

Bosteza de política banales dicterios al gobierno  
reaccionario, y augura que vendrán los liberales, cual torna  
la cigüeña al campanario.

Un poco labrador, del cielo aguarda y al cielo teme;

alguna vez suspira, pensando en su olivar, y al cielo mira con  
ojo inquieto, si la lluvia tarda.

Lo demás, taciturno, hipocondríaco, prisionero en la  
Arcadia del presente le aburre;

sólo el humo del tabaco, simula algunas sombras en su  
frente.

Este hombre no es de ayer ni es de mañana, sino de nunca;

de la cepa hispana no es el fruto maduro ni podrido,  
es una fruta vana de aquella España que pasó y no ha sido,  
esa que hoy tiene la cabeza cana.

**CXXXII**  
**(LOS OLIVOS)**

I

¡Viejos olivos sedientos bajo el claro sol del día, olivares polvorientos del campo de Andalucía! ¡El campo andaluz, peinado por el sol canicular, de loma en loma rayado de olvidar y de olvidar! Son las tierras soleadas, anchas lomas, lueños sierras de olivares recamadas.

Mil senderos.

Con sus machos, abrumados de capachos, van gañanes y arrieros.

De la venta del camino a la puerta, soplan vino trabucaires bandoleros! Olivares y olivares de loma en loma prendidos cual bordados alamares.

Olivares coloridos de una tarde anaranjada;  
olivares rebruñidos bajo la luna argentada.

Olivares centellados en las tardes cenicientas, bajo los cielos preñados de tormentas.

Olivares, Dios os dé los eneros de aguaceros, los agostos de agua al pie, los vientos primaverales vuestras flores

racimadas;

y las lluvias otoñales, vuestras olivas moradas.

Olivar, por cien caminos, tus olivitas irán caminando a cien molinos.

Ya darán trabajo en las alquerías a gañanes y braceros, ¡oh buenas frentes sombrías bajo los anchos sombreros!.

¡Olivar y olivaderos, bosque y raza, campo y plaza de los fieles al terruño y al arado y al molino, de los que muestran el puño al destino, los benditos labradores, los bandidos caballeros, los señores devotos y matuteros.

Ciudades y caseríos en la margen de los ríos, en los pliegues de la sierra!

Venga Dios a los hogares y a las almas de esta tierra de olivares y olivares!

## II

A dos leguas de Ubeda, la Torre de Pero Gil, bajo este sol de fuego, triste burgo de España.

El coche rueda entre grises olivos polvorientos.

Allá, el castillo heroico.

En la plaza, mendigos y chicuelos:

una orgía de harapos.

Pasamos frente al atrio del convento de la Misericordia.

¡Los blancos muros, los cipreses negros! ¡Agria  
melancolía como asperón de hierro que raspa el corazón!  
¡Amurallada piedad, erguida en este basurero!.

Esta casa de Dios, decid, hermanos, esta casa de Dios, ¿qué  
guarda dentro? Y ese pálido joven, asombrado y atento, que  
parece mirarnos con la boca, será el loco del pueblo, de  
quien se dice:

es Lucas, Blas o Ginés, el tonto que tenemos.

Seguimos.

Olivares.

Los olivos están en flor.

El carricoche lento, al paso de dos pencos matalones, camina hacia Peal.

Campos ubérrimos.

La tierra da lo suyo;

el sol trabaja;  
el hombre es para el suelo:

genera, siembra y labra y su fatiga unce la tierra al cielo.

Nosotros enturbiamos la fuente de la vida, el sol primero, con nuestros ojos tristes, con nuestro amargo rezo, con nuestra mano ociosa, con nuestro pensamiento — se engendra en el pecado, se vive en el dolor.

¡Dios está lejos!— Esta piedad erguida sobre este burgo sórdido, sobre este basurero, esta casa de Dios, decid, ¡oh santos cañones de von Kluck, ¿qué guarda dentro?

### **CXXXIII**

**(LLANTO DE LAS VIRTUDES Y COPLAS POR LA MUERTE DE DON GUIDO)**

Al fin, una pulmonía mató a don Guido, y están las campanas todo el día doblando por él ¡din-dán!

Murió don Guido, un señor de mozo muy jaranero, muy galán y algo torero;  
de viejo, gran rezador.

Dicen que tuvo un serrallo este señor de Sevilla;  
que era diestro en manejar el caballo, y un maestro en refrescar manzanilla.

Cuando mermó su riqueza, era su monomanía pensar que pensar debía en asentar la cabeza.

Y asentóla de una manera española, que fue casarse con una doncella de gran fortuna;  
y repintar sus blasones, hablar de las tradiciones de su casa, a escándalos y amoríos poner tasa, sordina a su desvaríos.

Gran pagano, se hizo hermano de una santa cofradía;  
el Jueves Santo salía, llevando un cirio en la mano — ¡aquel trueno!—, vestido de nazareno.

Hoy nos dice la campana que han de llevarse mañana al buen don Guido, muy serio, camino del cementerio.

Buen don Guido, ya eres ido y para siempre jamás.

Alguien dirá:

¿Qué dejaste? Yo pregunto:

¿Qué llevaste al mundo donde hoy estás?

¿Tu amor a los alamares y a las sedas y a los oros, y a la sangre de los toros y al humo de los altares?

Buen don Guido y equipaje, ¡buen viaje!.

El acá y el allá caballero, se ve en tu rastro marchito, lo infinito: cero, cero.

¡Oh las enjutas mejillas, amarillas, y los párpados de cera, y la fina calavera en la almohada del lecho!

¡Oh fin de una aristocracia!

La barba canosa y lacia sobre el pecho;  
metido en tosco sayal, las yertas manos en cruz, ¡tan formal!, el caballero andaluz.

**CXXIV**

**(LA MUJER MANCHEGA)**

La Mancha y sus mujeres.

Argamasilla, Infantes, Esquivias, Valdepeñas.

La novia de Cervantes, y del manchego heroico, el ama y la sobrina (el patio, la alacena, la cueva y la cocina, la rueca y la costura, la cuna y la pitanza), la esposa de Don Diego y la madre de Panza, la hija del ventero, y tantas como están bajo la tierra y tantas que son y que serán encanto de manchegos y madres de españoles por tierras de lagares, molinos y arreboles.

Es la mujer manchega garrida y bien plantada, muy sobre sí doncella, perfecta de casada.

El sol de la caliente llanura vinariega quemó su piel, mas guarda fresca en bodega su corazón:

Devota, sabe rezar con fe para que Dios nos libre de cuanto no se ve.

Su obra es la casa —menos celada que en Sevilla, más gineceo y menos castillo que en Castilla—.

Y es del hogar manchego la musa ordenadora;  
alinea los vasares, los lienzos alcanfora;  
las cuentas de la plaza anota en su diario, cuenta garbanzos,  
cuenta las cuentas del rosario.

¿Hay más?

Por estos campos hubo un amor de fuego dos ojos abrasaron  
un corazón manchego.

¿No tuvo en esta Mancha su cuna Dulcinea? ¿No es el  
Toboso patria de la mujer idea del corazón, engendro e imán  
de corazones, a quien varón no impregna y aún parirá  
varones?

Por esta Mancha —prados, viñedos y molinos— que so el  
igual del cielo iguala sus caminos, de cepas arrugadas en el  
tostado suelo y mustios pastos como raído terciopelo;

por este seco llano de sol y lejanía, en donde el ojo alcanza  
su pleno mediodía (un diminuto bando de pájaros puntea el  
índigo del cielo sobre la blanca aldea, y allá se yergue un  
soto de verdes alamillos, tras leguas y más leguas de campos  
amarillos), por esta tierra, lejos del mar y la montaña, el  
ancho reverbero del claro sol de España, anduvo un pobre  
hidalgo ciego de amor un día —amor nublóle el juicio;

su corazón veía—.

Y tú, la cerca y lejos, por el inmenso llano eterna compañera  
y estrella de Quijano, lozana labradora fincada en tus  
terrones —oh madre de manchegos y numen de visiones—  
, viviste, buena Aldonza, tu vida verdadera, cuando tu  
amante erguía su lanza justiciera, y en tu casona blanca

echando el rubio trigo.

Aquel amor de fuego era por ti y contigo.

Mujeres de la Mancha, con el sagrado mote de Dulcinea, os salve la gloria de Quijote.

## **CXXXV**

### **(EL MAÑANA EFÍMERO)**

A Roberto Castrovido

La España de charanga y pandereta, cerrado y sacristía, devota de Frascuelo y de María, de espíritu burlón y de alma quieta, ha de tener su mármol y su día, su infalible mañana y su poeta.

El vano ayer engendrará un mañana vacío y ¡por ventura! pasajero.

Será un joven lechuzo y tarambana, un sayón con hechuras de bolero, a la moda de Francia realista, un poco al uso de París pagano, y al estilo de España especialista en el vicio al alcance de la mano.

Esa España inferior que ora y bosteza, vieja y tahúr,  
zaragatera y triste;

esa España inferior que ora y embiste, cuando se digna usar  
de la cabeza, aun tendrá luengo parto de varones amantes de  
sagradas tradiciones y de sagradas formas y maneras;

florecerán las barbas apostólicas, y otras calvas en otras  
calaveras brillarán, venerables y católicas.

El vano ayer engendrará un mañana vacío y ¡por ventura!  
pasajero, la sombra de un lechuzo tarambana, de un sayón  
con hechuras de bolero, el vacío ayer dará un mañana  
huero.

Como la náusea de un borracho ahíto de vino malo, un rojo  
sol corona de heces turbias, las cumbres de granito;

hay un mañana estomagante escrito en la tarde pragmática y  
dulzona.

Mas otra España nace, la España del cincel y de la maza,  
con esa eterna juventud que se hace del pasado macizo de la  
raza.

Una España implacable y redentora, España que

alborea con un hacha en la mano vengadora, España de la rabia y de la idea.

**CXXXVI**  
**(PROVERBIOS Y CANTARES)**

**I**

Nunca perseguí la gloria ni dejar en la memoria de los hombres mi canción;  
yo amo los mundos sutiles, ingrátidos y gentiles como pompas de jabón.

Me gusta verlos pintarse de sol y grana, volar bajo el cielo azul, temblar súbitamente y quebrarse.

**II**

¿Para qué llamar caminos a los surcos del azar?.

Todo el que camina anda, como Jesús, sobre el mar.

**III**

A quien nos justifica nuestra desconfianza llamamos enemigo, ladrón de una esperanza.

Jamás perdona el necio si ve la nuez vacía que dio a cascar el diente de la sabiduría.

#### IV

Nuestras horas son minutos cuando esperamos saber, y siglos cuando sabemos lo que se puede aprender.

#### V

Ni vale nada el fruto cogido sin sazón.

Ni aunque te elogie un bruto ha de tener razón.

#### VI

De lo que llaman los hombres virtud, justicia y bondad, una mitad es envidia, y la otra no es caridad.

#### VII

Yo he visto garras fieras en las pulidas manos;  
conozco grajos mélicos y líricos marranos.

El más truhán se lleva la mano al corazón, y el bruto más espeso se carga de razón.

## VIII

En preguntar lo que sabes el tiempo no has de perder.

Y a preguntas sin respuesta ¿quién te podrá responder?

## IX

El hombre, a quien el hambre de la rapiña acucia, de ingénita malicia y natural astucia, formó la inteligencia y acaparó la tierra.

¡Y aun la verdad proclama!  
¡Supremo ardid de guerra!

## X

La envidia de la virtud hizo a Caín criminal.

¡Gloria a Caín!  
Hoy el vicio es lo que se envidia más.

## XI

La mano del piadoso nos quita siempre honor;  
mas nunca ofende al darnos su mano el lidiador.

Virtud es fortaleza, ser bueno es ser valiente;

escudo, espada y maza llevar bajo la frente;  
porque el valor honrado de todas armas viste;  
no sólo para, hiere, y más que aguarda, embiste.

Que la piqueta arruine, el látigo flagele;

la espada punce y hienda y el gran martillo aplaste.

## XII

¡Ojos que a la luz se abrieron un día para, después, ciegos  
tornar a la tierra, hartos de mirar sin ver!

## XIII

Es el mejor de los buenos quien sabe que en esta vida todo es  
cuestión de medida:

un poco más, algo menos.

## XIV

Virtud es la alegría que alivia el corazón más grave y  
desarruga el ceño de Catón.

El bueno es el que guarda, cual venta del camino, el  
sediento el agua, para el borracho el vino.

## XV

Cantad conmigo en coro:

Saber, nada sabemos, de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos.

Y entre los dos misterios está el enigma grave;  
tres arcas cierra una desconocida llave.

La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.

¿Qué dice la palabra?  
¿Qué el agua de la peña?

## XVI

El hombre es por natura la bestia paradójica, un animal absurdo que necesita lógica.

Creó de nada un mundo y, su obra terminada, "Ya estoy en el secreto —se dijo—, todo es nada."

## XVII

El hombre sólo es rico en hipocresía.

En sus diez mil disfraces para engañar confía;  
y con la doble llave que guarda su mansión para la ajena hace ganzúa de ladrón.

## XVIII

¡Ah, cuando yo era niño soñaba con los héroes de la  
Ilíada! Ajax era más fuerte que Diomedes, Héctor, más  
fuerte que Ajax, y Aquiles el más fuerte;

porque era el más fuerte.

¡Inocencias de la infancia!

¡Ah, cuando yo era niño soñaba con los héroes de la Ilíada!

## XIX

El casca-nueces-vacías, Colón de cien vanidades vive de  
supercherías que vende como verdades.

## XX

¡Teresa, alma de fuego, Juan de la Cruz,  
espíritu de llama, por aquí hay mucho frío, padres  
nuestros corazoncitos de Jesús se apagan!

## XXI

Ayer soñé que veía a Dios y que a Dios hablaba;  
y soñé que Dios me oía.

Después soñé que soñaba.

## XXII

Cosas de hombres y mujeres, los amoríos de ayer, casi los tengo olvidados, si fueron alguna vez.

## XXIII

No extrañéis, dulces amigos, que esté mi frente arrugada;  
yo vivo en paz con los hombres y en guerra con mis  
entrañas.

## XXIV

De diez cabezas, nueve embisten y una piensa.

Nunca extrañéis que un bruto Se descuene luchando por la  
idea.

## XXV

Las abejas de las flores sacan miel, y melodía del amor, los  
ruiseñores;  
Dante y yo — perdón, señores- trocamos —perdón, Lucía—  
, el amor en Teología.

## XXVI

Poned sobre los campos un carbonero, un sabio y un poeta.

Veréis cómo el poeta admira y calla, el sabio mira y piensa.

Seguramente, el carbonero busca las moras o las setas.

Llevadlos al teatro y sólo el carbonero no bosteza.

Quien prefiere lo vivo a lo pintado es el hombre que piensa,  
canta o sueña.

El carbonero tiene llena de fantasías la cabeza.

## XXVII

¿Dónde está la utilidad de nuestras utilidades? Volvamos a la  
verdad:

vanidad de vanidades.

## XXVIII

Todo hombre tiene dos batallas que pelear:

en sueños lucha con Dios;  
y despierto, con el mar.

## XXIX

Al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.

Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar.

Caminante, son tus huellas el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino, se hace camino al andar.

### XXX

El que espera desespera, dice la voz popular.

¡Qué verdad tan verdadera!

La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés.

### XXXI

Corazón, ayer sonoro, ¿ya no suena tu monedilla de oro? Tu alcancía, antes que el tiempo la rompa, ¿se irá quedando vacía? Confiemos en que no será verdad nada de lo que sabemos.

### XXXII

¡Oh fe del meditabundo! ¡Oh fe después del pensar! Sólo si viene un corazón al mundo rebosa el vaso humano y se hincha el mar.

### XXIII

Soñé a Dios como una fragua de fuego, que ablanda el hierro, como un forjador de espadas, como un bruñidor de aceros, que iba firmando en las hojas de luz:

Libertad.

— Imperio.

### XXXIV

Yo amo a Jesús, que nos dijo:

Cielo y tierra pasarán.

Cuando cielo y tierra pasen mi palabra quedará.

¿Cuál fue, Jesús, tu palabra? ¿Amor?

¿Perdón?

¿Caridad? Todas tus palabras fueron una palabra:

Velad.

### XXXV

Hay dos modos de conciencia:

una es luz, y otra, paciencia.

Una estriba en alumbrar un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia con caña o red, y esperar el pez,  
como pescador.

Dime tú:

¿Cuál es mejor?

¿Conciencia de visionario que mira en el hondo  
acuario peces vivos, fugitivos,  
que no se pueden pescar,  
o esa maldita faena de ir arrojando a la arena,  
muertos, los peces del mar?

XXXVI

Fe empirista.

Ni somos ni seremos.

Todo nuestro vivir es emprestado.

Nada trajimos;

nada llevaremos.

### XXXVII

¿Dices que nada se crea?

No te importe, con el barro de la tierra,  
haz una copa para que beba tu hermano.

### XXXVIII

¿Dices que nada se crea?

Alfarero, a tus cacharros.

Haz tu copa y no te importe si no puedes hacer barro.

### XXXIX

Dicen que el ave divina, trocada en pobre gallina,  
por obra de las tijeras de aquel sabio profesor  
(fue Kant un esquilador de las aves altaneras;  
toda su filosofía, un sport de cetrería),  
dicen que quiere saltar las tapias del corralón,  
y volar otra vez, hacia Platón.

¡Hurra!

¡Sea! ¡Feliz será quien lo vea!

### XL

Sí, cada uno y todos sobre la tierra iguales:

el ómnibus que arrastran dos pencos matalones,  
por el camino, a tumbos, hacia las estaciones, el ómnibus  
completo de viajeros banales,  
y en medio un hombre mudo, hipocondríaco, austero,  
a quien se cuentan cosas y a quien se ofrece vino.  
y allá, cuando se llegue, ¿descenderá un viajero no más?  
¿O habránse todos quedado en el camino?

#### XLI

Bueno es saber que los vasos nos sirven para beber;  
lo malo es que no sabemos para qué sirve la sed.

#### XLII

¿Dices que nada se pierde? Si esta copa de cristal se me  
rompe, nunca en ella beberé, nunca jamás.

#### XLIII

Dices que nada se pierde y acaso dices verdad, pero todo lo  
perdemos y todo nos perderá.

#### XLIV

Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar, pasar

haciendo caminos, caminos sobre la mar.

#### XLV

Morir.

¿Caer como gota de mar en el mar inmenso? ¿O ser lo que nunca he sido:

uno, sin sombra y sin sueño, un solitario que avanza, sin camino y sin espejo?

#### XLVI

Anoche soñé que oía a Dios, gritándome:

¡Alerta! Luego era Dios quien dormía, y yo gritaba:

¡Despierta!

#### XLVII

Cuatro cosas tiene el hombre que no sirven en la mar:

ancla, gobernalle y remos, y miedo de naufragar.

#### XLVIII

Mirando mi calavera un nuevo Hamlet dirá:

He aquí un lindo fósil de una careta de carnaval.

### XLIX

Ya noto, al paso que me torno viejo que en el inmenso espejo, donde orgulloso me miraba un día, era el azogue lo que yo ponía.

Al espejo del fondo de mi casa una mano fatal va rayendo el azogue, y todo pasa por él como la luz por el cristal.

### L

Nuestro español bosteza.

¿Es hambre?

¿Sueño?

¿Hastío? Doctor, ¿tendrá el estómago vacío! —El vacío es más en la cabeza.

### LI

Luz del alma, luz divina, faro, antorcha, estrella, sol.

Un hombre a tientas camina;  
lleva a la espalda un farol.

## LII

Discutiendo están dos mozos si a la fiesta del lugar irán por la carretera o campo a traviesa irán.

Discutiendo y disputando empiezan a pelear.

Ya con las trancas de pino furiosos golpes se dan;  
ya se tiran de las barbas, que se las quieren pelar.

Ha pasado un carretero, que va cantando un cantar:

"Romero, para ir a, Roma, lo que importa es caminar;  
a Roma por todas partes, por todas partes se va."

## LIII

Ya hay un español que quiere vivir y a vivir empieza, entre una España que muere y otra España que bosteza.

Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios.

Una de las dos Españas ha de helarte el corazón.

## CXXVII

### (PARÁBOLAS)

#### I

Era un niño que soñaba un caballo de cartón.

Abrió los ojos el niño y el caballito no vio.

Con un caballito blanco el niño volvió a soñar;  
y por la crin lo cogía.

¡Ahora no te escaparás! Apenas lo hubo cogido, el niño se despertó.

Tenia el puño cerrado.

¡El caballito voló! Quedóse el niño muy serio pensando que no es verdad un caballito soñado.

Y ya no volvió a soñar.

Pero el niño se hizo mozo y el mozo tuvo un amor, y a su amada le decía:

¿Tú eres de verdad o no? Cuando el mozo se hizo viejo pensaba:

Todo es soñar, el caballito soñado y el caballo de verdad.

Y cuando vino la muerte, el viejo a su corazón preguntaba:

¿Tú eres sueño? ¡Quién sabe si despertó!

## II

A D.

Vicente Ciurana

Sobre la limpia arena, en el tartesio llano por donde acaba  
España y sigue el mar, hay dos hombres que apoyan la  
cabeza en la mano;  
uno duerme, y el otro parece meditar.

El uno, en la mañana de tibia primavera, junto a la mar  
tranquila,  
ha puesto entre sus ojos y el mar que reverbera, los párpados,  
que borran el mar en la pupila.

Y se ha dormido, y sueña con el pastor Proteo, que sabe los  
rebaños del marino guardar;  
y sueña que le llaman las hijas de Nereo, y ha oído a los  
caballos de Poseidón hablar.

El otro mira al agua.

Su pensamiento flota;  
hijo del mar, navega — o se pone a volar.

Su pensamiento tiene un vuelo de gaviota, que ha visto un  
pez de plata en el agua saltar.

Y piensa:

"Es esta vida una ilusión marina de un pescador que un día ya no puede pescar.

" El soñador ha visto que el mar se le ilumina, y sueña que es la muerte una ilusión del mar. "

### III

Erase de un marinero que hizo un jardín junto al mar, y se metió a jardinero.

Estaba el jardín en flor, y el jardinero se fue por esos mares de Dios.

### IV (CONSEJOS)

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya — así en la costa, un barco— sin que el partir te inquiete.

Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya; porque la vida es larga y el arte es un juguete.

Y si la vida es corta y no llega la mar a tu galera, aguarda sin partir y siempre espera, que el arte es largo y, además, no importa.

## V (PROFESIÓN DE FE)

Dios no es el mar, está en el mar, riela como luna en el agua,  
o aparece como una blanca vela;  
en el mar se despierta o se adormece.

Creó la mar, y nace de la mar cual la nube y la tormenta;  
es el Criador y la criatura lo hace;  
su aliento es alma, y por el alma alienta.

Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste, y para darte el  
alma que me diste en mí te he de crear.

Que el puro río de caridad que fluye eternamente, fluya en  
mi corazón.

¡Seca, Dios mío, de una fe sin amor la turbia fuente!

## VI

El Dios que todos llevamos, el Dios que todos hacemos, el  
Dios que todos buscamos y que nunca encontraremos.

Tres dioses o tres personas del solo Dios verdadero.

## VII

Dice la razón:

Busquemos la verdad.

Y el corazón:

Vanidad.

La verdad ya la tenemos.

La razón:

¡Ay, quién alcanza la verdad!

El corazón:

Vanidad.

La verdad es la esperanza.

Dice la razón:

Tú mientes, Y contesta el corazón:

Quien miente eres tú, razón, que dices lo que no sientes.

La razón:

Jamás podremos entendernos, corazón.

El corazón:

Lo veremos.

## VIII

Cabeza meditadora, ¡qué lejos se oye el zumbido de la abeja libadora!

Echaste un velo de sombra sobre el bello mundo y vas creyendo ver, porque mides la sombra con un compás.

Mientras la abeja fabrica, melifica, con jugo de campo y sol, yo voy echando verdades que nada son, vanidades al fondo de mi crisol.

De la mar al percepto, del percepto al concepto, del concepto a la idea — ¡oh, la linda tarea!—, de la idea a la mar.

¡Y otra vez a empezar!

## CXXXVII

### (MI BUFÓN)

El demonio de mis sueños ríe con sus labios rojos, sus

negros y vivos ojos, sus dientes finos, pequeños.

Y jovial y picaresco se lanza a un baile grotesco, luciendo el cuerpo deforme y su enorme joroba.

Es feo y barbudo, y chiquitín y panzudo.

Yo no sé por qué razón, de mi tragedia, bufón, te ríes.

Mas tú eres vivo por tu danzar sin motivo.

## **ELOGIOS**

### **CXXXIX**

**(A DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS)**

Como se fue el maestro, la luz de esta mañana me dijo:

Van tres días que mi hermano Francisco no trabaja.

¿Murió?.

Sólo sabemos que se nos fue por una senda clara, diciéndonos:

Hacedme un duelo de labores y esperanzas.

Sed buenos y no más, sed lo que he sido entre vosotros:

alma.

Vivid, la vida sigue, los muertos mueren y las sombras pasan, lleva quien deja y vive el que ha vivido.

¡Yunque, sonad:

enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura partió el hermano de la luz del alba, del sol de los talleres, el viejo alegre de la vida santa.

¡Oh, sí, llevad, amigos, su cuerpo a la montaña, a los azules montes del ancho Guadarrama!

Allí hay barrancos hondos de pinos verdes donde el viento canta.

Su corazón repose bajo una encina casta, en tierra de tomillos, donde juegan mariposas doradas.

Allí el maestro un día soñaba un nuevo florecer de España.

**(AL JOVEN MEDITADOR JOSÉ ORTEGA Y  
GASSET)**

A ti laurel y hiedra corónente, dilecto de Sofía, arquitecto.

Cinzel, martillo y piedra y masones te sirvan;

las montañas de Guadarrama frío te brinden el azul de sus  
entrañas, meditador de otro Escorial sombrío.

Y que Felipe austero, al borde de su regia sepultura, asome a  
ver la nueva arquitectura, y bendiga la prole de Lutero.

**CXLI  
(A XAVIER VALCARCE)**

En el intermedio de la primavera"

Valcarce, dulce amigo, si tuviera la voz que tuve antaño,  
cantaría el intermedio de tu primavera —porque aprendiz he  
sido de ruiseñor un día—, y el rumor de tu huerto —entre las  
flores el agua oculta corre, pasa y suena por acequias,  
regatos y atanores—, y el inquieto bullir de tu colmena, y esa  
doliente juventud que tiene ardores de faunalias, y que  
pisando viene la huella a mis sandalias.

Mas hoy...

¿será porque el enigma grave me tentó en la desierta galería, y abrí con una diminuta llave el ventanal del fondo que da a la mar sombría?

¿Será porque se ha ido quien asentó mis pasos en la tierra, y en este nuevo ejido sin rubia mies, la soledad me aterra?

No sé, Valcarce, mas cantar no puedo;  
se ha dormido la voz en mi garganta, y tiene el corazón un salmo quedo.

Ya sólo reza el corazón, no canta.

Mas hoy, Valcarce, como un fraile viejo puedo hacer confesión, que es dar consejo.

En este día claro, en que descansa tu carne de quimeras y amoríos —así en amplio silencio se remansa el agua bullidora de los ríos—, no guardes en tu cofre la galana veste dominical, el limpio traje, para llenar de lágrimas mañana la mustia seda y el marchito encaje, sino viste, Valcarce, dulce amigo, gala de fiesta para andar contigo.

Y cíñete la espada rutilante, y lleva tu armadura, el peto de diamante debajo de la blanca vestidura.

¡Quién sabe!

Acaso tu domingo sea la jornada guerrera y laboriosa, el día del Señor, que no reposa, el claro día que el Señor pelea.

## CXLII

### (MARIPOSA DE LA SIERRA)

A Juan Ramón Jiménez, por su libro  
Platero y yo

¿No eres tú, mariposa, el alma de estas sierras solitarias, de sus barrancos, hondos, y de sus cumbres agrias? Para que tú nacieras, con su varita mágica a las tormentas de la piedra, un día, mandó callar un hada, y encadenó los montes, para que tú volaras.

Anaranjada y negra, morenita y dorada, mariposa montés, sobre el romero plegadas las alillas, o, voltarias, jugando con el sol, o sobre un rayo de sol crucificadas.

¡Mariposa montés y campesina, mariposa serrana, nadie ha pintado tu color;

tú vives tu color y tus alas en el aire, en el sol, sobre el romero, tan libre, tan salada!.

Que Juan Ramón Jiménez pulse por ti su lira franciscana.

## CXLIII

### (DESDE MI RINCÓN)

## ELOGIOS

Al libro Castilla, del maestro  
“Azorín”, con motivos del mismo.

Con este libro de melancolía toda Castilla a mi rincón me  
llega;  
Castilla la gentil y la bravía la parda y la manchega.

¡Castilla, España de los largos ríos que el mar no ha visto y  
corre hacia los mares;  
Castilla de los páramos sombríos, Castilla de los negros  
encinares! Labriegos transmarinos y pastores trashumantes  
—arados y merinos—, labriegos con talante de  
señores, pastores de color de los caminos.

Castilla de grisientos peñascales, pelados  
serrijones, barbechos y trigales, malezas y cambrones.

Castilla azafranada y polvorienta, sin montes, de arreboles  
purpurinos.

Castilla visionaria y soñolienta de llanuras, viñedos y  
molinos.

Castilla —hidalgos de semblante enjuto, rudos jaques y  
orondos bodegueros—, Castilla —trajinantes y arrieros de  
ojos inquietos, de mirar astuto—, mendigos rezadores, y  
frailes pordioseros, boteros, tejedores, arcadores, perailles,  
chicarreros, lechuzos y rufianes, fulleros y truhanes, caciques

y tahúres y logreros.

¡Oh venta de los montes!  
— Fuencebada, Fonfría, Oncala, Manzanal, Robledo—.

¡Mesón de los caminos y posada de Esquivias, Salas,  
Almazán, Olmedo! La ciudad diminuta y la campana de las  
monjas que tañe, cristalina.

¡Oh, dueña doñeguil tan de mañana y amor de Juan Ruiz a  
doña Endrina! Las comadres —Gerarda y Celestina—.

Los amantes —Fernando y Dorotea—.

¡Oh casa, oh huerto, oh sala silenciosa! ¡Oh divino vasar en  
donde posa sus dulces ojos verdes Melibea! ¡Oh jardín de  
cipreses y rosales, donde Calisto ensimismado piensa, que  
tornan con las nubes inmortales las mismas olas de la mar  
inmensa!

¡Y este hoy que mira a ayer; y este mañana  
que nacerá tan viejo! ¡Y esta esperanza vana de romper el  
encanto del espejo! ¡Y esta agua amarga de la fuente  
ignota! ¡Y este filtrar la gran hipocondría de España siglo a  
siglo y gota a gota! ¡Y esta alma de *Azorín*.

Y esta alma mía que está viendo pasar, bajo la frente, de una  
España la inmensa galería, cual pasa del ahogado en la  
agonía todo su ayer, vertiginosamente! Basta, *Azorín*, yo  
creo en el alma sutil de tu Castilla, y en esa maravilla de tu

hombre triste del balcón, que veo siempre añorar, la mano en la mejilla.

¡Contra el gesto del persa, que azotaba la mar con su cadena;  
contra la flecha que el tahúr tiraba al cielo, creo en la palabra buena.

Desde un pueblo que ayuna y se divierte, ora y eructa, desde un pueblo impío que juega al mus, de espaldas a la muerte, creo en la libertad y en la esperanza, y en una fe que nace cuando se busca a Dios y no se alcanza, y en el Dios que se lleva y que se hace.

## ENVÍO

¡Oh tú, *Azorín*, que de la mar de Ulises viniste al ancho llano en donde el gran Quijote, el buen Quijano, soñó con Esplandianes y Amadises;

buen *Azorín*, por adopción manchego, que guardas tu alma ibera, tu corazón de fuego bajo el recio almidón de tu pechera —un poco libertario de cara a la doctrina,  
¡admirable *Azorín*, el reaccionario por asco de la greña jacobina!—;

pero tranquilo, varonil —la espada ceñida a la cintura y con santo rencor acicalada—, sereno en el umbral de tu aventura!  
¡Oh, tú, *Azorín*, escucha:

España quiere surgir, brotar, toda una España empieza! ¿Y ha de helarse en la España que se muere? ¿Ha de ahogarse en la España que bosteza? ¡Para salvar la nueva epifanía hay que acudir, ya es hora, con el hacha y el fuego al nuevo día.

Oye cantar los gallos de la aurora.

**CXLIV**  
**(UNA ESPAÑA JOVEN)**

Fue un tiempo de mentira, de infamia.

A España toda, la malherida España, de Carnaval vestida nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda, para que no acertara la mano con la herida.

Fue ayer;

éramos casi adolescentes;

era con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios, cuando montar quisimos en pelo una quimera, mientras la mar dormía ahíta de naufragios.

Dejamos en el puerto la sórdida galera, y en una nave de oro  
nos plugo navegar hacia los altos mares, sin aguardar  
ribera, lanzando velas y anclas y gobernalle al mar.

Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño —herencia de un  
siglo que vencido sin gloria se alejaba— una alba entrar  
quería;

con nuestra turbulencia la luz de las divinas ideas batallaba.

Mas cada cual el rumbo siguió de su locura;  
agilitó su brazo, acreditó su brío;  
dejó como un espejo bruñida su armadura y dijo:

"El hoy es malo, pero el mañana.  
...es mío."

Y es hoy aquel mañana de ayer.

Y España toda, con sucios oropeles de Carnaval vestida aun  
la tenemos:

pobre y escuálida y beoda;  
mas hoy de un vino malo:

la sangre de su herida.

Tú juventud más joven, si de más alta cumbre la voluntad te llega, irás a tu ventura despierta y transparente a la divina lumbre, como el diamante clara, como el diamante pura.

### CXLV (ESPAÑA EN PAZ)

En mi rincón moruno, mientras repiquetea el agua de la siembra bendita en los cristales, yo pienso en la lejana Europa que pelea, el fiero Norte, envuelto en lluvias otoñales.

Donde combaten galos, ingleses y teutones, allá, en la vieja Flandes y en una tarde fría, sobre jinetes, carros, infantes y cañones pondrá la lluvia el velo de su melancolía.

Envolverá la niebla el rojo expolario —sordina gris al férreo claror del campamento—, las brumas de la mancha caerán como un sudario de la flamenca duna sobre el fangal sangriento.

Un César ha ordenado las tropas de Germania contra el francés avaro y el triste moscovita, y osó hostigar la rubia pantera de Britania.

Medio planeta en armas contra el teutón milita.

¡Señor!

La guerra es mala y bárbara;

la guerra, odiada por las madres, las almas entigrece;  
mientras la guerra pasa, ¿quién sembrará la tierra? ¿Quién  
segará la espiga que junio amarillece?

Albión acecha y caza las quillas en los mares;

Germania arruina templos, moradas y talleres;  
la guerra pone un soplo de hielo en los hogares, y el hambre  
en los caminos, y el llanto en las mujeres.

Es bárbara la guerra y torpe y regresiva;

¿Por qué otra vez a Europa esta sangrienta racha que siega  
el alma y esta locura acometiva? ¿Por qué otra vez el hombre  
de sangre se emborracha?

La guerra nos devuelve las podres y las pestes del Ultramar  
cristiano;

el vértigo de horrores que trajo Atila a Europa con sus  
feroces huestes;

las hordas mercenarias, los púnicos rencores;  
la guerra nos devuelve los muertos milenarios de cíclopes,  
centauros, Heracles y Téseos;

la guerra resucita los sueños cavernarios del hombre con  
peludos mamuthes giganteos.

¿Y bien?

El mundo en guerra y en paz España sola.

¡Salud, oh buen Quijano!

Por si este gesto es tuyo, yo te saludo.

¡Salve!

Salud, paz española, si no eres paz cobarde, sino desdén y  
orgullo.

Si eres desdén y orgullo, valor de ti, si bruñes en esa paz,  
valiente, la enmohecida espada, para tenerla limpia, sin  
tacha, cuando empuñes el arma de tu vieja panoplia  
arrinconada;

si pules y acicalas tus hierros para, un día, vestir de luz, y  
erguida:

*heme aquí, pues, España, en alma y cuerpo, toda, para una  
guerra mía, heme aquí pues, vestida para la propia  
hazaña, decir, para que diga quien oiga:*

*es voz, no es eco, el buen manchego habla palabras de  
cordura;*

*parece que el hidalgo amojamado y seco entró en razón, y*

*tiene espada a la cintura;*  
entonces, paz de España, yo te saludo.

Si eres vergüenza humana de esos rencores cabezudos con que se matan miles de avaros mercaderes, sobre la madre tierra que los parió desnudos;  
si sabes como Europa entera se anegaba en una paz sin alma, en un afán sin vida, y que una calentura cruel la aniquilaba, que es hoy la fiebre de esta pelea fratricida;  
si sabes que esos pueblos arrojan sus riquezas al mar y al fuego —todos— para sentirse hermanos un día ante el divino altar de la pobreza, gabachos y tudescos, latinos y britanos, entonces, paz de España, también yo te saludo, y a ti, la España fuerte, si, en esta paz bendita, en tu desdén esculpes como sobre un escudo, dos ojos que avizoran y un ceño que medita.

## CXLVI

"Flor de santidad".

— Novela milenaria, por D.

Ramón del Valle-Inclán.

Esta leyenda en sabio romance campesino, ni arcaico ni

moderno, por Valle-Inclán escrita, revela en los halagos de un viento vespertino, la santa flor de alma que nunca se marchita.

Es la leyenda campo y campo.

Un peregrino que vuelve solitario de la sagrada tierra donde Jesús morara, camina sin camino, entre los agrios montes de la galaica sierra.

Hilando, silenciosa, la rueca a la cintura, Adega, en cuyos ojos la llama azul fulgura de la piedad humilde, en el romero ha visto

al declinar la tarde, la pálida figura, la frente gloriosa de luz y la amargura de amor que tuvo un día el salvador dom.

cristo.

## CXLVII

### (AL MAESTRO RUBÉN DARÍO)

Este noble poeta, que ha escuchado los ecos de la tarde y los violines del otoño en Verlaine, y que ha cortado las rosas de Ronsard en los jardines de Francia, hoy, peregrino de un

Ultramar de Sol, nos trae el oro de su verbo divino.

¡Salterios del loor vibran en coro!

La nave bien guarnida, con fuerte casco y acerada proa, de viento y luz la blanca vela henchida surca, pronta a arribar, la mar sonora.

Y yo le grito:

¡Salve!

a la bandera flamígera que tiene esta hermosa galera que de una nueva España a España viene.

## CXLVIII

### (A LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO)

Si era toda en su verso la armonía del mundo, ¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?

Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares, corazón asombrado de la música astral, ¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno y con las nuevas rosas triunfantes volverás? ¿Te han herido buscando la soñada Florida, la fuente de la eterna juventud, capitán? Que en esta lengua madre la clara historia quede; corazones de todas las Españas, llorad.

Rubén Darío ha muerto en sus tierras de Oro, esta nueva nos vino atravesando el mar.

Pongamos, españoles, en un severo mármol, su nombre,  
flauta y lira, y una inscripción no más:

Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo, nadie esta  
flauta suene, si no es el mismo Pan.

### **CXLIX**

#### **(A NARCISO ALONSO CORTÉS, POETA DE CASTILLA)**

"Jam senior, sed creada deo viridisque  
senectu.

VIRGILIO (Eneida)

Tus versos me han llegado a este rincón manchego, regio  
presente en arcas de rica taracea, que guardan, entre ramos  
de castellano espliego, narciso de Citeres y lirios de Judea,  
En tu árbol viejo anida un canto adolescente, del ruiseñor de  
antaño la dulce melodía.

Poeta, que declaras arrugas en tu frente, tu musa es la más  
noble:

se llama Todavía.

Al corazón del hombre con red sutil envuelve el tiempo,  
como niebla de río una arboleda, ¡No mires:

todo pasa;

olvida:

nada vuelve! Y el corazón del hombre se angustia.

¡Nada queda!

El tiempo rompe el hierro y gasta los marfiles.

Con limas y barrenas, buriles y tenazas, el tiempo lanza  
obreros a trabajar febriles, enanos con punzones y cíclopes  
con mazas.

El tiempo lame y roe y pule y mancha y muerde;  
socava el alto muro, la piedra agujerea;  
apaga la mejilla y abrasa la hoja verde:

sobre las frentes cava los surcos de la idea.

Pero el poeta afronta el tiempo inexorable, como David al  
fiero gigante filisteo;  
de su armadura busca la pieza vulnerable, y quiere obrar la  
hazaña a que no osó Teseo.

Vencer al tiempo quiere.

¡Al tiempo!

¿Hay un seguro donde afincar la lucha?

¿Quién lanzará el venablo que cace esa alimaña?

¿Se sabe de un conjuro que ahuyente ese enemigo, como la cruz al diablo?

El alma.

El alma vence — ¡la pobre cenicienta,  
que en este siglo vano, cruel, empedernido, por esos mundos  
vaga escuálida y hambrienta!— el ángel de la muerte y al  
agua del olvido.

Su fortaleza opone al tiempo, como el puente al ímpetu del  
río sus pétreos tajamares;  
bajo ella el tiempo lleva bramando su torrente, sus aguas  
cenagosas huyendo hacia los mares.

Poeta, el alma sólo es ancla en la ribera, dardo cruel y doble  
escudo adamantino;  
y en el diciembre helado, rosal de primavera;  
y sol del caminante y sombra del camino.

Poeta, que declaras arrugas en tu frente, tu noble verso sea  
más joven cada día;  
que en tu árbol viejo suene el canto adolescente, del ruiseñor  
eterno la dulce melodía.

**CL**  
**(MIS POETAS)**

El primero es Gonzalo de Berceo llamado, Gonzalo de  
Berceo, poeta y peregrino, que yendo en romería acaeció en  
un prado, y a quien los sabios pintan copiando un  
pergamino.

Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María, y a San  
Millán, y a San Lorenzo y Santa Oría, y dijo:

Mi dictado non es de juglaría:

escrito lo tenemos;

es verdadera historia.

Su verso es dulce y grave;

monótonas hileras de chopos invernales en donde nada

brilla;

renglones como surcos en pardas sementeras, y lejos, las montañas azules de Castilla.

El nos cuenta el repaire del romero cansado;

leyendo en santorales y libros de oración, copiando historias viejas, nos dice su dictado, mientras le sale afuera la luz del corazón.

## CLI

### (A DON MIGUEL DE UNAMUNO)

Por su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*

Este donquijotesco don Miguel de Unamuno, fuerte vasco, lleva el arnés grotesco y el irrisorio casco del buen manchego.

Don Miguel camina, jinete de quimérica montura, metiendo espuela de oro a su locura, sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros, lechuzos y tahúres y logreros dicta lecciones de Caballería.

Y el alma desalmada de su raza, que bajo el golpe de su férrea maza aun duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda, antes de que cabalgue, al caballero;  
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una estirpe fuerte que sonó más allá de sus hogares, y que el oro buscó tras de los mares.

El señala la gloria tras la muerte.

Quiere ser fundador, y dice:

Creo;  
Dios y adelante el ánima española.

Y es tan bueno y mejor que fue Loyola:

sabe a Jesús y escupe al fariseo.

**CLII**  
**(A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ)**

Por su libro *Arias tristes*

Era una noche del mes de mayo, azul y serena.

Sobre el agudo ciprés brillaba la luna llena,  
iluminando la fuente en donde el agua surtía sollozando  
intermitente.

Sólo la fuente se oía.

Después, se escuchó el acento de un oculto ruiseñor.

Quebró una racha de viento la curva del surtidor.

Y una dulce melodía vagó por todo el jardín:

entre los mirtos tañía un músico su violín.

Era un acorde lamento de juventud y de amor para la luna y  
el viento, el agua y el ruiseñor.

"El jardín tiene una fuente y la fuente una quimera.

.

.

" Cantaba una voz doliente, alma de la primavera.

Calló la voz y el violín apagó su melodía.

Quedó la melancolía vagando por el jardín.

Sólo la fuente se oía.

## **NUEVAS CANCIONES (1917-1930)**

### **CLIII**

#### **(OLIVO DEL CAMINO)**

A la memoria de D.

Cristóbal Torro

#### **I**

Parejo de la encina castellana crecida sobre el páramo,  
señero en los campos de Córdoba la llana que dieron su  
caballo al Romancero, lejos de tus hermanos que vela el  
ceño campesino —enjutos pobladores de lomas y  
altozanos, horros de sombra, grávidos de frutos—,

sin caricia de mano labradora que limpie tu ramaje, y por  
olvido, viejo olivo, del hacha leñadora, ¡cuan bello estás  
junto a la fuente erguido, bajo este azul cobalto como un

árbol silvestre, espeso y alto!

## II

Hoy, a tu sombra, quiero ver estos campos de mi  
Andalucía, como a la vera ayer del Alto Duero la hermosa  
tierra de encinar veía.

Olivo solitario, lejos del olivar, junto a la fuente, olivo  
hospitalario que das tu sombra a un hombre pensativo y a un  
agua transparente, al borde del camino que blanquea, guarde  
tus verdes ramas, viejo olivo, la diosa de ojos glaucos,  
Atenea.

## III

Busque tu rama verde el suplicante para el templo de un  
dios, árbol sombrío;  
Demeter jadeante pose a tu sombra, bajo el sol de estío.

Que florezca el día en que la diosa huyó del ancho  
Urano, cruzó la espalda de la mar bravía, llegó a la tierra en  
que madura el grano, y en su querida Eleusis,  
fatigada, sentóse a reposar junto al camino, ceñido el peplo,  
yerta la mirada, lleno de angustia el corazón divino.

Bajo tus ramas, viejo olivo, quiero un día recordar del sol de  
Homero.

#### IV

Al palacio de un rey llegó la dea, sólo divina en el mirar sereno, ocultando su forma gigantea de joven talle y de redondo seno, trocado el manto azul por burda lana, como sierva propicia a la tarea de humilde oficio con que el pan se gana.

De Keleos la esposa venerable, que daba al hijo en su vejez nacido, a Demofón, un pecho miserable, la reina de los bucles de ceniza, del niño bien amado a Demeter tomó para nodriza.

Y el niño floreció como criado en brazos de una diosa, o en las selvas feraces —así el bastardo de Afrodita hermosa— al seno de las ninfas montaraces.

#### V

Mas siempre el ceño maternal espía, y una noche, celando a la extranjera, vio la reina una llama.

En roja hoguera a Demofón, el príncipe lozano.

Demeter impasible resolvía, y al cuello, al torso, al vientre, con su mano una sierpe de fuego le ceñía.

Del regio lecho, en la aromada alcoba, saltó la madre;  
al corredor sombrío salió gritando, aullando, como  
loba herida en las entrañas:

¡hijo mío!

## VI

Demeter la miró con faz severa.

—Tal es, raza mortal, tu cobardía.

Mi llama el fuego de los dioses era.

Y al niño, que en sus brazos sonreía:

Yo soy Demeter que los frutos grana, ¡oh príncipe nutrido  
por mi aliento, y en mis brazos más rojo que  
manzana maduraba el otoño al sol y al viento!.

Vuelve al halda materna, y tu nodriza no olvides, Demofón,  
que fue una diosa;

ella trocó en maciza tu floja carne y la tiñó de rosa, y te dio  
el ancho torso, el brazo fuerte, y más te quiso dar y más te  
diera:

con la llama que libra de la muerte, la eterna juventud por  
compañera.

## VII

La madre de la bella Proserpina trocó en moreno grano, para el sabroso pan de blanca harina, aguas de abril y soles del verano.

Trigales y trigales ha corrido la rubia diosa de la hoz dorada, y del campo a las eras del ejido, con sus montes de mies agavillada, llegaron los huesudos bueyes rojos, la testa dolorida al yugo atada, y con la tarde ubérrima en los ojos.

De segados trigales y alcaceles hizo el fuego sequizos rastrojales;  
en el huerto rezuma el higo mieles, cuelga la oronda pera en los perales, hay en las vides rubios moscateles, y racimos de rosa en los parrales que festonan la blanca almacería de los huertos.

Ya irá de glauca a bruna, por llano, loma, alcor y serranía, de los verdes olivos la aceituna.

Tu fruto, ¡oh polvoriento del camino árbol ahíto de la estiva llama!, no estrujarán las piedras del molino, aguardará la fiesta, en la alta rama, del alegre zorzal, o el estornino lo llevará en su pico, alborozado.

Que en tu ramaje luzca, árbol sagrado, bajo la luna llena, el  
ojo encandilado del búho insomne de la sabia Atena.

Y que la diosa de la hoz bruñida y de la adusta  
frente materna sed y angustia de uranida traiga a tu sombra,  
olivo de la fuente.

Y con tus ramas la divina hoguera encienda en un hogar del  
campo mío, por donde tuerce perezoso un río que toda la  
campaña hace ribera antes que un pueblo, hacia la mar,  
navío.

## CLIV (APUNTES)

### I

Desde mi ventana, ¡campo de Baeza, a la luna clara!  
¡Montes de Cazorla, Aznaitín y Mágina!  
¡De luna y de piedra también los cachorros de Sierra  
Morena!

### II

Sobre el olivar, se vió a la lechuza volar y volar.

Campo, campo, campo.

Entre los olivos, los cortijos blancos.

Y la encina negra, a medio camino de Úbeda a Baeza.

### III

Por un ventanal, entró la lechuza en la catedral.

San Cristobalón la quiso espantar, al ver que bebía del velón de aceite de Santa María.

La Virgen habló:

Déjala que beba, San Cristobalón.

### IV

Sobre el olivar, se vio a la lechuza volar y volar.

A Santa María un ramito verde volando traía.

¡Campo de Baeza soñaré contigo cuando no te vea!

V

Dondequiera vaya, José de Mairena lleva su guitarra.

Su guitarra lleva, cuando va a caballo, a la bandolera.

Y lleva al caballo con la rienda corta, la cerviz en alto:

VI

¡Pardos borriquillos de ramón cargados, entre los olivos!

VII

¡Tus sendas de cabras y tus madroñeras, Córdoba serrana!

VIII

¡La del Romancero, Córdoba la llana!.

Guadalquivir hace vega, el campo relincha y brama.

IX

Los olivos grises, los caminos blancos.

El sol ha sorbido la calor del campo;  
y hasta tu recuerdo me lo va secando esta alma de polvo de

los días malos.

**CLV**  
**(HACIA TIERRA BAJA)**

**I**

Rejas de hierro;

rosas de grana.

¿A quién esperas, con esos ojos y esas ojeras enjauladita  
como las fieras, tras de los hierros de tu ventana?

Entre las rejas y los rosales, ¿sueñas amores de bandoleros  
galanteadores, fieros amores entre puñales?

Rondar tu calle nunca verás ese que esperas;

porque se fue toda la España de Mérimée.

Por esta calle —tú elegirás— pasa un notario que va al  
tresillo del boticario, y un usurero, a su rosario.

También yo paso, viejo y tristón.

Dentro del pecho llevo un león.

## II

Aunque me ves por la calle, también yo tengo mis rejas, mis rejas y mis rosales.

## III

Un mesón de mi camino.

Con un gesto de vestal, tú sirves el rojo vino de una orgía de arrabal.

Los borrachos de los ojos vivarachos y la lengua fanfarrona te requiebran, ¡oh varona!

Y otros borrachos suspiran por tus ojos de diamante, tus ojos que a nadie miran.

A la altura de tus senos, la batea rebosante llega en tus brazos morenos.

¡Oh mujer, dame también de beber!

## IV

Una noche de verano.

El tren hacia el puerto va, devorando aire marino.

Aun no se ve la mar.

\*

Cuando llegemos al puerto, niña, verás un abanico de nácar que brilla sobre la mar.

\*

A una japonesa le dijo Sokán:

con la blanca luna te abanicarás, con la blanca luna, a orillas del mar.

V

Una noche de verano, en la playa de Sanlúcar, oí una voz que cantaba:

Antes que salga la luna.

Antes que salga la luna, a la vera de la mar, dos palabritas a solas contigo tengo de hablar.

¡Playa de Sanlúcar, noche de verano.

copla solitaria junto al mar amargo!  
¡A la orillita del agua, por donde nadie nos vea, antes que la  
luna salga!

**CLVI**  
**(GALERÍAS)**

**I**

En el azul la banda de unos pájaros negros que chillan,  
aletean y se posan en el álamo yerto.

En el desnudo álamo, las graves chovas quietas y en  
silencio, cual negras, frías notas escritas en la pauta de  
febrero.

**II**

El monte azul, el río, las erectas varas cobrizas de los finos  
álamos, y el blanco del almendro en la colina, ¡oh nieve en  
flor y mariposa en árbol! Con el aroma del habar, el  
viento corre en la alegre soledad del campo.

**III**

Una centella blanca en la nube de plomo culebrea.

¡Los asombrados ojos del niño, y juntas cejas —está el

salón obscuro— de la madre!.

¡Oh cerrado balcón de la tormenta! El viento aborascado y el granizo en el limpio cristal repiquetean.

#### IV

El iris y el balcón.

Las siete cuerdas de la lira del sol vibran en sueños.

Un tímpano infantil da siete golpes —agua y cristal—.

Acacias con jilgueros.

Cigüeñas en las torres.

En la plaza, lavó la lluvia el mirto polvoriento.

En el amplio rectángulo ¿quién puso ese grupo de vírgenes risueño, y arriba, ¡hosanna!, entre la rota nube, la palma de oro y el azul sereno?

#### V

Entre montes de almagre y peñas grises el tren devora su rail

de acero.

La hilera de brillantes ventanillas lleva un doble perfil de camafeo, tras el cristal de plata, repetido.

¿Quién ha punzado el corazón del tiempo?

## VI

¿Quién puso, entre las rocas de ceniza, para la miel del sueño, esas retamas de oro y esas azules flores del romero? La sierra de violeta y, en el poniente, el azafrán del cielo, ¿quién ha pintado?

¡El abejar, la ermita, el tajo sobre el río, el sempiterno rodar del agua entre las hondas peñas, y el rubio verde de los campos nuevos, y todo, hasta la tierra blanca y rosa al pie de los almendros!

## VII

En el silencio sigue la lira pitagórica vibrando, el iris en la luz, la luz que llena mi estereoscopio vano.

Han cegado mis ojos las cenizas del fuego heraclitano.

El mundo es, un momento, transparente, vacío, ciego, alado.

## CLVII

**(LA LUNA, LA SOMBRA Y EL BOTÓN)**

## I

Fuera, la luna platea cúpulas, torres, tejados;  
dentro, mi sombra pasea por los muros encalados.

Con esta luna, parece que hasta la sombra envejece.

Ahorremos la serenata de una cenestesia ingrata, y una vejez  
intranquila, y una luna de hojalata.

Cierra tu balcón, Lucila.

## II

Se pinta panza y joroba en la pared de mi alcoba.

Canta el bufón:

¡Qué bien van, en un rostro de cartón, unas barbas  
de azafrán! Lucila, cierra el balcón.

## CLVIII

### (CANCIONES DE TIERRAS ALTAS)

Por la sierra blanca.

La nieve menuda y el viento de cara.

Por entre los pinos  
con la blanca nieve se borra el camino.

Recio viento sopla de Urbión a Moncayo.

¡Páramos de Soria!

## II

Ya habrá cigüeñas al sol, mirando la tarde roja, entre  
Moncayo y Urbión.

## III

Se abrió la puerta que tiene gonces en mi corazón, y otra vez  
la galería de mi historia apareció.

Otra vez la plazoleta de las acacias en flor, y otra vez la  
fuente clara cuenta un romance de amor.

## IV

En la parda encina y el yermo de piedra.

Cuando el sol tramonta, el río despierta.

¡Oh montes lejanos de malva y violeta! En el aire en

sombra sólo el río suena.

¡Luna amoratada de una tarde vieja, en un campo frío, más luna que tierra!

## V

Soria de montes azules y de yermos de violeta, ¡cuántas veces te he soñado en esta florida vega por donde se va, entre naranjos de oro, Guadalquivir a la mar!

## VI

¡Cuántas veces me borraste, tierra de ceniza, estos limonares verdes con sombras de tus encinas!

¡Oh campos de Dios, entre Urbión el de Castilla y Moncayo el de Aragón!

## VII

En Córdoba, la serrana, en Sevilla, marinera y labradora, que tiene hinchada, hacia el mar, la vela;  
y en el ancho llano por donde la arena sorbe la baba del mar amargo, hacia la fuente del Duero mi corazón, ¡Soria pura! se tornaba.

¡Oh, fronteriza entre la tierra y la luna!

¡Alta paramera donde corre el Duero niño, tierra donde está su tierra!

## VIII

El río despierta.

En el aire obscuro, sólo el río suena.

¡Oh canción amarga del agua en la piedra! .

Hacia el alto Espino, bajo las estrellas.

Sólo suena el río al fondo del valle, bajo el alto Espino.

## IX

En medio del campo, tiene la ventana abierta la ermita sin ermitaño.

Un tejadillo verdoso.

Cuatro muros blancos.

Lejos relumbra la piedra del áspero Guadarrama.

Agua que brilla y no suena.

En el aire claro, ¡los alamillos del soto, sin hojas, liras de marzo!

## X (IRIS DE LA NOCHE)

A D.

Ramón del Valle-Inclán

Hacia Madrid, una noche, va el tren por el Guadarrama.

En el cielo, el arco iris que hacen la luna y el agua.

¡Oh luna de abril, serena, que empuja las nubes blancas!

La madre lleva a su niño, dormido, sobre la falda.

Duerme el niño y, todavía, ve el campo verde que pasa, y arbolillos soleados, y mariposas doradas.

La madre, ceño sombrío entre un ayer y un mañana, ve unas ascuas mortecinas y una hornilla con arañas.

Hay un trágico viajero, que debe ver cosas raras, y habla solo y, cuando mira, nos borra con la mirada.

Yo pienso en campos de nieve y en pinos de otras montañas.

Y tú, Señor, por quien todos vemos y que ves las  
almas, dinos si todos, un día, hemos de verte la cara.

**CLIX**  
**(CANCIONES)**

**I**

Junto a la sierra florida, bulle el ancho mar.

El panal de mis abejas tiene granitos de sal.

**II**

Junto al agua negra.

Olor de mar y jazmines.

Noche malagueña.

**III**

La primavera ha venido.

Nadie sabe como ha sido.

**IV**

La primavera ha venido.

¡Aleluyas blancas de los zarzales floridos!

V

¡Luna llena, luna llena, tan oronda, tan redonda en esta  
noche serena de marzo, panal de luz que labran blancas  
abejas!

VI

Noche castellana;  
la canción se dice, o, mejor, se calla.

Cuando duerman todos, saldré a la ventana.

VII

Canta, canta en claro rimo, el almendro en verde rama y el  
doble sauce del río.

Canta de la parda encina la rama que el hacha corta, y la flor  
que nadie mira.

De los perales del huerto la blanca flor, la rosada flor del  
melocotonero.

Y este olor que arranca el viento mojado a los habares en flor.

### VIII

La fuente y las cuatro acacias en flor de la plazoleta.

Ya no quema el sol.

¡Tardecita alegre! Canta, ruiseñor.

Es la misma hora de mi corazón.

### IX

¡Blanca hospedería, celda de viajero, con la sombra mía!

### X

El acuerdo romano —canta una voz de mi tierra- y el querer que nos tenemos, chiquilla, ¡vaya firmeza!

### XI

A las palabras de amor les sienta bien su poquito de exageración.

### XII

En Santo Domingo la misa mayor.

Aunque me decían hereje y masón, rezando contigo, ¡cuánta  
devoción!

### XIII

Hay fiesta en el prado verde —pífano y tambor—.

Con su cayado florido y abarcas de oro vino un pastor.

Del monte bajé, sólo por bailar con ella;  
al monte me tornaré.

En los árboles del huerto hay un rruiseñor;  
canta de noche y de día, canta a la luna y al sol.

Ronca de cantar;  
al huerto vendrá la niña y una rosa cortará.

Entre las negras encinas, hay una fuente de piedra, y un  
cantarillo de barro que nunca se llena.

Por el encinar, con la blanca luna, ella volverá.

## XIV

Contigo en Valosadero, fiesta de San Juan, mañana en la Pampa, del otro lado del mar.

Guárdame la fe, que yo volveré.

Mañana seré pampero, y se me irá el corazón a orillas del Alto Duero.

## XV

Mientras danzáis en corro, niñas, cantad:

Ya están los prados verdes, ya vino abril galán.

A la orilla del río, por el negro encinar, sus abarcas de plata hemos visto brillar.

Ya están los prados verdes, ya vino abril galán.

## CLX

### (CANCIONES DEL ALTO DUERO)

Canción de mozas

Molinero es mi amante, tiene un molino bajo los pinos verdes, cerca del río.

Niñas, cantad:

"Por la orilla del Duero yo quisiera pasar."

## II

Por las orillas de Soria va mi pastor.

¡Si yo fuera una encina sobre un alcor! Para la siesta, si yo fuera una encina sombra le diera.

## III

Colmenero es mi amante y, en su abejar, abejas de oro vienen y van.

De tu colmena, colmenero del alma, yo colmenera.

## IV

En las tierras de Soria, azul y nieve.

Leñador es mi amante de pinos verdes.

¡Quién fuera el águila para ver a mi dueño cortando ramas!

V

Hortelano es mi amante tiene su huerto, en la tierra de Soria, cerca del Duero.

¡Linda hortelana! Llevaré saya verde, monjil de grana.

VI

A la orilla del Duero, lindas peonzas, bailad, coloraditas como amapolas.

¡Ay, garabí!

Bailad, suene la flauta y el tamboril.

**CLXI**

**(PROVERBIOS Y CANTARES)**

A José Ortega y Gasset

I

El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas;  
es ojo porque te ve.

II

Para dialogar, preguntad, primero;  
después... escuchad.

### III

Todo narcisismo es un vicio feo, y ya viejo vicio.

### IV

Mas busca en tu espejo al otro, al otro que va contigo.

### V

Entre el vivir y el soñar hay una tercera cosa.

Adivínala.

### VI

Ese tu Narciso ya no se ve en el espejo porque es el espejo mismo.

### VII

¿Siglo nuevo?

¿Todavía llamea la misma fragua? ¿Corre todavía el agua por el cauce que tenía?

## VIII

Hoy es siempre todavía.

## IX

Sol en Aries.

Mi ventana está abierta al aire frío.

—¡Oh rumor de agua lejana!- La tarde despierta al río.

## X

En el viejo caserío —¡oh anchas torres con cigüeñas!-  
enmudece el son gregario, y en el campo solitario suena el  
agua entre las peñas.

## XI

Como otra vez, mi atención está del agua cautiva;  
pero del agua en la viva roca de mi corazón.

## XII

¿Sabes, cuando el agua suena, si es agua de cumbre o  
valle, de plaza, jardín o huerta?

#### XIV

Encuentro lo que no busco:

las hojas del toronjil huelen a limón maduro.

#### XIV

Nunca traces tu frontera, ni cuides de tu perfil;  
todo es cosa de fuera.

#### XV

Busca a tu complementario, que marcha siempre contigo, y  
suele ser tu contrario.

#### XVI

Si vino la primavera volad a las flores;  
no chupéis cera.

#### XVII

En mi soledad he visto cosas muy claras, que no son verdad.

## XVIII

Buena es el agua y la sed;  
buena es la sombra y el sol;  
la miel de flor de romero, la miel de campo sin flor.

## XIX

A la vera del camino hay una fuente de piedra, y un  
cantarillo de barro —glu-glu— que nadie se lleva.

## XX

Adivina adivinanza, qué quieren decir la fuente, el cantarico  
y el agua.

## XXI

Pero yo he visto beber hasta en los charcos del suelo.

Caprichos tiene la sed.

## XXII

Sólo quede un símbolo:

*quod elixum est ne asato.*

No aséis lo que está cocido.

### XXIII

Canta, canta, canta, junto a su tomate, el grillo en su jaula.

### XXIV

Despacito y buena letra:

el hacer las cosas bien importa más que el hacerlas.

### XXV

Sin embargo.

¡Ah!, sin embargo, importa avivar los remos, dijo el caracol al galgo.

### XXVI

¡Ya hay hombres activos! Soñaba la charca con sus mosquitos.

XXVII

¡Oh calavera vacía! ¡Y pensar que todo era dentro de ti,  
calavera!, otro Pandolfo decía.

XXVIII

Cantores, dejad palmas y jaleo para los demás.

XXIX

Despertad, cantores:

acaben los ecos, empiecen las voces.

XXX

Mas no busquéis disonancias;  
porque, al fin, nada disuena, siempre al son que tocan,  
bailan.

XXXI

Luchador superfluo ayer lo más noble, mañana lo más  
plebeyo.

XXXII

Camorrista, boxeador, zúrratelas con el viento.

XXXIII

—Sin embargo.

¡Oh!, sin embargo, queda un fetiche que aguarda ofrenda de puñetazos.

XXXIV

*O rinnovarsi o perire.*

No me suena bien *Navigare é necessario.*

Mejor:

¡vivir para ver!

XXXV

Ya maduró un nuevo cero, que tendrá su devoción:

un ente de acción tan huero como un ente de razón.

XXXVI

No es el yo fundamental eso que busca el poeta, sino el tú esencial.

XXXVII

Viejo como el mundo es —dijo un doctor—, olvidado, por sabido y enterrado cual la momia de Ramsés.

XXXVIII

Mas el doctor no sabía Que hoy es siempre todavía.

XXXIX

Busca en tu prójimo espejo;  
pero no para afeitarte, ni para teñirte el pelo.

XL

Los ojos por que suspiras, sábelo bien, los ojos en que te miras son ojos porque te ven.

XLI

—Ya se oyen palabras viejas.

—Pues aguzad las orejas.

## XLII

Enseña el Cristo:

a tu prójimo amarás como a ti mismo, mas nunca olvides  
que es otro.

## XLIII

Dijo otra verdad:

busca el tú que nunca es tuyo ni puede serlo jamás.

## XLIV

No desdeñéis la palabra;  
el mundo es ruidoso y mudo, poetas, sólo Dios habla.

## XLV

¿Todo para los demás? Mancebo, llena tu jarro, que ya te lo  
beberán.

## XLVI

Se miente más de la cuenta por falta de fantasía:

también la verdad se inventa.

## XLVII

Autores, la escena acaba con un dogma de teatro:

En el principio era la máscara.

## XLVIII

Será el peor de los malos bribón que olvide su vocación de diablo.

## XLIX

¿Dijiste media verdad? Dirán que mientes dos veces si dices la otra mitad.

## L

Con el tú de mi canción no te aludo, compañero;  
ese tú soy yo.

## LI

Demos tiempo al tiempo:

para que el vaso rebose hay que llenarlo primero.

LII

Hora de mi corazón:

la hora de una esperanza y una desesperación.

LIII

Tras el vivir y el soñar, está lo que más importa:

despertar.

LIV

Le tiembla al cantar la voz.

Ya no le silban sus coplas;  
que silba su corazón.

LV

Ya hubo quien pensó:

*cogito ergo non sum*, ¡Qué exageración!

LVI

Conversación de gitanos:

—¿Cómo vamos, compadrito? —Dando vueltas al atajo.

### LVII

Algunos desesperados sólo se curan con sogas;  
otros con siete palabras:

la fe se ha puesto de moda.

### LVIII

Creí mi hogar apagado, y revolví la ceniza.

Me quemé la mano.

### LIX

¡Reventó de risa! ¡Un hombre tan serio! .

Nadie lo diría.

### LX

Que se divida el trabajo:

los malos unten la flecha;

los buenos tiendan el arco.

### LXI

Como don San Tob, se tiñe las canas, y con más razón.

### LXII

Por dar al viento trabajo, cosía con hilo doble las hojas secas del árbol.

### LXIII

Sentía los cuatro vientos, en la encrucijada de su pensamiento.

### LXIV

¿Conoces los invisibles hiladores de los sueños? Son dos:

la verde esperanza y el torvo miedo.

Apuesta tienen de quien hile más y más ligero,  
ella, su copo dorado;  
él, su copo negro.

Con el hilo que nos dan tejemos, cuando tejemos.

LXV

Siembra la malva:

pero no la comas, dijo Pitágoras.

Responde al hachazo —ha dicho el Buda ¡y el Cristo!- con tu aroma, como el sándalo.

Bueno es recordar las palabras viejas que han de volver a sonar.

LXVI

Poned atención:

un corazón solitario no es un corazón.

LXVII

Abejas, cantores, no a la miel, sino a las flores.

LXVIII

Todo necio confunde valor y precio.

LXIX

Lo ha visto pasar en sueños.

Buen cazador de sí mismo, siempre en acecho.

LXX

Cazó a su hombre malo, el de los días azules, siempre cabizbajo.

LXXI

Da doble luz a tu verso, para leído de frente y al sesgo.

LXXII

Mas no te importe si rueda y pasa de mano en mano:  
del oro se hace moneda.

LXXIII

De un "Arte de Bien Comer" primera lección:

No has de coger la cuchara con el tenedor.

LXXIV

Señor de San Jerónimo, suelte usted la piedra con que se machaca.

Me pegó con ella.

LXXV

Conversación de gitanos:

—Para rodear, toma la calle de en medio;  
nunca llegarás.

LXXVI

El tono lo da la lengua, ni más alto ni más bajo;  
sólo acompáñate de ella.

LXXVII

¡Tartarín en Koenigsberg! Con el puño en la mejilla, todo lo llegó a saber.

LXXVIII

Crisolad oro en copela, y burilad lira y arco no en joya, sino en moneda.

LXXIX

Del romance castellano no busques la sal castiza;  
mejor que romance viejo, poeta, cantar de niñas.

Déjale lo que no puedes quitarle:

su melodía de cantar que canta y cuenta un ayer que es todavía.

LXXX

Concepto mondo y lirondo suele ser cáscara hueca;  
puede ser caldera al rojo.

LXXXI

Si vivir es bueno, es mejor soñar, y mejor que todo madre, despertar.

LXXXII

No el sol, sino la campana, cuando te despierta, es lo mejor de la mañana.

### LXXXIII

¡Qué gracia!

En la Hesperia triste, promontorio occidental, en este cansino rabo de Europa, por desollar, y en una ciudad antigua, chiquita como un dedal, ¡el hombrecillo que fuma y piensa, y ríe al pensar:

cayeron las altas torres;  
en un basurero están la corona de Guillermo, la testa de Nicolás!

### LXXXIV

Entre las brevas soy blando;  
entre las rocas, de piedra.

¡Malo!

### LXXXV

¿Tu verdad?  
No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla.

La tuya, guárdatela.

### LXXXVI

Tengo a mis amigos en mi soledad;  
cuando estoy con ellos ¡qué lejos están!

LXXXVII

¡Oh Guadalquivir! Te vi en Cazorla nacer;  
hoy, en Sanlúcar morir.

Un borbollón de agua clara, debajo de un pino verde, eras tú,  
¡qué bien sonabas!

Como yo, cerca del mar, río de barro salobre, ¿sueñas con tu  
manantial?

LXXXVIII

El pensamiento barroco pinta virutas de fuego, hincha y  
complica el decoro.

LXXXIX

Sin embargo.

— Oh, sin embargo, hay siempre un ascua de  
veras en su incendio de teatro.

XC

¿Ya de su color se avergüenzan las hojas de la  
albahaca, salvias y alhucemas?

XCI

Siempre en alto, siempre en alto.

¿Renovación?  
Desde arriba.

Dijo la cucaña al árbol.

## XCII

Dijo el árbol:

Teme al hacha, palo clavado en el suelo:

contigo la poda es tala.

## XCIII

¿Cuál es la verdad?

¿El río que fluye y pasa donde el barco y el barquero son también ondas del agua? ¿O este soñar del marino siempre con ribera y ancla?

## XCIV

Doy consejo, a fuer de viejo:

nunca sigas mi consejo.

## XCV

Pero tampoco es razón desdeñar consejo que es confesión.

XCVI

¿Ya sientes la savia nueva? Cuida, arbolillo, que nadie lo sepa.

XCVII

Cuida de que no se entere la cucaña seca de tus ojos verdes.

XCVIII

Tu profecía, poeta.

—Mañana hablarán los mudos:

el corazón y la piedra.

XCIX

— ¿Mas el arte?.

—Es puro juego, que es igual a pura vida, que es igual a puro fuego.

Veréis el ascua encendida.

**CLXII**  
**(PARERGON)**

Al gigante ibérico  
Miguel  
de Unamuno, por  
quien la  
España actual  
alcanza proceridad  
en el mundo.

**LOS OJOS**

**I**

Cuando murió su amada pensó en hacerse viejo en la mansión cerrada, solo, con su memoria y el espejo donde ella se miraba un claro día.

Como el oro en el arca del avaro, pensó que guardaría todo un ayer en el espejo claro.

Ya el tiempo para él no correría.

**II**

Mas, pasado el primer aniversario, ¿cómo eran —preguntó—

, pardos o negros, sus ojos?  
¿Glaucos?.

¿Grisés? ¿Cómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?.

### III

Salió a la calle un día de primavera, y paseó en silencio su doble luto, el corazón cerrado.

De una ventana en el sombrío hueco vio unos ojos brillar.

Bajó los suyos y siguió su camino.

¡Como éstos!

### CLXIII (EL VIAJE)

—Niña, me voy a la mar.

—Si no me llevas contigo te olvidaré, capitán.

En el puente de su barco quedó el capitán dormido;  
durmió soñando con ella:

¡Si no me llevas contigo!

Cuando volvió de la mar trajo un papagayo verde.

¡Te olvidaré, capitán!

Y otra vez la mar cruzó con su papagayo verde, ¡Capitán, ya  
te olvidó!

## CLXIV

### GLOSANDO A RONSARD Y OTRAS RIMAS

Un poeta manda su  
retrato a una bella  
dama, que le había  
en- viado el suyo.

## I

Cuando veáis esta sumida boca que ya la sed no inquieta, la  
mirada tan desvalida (su mitad, guardada en viejo estuche, es  
de cristal de roca), la barba que platea, y el estrago del

tiempo en la mejilla, hermosa dama, diréis:

¿a qué volver sombra por llama, negra moneda de joyel en pago?

¿Y qué esperáis de mí?

Cuando a deshora pasa un alba, yo sé que bien quisiera el corazón su flecha más certera

arrancar de la aljaba vengadora.

¿No es mejor saludar la primavera, y devolver sus alas a la aurora?

## II

Como fruta arrugada, ayer madura, o como mustia rama, ayer florida, y aun menos, en el árbol de mi vida, es la imagen que os lleva esa pintura.

Porque el árbol ahonda en tierra dura, en roca tiene su raíz prendida, y si al labio no da fruta sabrida, aun quiere dar al sol la que perdura.

Ni vos gritéis desilusión, señora, negando al día ese carmín risueño, ni a la manera usada, en el ahora pongáis, cual negra tacha, el turbio ceño.

Tomad arco y aljaba —¡oh cazadora!  
— que ya es el alba:

despertad del sueño.

### III

Pero si os place amar vuestro poeta, que vive en la canción,  
no en el retrato, ¿no encontraréis en su perfil beato conjuro  
de esa fúnebre careta?

Buscad del hondo cauce agua secreta, del campanil que  
enronqueció a rebato la víspera dormida, el timorato pausado  
amor en hora recoleta.

Desdeñad lo que soy;

de lo que he sido trazad con firme mano la figura:

galán de amor soñado, amor fingido,  
por anhelo inventor de la aventura.

Y en vuestro sabio espejo —luz y olvido — algo seré  
también vuestra criatura.

### ESTO SOÑÉ

Que el caminante es suma del camino,  
y en el jardín, junto del mar sereno,

le acompaña el aroma montesino,  
ardor de seco henil en campo ameno;  
que de luenga jornada peregrino ponía al corazón un duro  
freno, para aguardar el verso adamantino que maduraba el  
alma en su hondo seno.

Esto soñé.

Y del tiempo, el homicida, que nos lleva a la muerte o fluye  
en vano, que era un sueño no más del adanida.

Y un hombre vi que en la desnuda mano mostraba al mundo  
el ascua de la vida, sin cenizas el fuego heraclitano.

## EL AMOR Y LA SIERRA

Cabalgaba por agria serranía, una tarde, entre roca  
cenicienta.

El plumizo balón de la tormenta de monte en monte rebotar  
se oía.

Súbito, al vivo resplandor del rayo, se encabritó, bajo de un  
alto pino, al borde de una peña, su caballo.

A dura rienda le tornó al camino.

Y hubo visto la nube desgarrada, y, dentro, la afilada  
crestería de otra sierra más lueña y levantada  
—relámpago de piedra parecía—.

¿Y vio el rostro de Dios?  
Vio el de su amada.

Gritó:

¡Morir en esta sierra fría!

### PÍO BAROJA

En Londres o Madrid, Ginebra o Roma, ha sorprendido,  
ingenuo paseante, el mismo taedium vítae en varios  
idiomas, en múltiple careta igual semblante.

Atrás las manos enlazadas lleva, y hacia la tierra, al pasear,  
se inclina;  
todo el mundo a su paso es senda nueva, camino por  
desmante o por ruina.

Dio, aunque tardío, el siglo diecinueve un ascua de su fuego  
al gran Baroja, y otro siglo, al nacer, guerra le mueve,

que enceniza su cara pelirroja.

De la rosa romántica, en la nieve, él ha visto caer la última hoja.

### AZORIN

La roja tierra del trigal de fuego, y del habar florido la fragancia, y el lindo cáliz de azafrán manchego amó, sin mengua de la lis de Francia.

¿Cuya es la doble faz, candor, y hastío, y la trémula voz y el gesto llano y esa noble apariencia de hombre frío que corrige la fiebre de la mano?

No le pongáis, al fondo, la espesura de aborrascado monte o selva huraña, sino, en la luz de una mañana pura, lueña espuma de piedra, la montaña, y el diminuto pueblo en la llanura, ¡la aguda torre en el azul de España!

### RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Lo recuerdo.

Un pintor me lo retrata, no en el lino, en el tiempo.

Rostro enjuto, sobre el rojo manchón de la corbata, bajo el  
amplio sombrero;

resoluto

el ademán, y el gesto petulante —un si es no es— de  
mayorazgo en corte;  
de bachelor de Oxford, o estudiante en Salamanca, señoril el  
porte.

Gran poeta, el pacífico sendero cantó que lleva a la asturiana  
aldea;

el mar polisonoro y el sol de Homero  
le dieron ancho ritmo, clara idea;  
su innúmero camino el mar ibero su propio navegar, propia  
Odisea.

## EN LA FIESTA DE GRANDMONTAGNE

Leído en el Mesón del Segoviano

### I

Cuenta la historia que un día, buscando mejor  
España, Grandmontagne se partía de una tierra de  
montaña, de una tierra de agria sierra.

¿Cuál?

No sé.

¿La serranía de Burgos?  
¿El Pirineo?  
¿Urbión donde el Duero nace?  
Averiguadlo.

Yo veo un prado en que el negro tono reposa, y la oveja  
pace entre ginestas de oro;

y unos altos, verdes pinos;

más arriba, peña y peña, y un rubio mozo que sueña con  
caminos, en el aire, de cigüeña entre montes, de merinos,  
con rebaños trashumantes y vapores de emigrantes a  
pueblos ultramarinos.

## II

Grandmontagne saludaba a los suyos, en la popa de un barco  
que se alejaba del triste rabo de Europa.

Tras de mucho devorar caminos del mar profundo, vio las  
estrellas brillar sobre la panza del mundo.

Arribado a un ancho estuario dio en la argentina Babel.

El llevaba un diccionario y siempre leía en él:

era su devocionario.

Y en la ciudad —no en el hampa— y en la Pampa hizo su propia conquista.

El cronista de dos mundos, bajo el sol, el duro pan se ganaba y, de noche, fabricaba su magnífico español.

La faena trabajosa, y la mar y la llanura, caminata o singladura, siempre larga, diéronle, para su prosa, viento recio, sal amarga, y la amplia línea armoniosa del horizonte lejano.

Llevó del monte dureza, calma le dio el oceano y grandeza;

y de un pueblo americano donde florece la hombría nos trae la fe y la alegría que ha perdido el castellano.

### III

En este remolino de España, rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas (Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente) y en un mesón antiguo, y entre la poca gente —¡tan poca!— sin librea, que sufre y que trabaja, y

aun corta solamente su pan con su navaja, por  
Grandmontagne alcemos la copa.

Al suelo indiano, ungido de las letras embajador  
hispano, "*ayant pour tout laquais votre ombre seulement*" os  
vais, buen caballero.

Que Dios os dé su mano, que el mar y el cielo os sean  
propicios, capitán.

### A DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Yo era en mis sueños, don Ramón, viajero del áspero  
camino, y tú, Caronte de ojos de llama, el fúnebre  
barquero de las revueltas aguas de Aqueronte.

Plúrima barba al pecho te caía.

(Yo quise ver tu manquedad en vano).

Sobre la negra barca aparecía tu verde senectud de dios  
pagano.

Habla, dijiste, y yo:

cantar quisiera loor de tu Don Juan y tu paisaje, en esta hora de verdad sincera.

Porque faltó mi voz en tu homenaje, permite que en la pálida ribera te pague en áureo verso mi barcaje.

### AL ESCULTOR EMILIANO BARRAL

Y tu cincel me esculpía en una piedra rosada, que lleva una aurora fría eternamente encantada.

Y la agria melancolía de una soñada grandeza, que es lo español (fantasía con que adobar la pereza), fue surgiendo de esa roca, que es mi espejo, línea a línea, plano a plano, y mi boca de sed poca, y, so el arco de mi cejo, dos ojos de un ver lejano, que yo quisiera tener como están en tu escultura:

cavados en piedra dura, en piedra, para no ver.

### A JULIO CASTRO

Desde las altas tierras donde nace un largo río, de la triste

Iberia, del ancho promontorio de Occidente —vasta lira,  
hacia el mar, de sol y piedra—, con el milagro de tu verso,  
he visto mi infancia marinera, que yo también, de niño, ser  
quería pastor de olas, capitán de estrellas.

Tú vives, yo soñaba;

pero a los dos, hermano, el mar nos tienta.

En cada verso tuyo hay un golpe de mar, que me despierta a  
sueños de otros días, con regalo de conchas y de perlas.

Estrofa tienes como vela hinchada de viento y luz, y copla  
donde suena la caracola de un tritón, y el agua que le brota al  
delfín en la cabeza.

¡Roncas sirenas en la bruma!  
¡Faros de puerto que en la noche parpadean!  
¡Trajín de muelle y algo más!  
Tu libro dice lo que la mar nunca revela:

la historia de riberas florecidas que cuenta el río al anegarse  
en ella.

De buen marino, ¡oh Julio!  
—no de marino en tierra, sino a bordo—, bitácora es tu

verso donde sonríe el norte a la tormenta.

Dios a tu copla y a tu barco guarde seguro el ritmo, firmes las cuadernas, y que del mar y del olvido triunfen, poeta y capitán, nave y poema.

## **EN TREN**

### **FLOR DE VERBASCO**

A los jóvenes poetas  
que me honraron con  
su visita en Segovia.

Sanatorio del alto Guadarrama, más allá de la roca cenicienta donde el chivo barbudo se encarama, mansión de noche larga y fiebre lenta.

 guard is mullida cama, bajo seguro techo, donde repose el huésped dolorido del labio exang e y el angosto pecho, amplio balcón al campo florecido?  Hospital de la sierra!.

El tren, ligero, rodea el monte y el pinar;

emboca por un desfiladero, ya pasa al borde de tajada roca, ya enarca, enhila o su convoy ajusta al serpear de un carril de acero.

Por donde el tren avanza, sierra augusta, yo te sé peña a peña y rama a rama;  
conozco el agrio olor de tu romero, vi la amarilla flor de la retama;

los cantuesos morados, los jarales blancos de primavera;

muchos soles incendiar tus desnudos berrocales, reverberar en tus macizas moles.

Mas hoy, mientras camina el tren, en el saber de tus pastores pienso no más y —perdonad, doctores— rememoro la vieja medicina.

¿Ya no se cuecen flores de verbasco? ¿No hay milagros de hierba montesina? ¿No brota el agua santa del peñasco?

\*

Hospital de la sierra, en tus mañanas de auroras sin campanas, cuando la niebla va por los barrancos o, desgarrada en el azul, enreda sus guedejones blancos en los picos de la áspera roqueda;

cuando el doctor —sienes de plata— advierte los gráficos del muro y examina los diminutos pasos de la muerte, del áureo microscopio en la platina, oirán en tus alcobas ordenadas, orejas bien sutiles, hundidas en las tibias almohadas, el trajinar de estos ferrocarriles.

Lejos, Madrid se otea.

Y la locomotora resuella, silba, humea y su riel metálico devora, ya sobre el ancho campo que verdea.

Mariposa montés, negra y dorada, al azul de la abierta ventanilla ha asomado un momento, y remozada, una encina, de flor verdiamarilla.

Y pasan chopo y chopo en larga hilera, los almendros del huerto junto al río.

Lejos quedó la amarga primavera de la alta casa en Guadarrama frío.

## BODAS DE FRANCISCO ROMERO

Porque leídas fueron las palabras de Pablo, y en este claro día hay ciruelos en flor y almendros rosados y torres con cigüeñas, y es aprendiz de ruiseñor todo pájaro, y porque son las bodas de Francisco Romero, cantad conmigo:

*Gaudeamus!* Ya el ceño de la turbia soltería se borrará en dos frentes *fortunati ambo!* De hoy más sabréis,

esposos, cuánto la sed apaga el limpio jarro, y cuánto lienzo cabe dentro de un cofre, y cuántos son minutos de paz, si el ahora vierte su eternidad menuda grano a grano.

Fundación del querer vuestros amores —nunca olvidéis la hipérbole del vándalo— y un mundo cada día, pan moreno sobre manteles blancos.

De hoy más la tierra sea vega florida a vuestro doble paso.

## SOLEDADES A UN MAESTRO

### I

No es profesor de energía Francisco de Icaza, sino de melancolía.

### II

De su raza vieja tiene la palabra corta, honda la sentencia.

### III

Como el olivar, mucho fruto lleva, poca sombra da.

#### IV

En su claro verso se canta y medita sin grito ni ceño.

#### V

Y en perfecto rimo —así a la vera del agua el doble chopo del río—.

#### VI

Sus cantares llevan agua de remanso, que parece quieta.

Y que no lo está;  
mas no tiene prisa por ir a la mar.

#### VII

Tienen sus canciones aromas y acíbar de viejos amores.

Y del indio sol madurez de fruta de rico sabor.

#### VIII

Francisco de Icaza, de la España vieja y de Nueva España,  
que en áureo centén se graben tu lira y tu perfil de virrey.

## A EUGENIO D'ORS

Un amor que conversa y que razona, sabio y antiguo —  
diálogo y presencia—, nos trajo de su ilustre Barcelona;  
y otro, distancia y horizonte:

ausencia, que es alma, a nuestro modo, le ofrecimos.

Y él aceptó la oferta, porque sabe cuánto de lejos cerca le  
tuvimos, y cuanto exilio en la presencia cabe.

Hoy, Xenius, hacia ti, viejo milano las anchas alas en el aire  
ha abierto, y una mata de espliego castellano lleva en el pico  
a tu jardín deserto —mirto y laureles— desde el alto llano en  
donde el viento cimbra el chopo yerto.

## LOS SUEÑOS DIALOGADOS

### I

¡Cómo en alto llano tu figura se me aparece!.

Mi palabra evoca el prado verde y la árida llanura, la zarza  
en flor, la cenicienta roca.

Y al recuerdo obediente, negra encina brota en el cerro, baja  
el chopo al río;  
el pastor va subiendo a la colina;  
brilla un balcón de la ciudad:

el mío.

El maestro.

¿Ves?

Hacia Aragón, lejana, la sierra de Moncayo, blanca y rosa.

Mira el incendio de esa nube grana,  
y aquella estrella en el azul, esposa.

Tras el Duero, la loma de Santana se amorata en la tarde  
silenciosa.

## II

¿Por qué, decidme, hacia los altos llanos huye mi corazón de  
esta ribera, y en esta tierra labradora y marinera suspiro por  
los yermos castellanos?

Nadie elige su amor.

Llevóme un día mi destino a los grises calvijares donde  
ahuyenta al caer la nieve fría las sombras de los muertos  
encinares.

De aquel trozo de España, alto y roquero, hoy traigo a ti,  
Guadalquivir florido, una mata del áspero romero.

Mi corazón está donde ha nacido no a la vida, al amor, cerca  
del Duero.

¡El muro blanco y el ciprés erguido!

### III

Las ascuas de un crepúsculo, señora, rota la parda nube de  
tormenta, han pintado en la roca cenicienta de lueñe cerro un  
resplandor de aurora.

Una aurora cuajada en roca fría que es asombro y pavor del  
caminante más que fiero león en claro día, o en garganta de  
monte osa gigante.

Con el incendio de un amor, prendido al turbio sueño de

esperanza y miedo, yo voy hacia la mar, hacia el olvido  
—y no como a la noche ese roquedo, al girar del planeta  
ensombrecido—.

No me llaméis, porque tornar no puedo.

#### IV

¡Oh soledad, mi sola compañía, oh musa del portento, que el  
vocablo diste a mi voz que nunca te pedía!, responde a mi  
pregunta:

¿con quién hablo?

Ausente de ruidosa mascarada, divierto mi tristeza sin  
amigo, contigo, dueña de la faz velada, siempre velada al  
dialogar conmigo.

Hoy pienso:

este que soy será quien sea;

no es ya mi grave enigma este semblante que en el íntimo  
espejo se recrea,

sino el misterio de tu voz amante.

Descúbreme tu rostro,

que yo vea fijos en mí tus ojos de diamante.

## DE MI CARTERA

### I

Ni mármol duro y eterno, ni música ni pintura, sino palabra  
en el tiempo.

### II

Canto y cuento es la poesía.

Se canta una viva historia, contando su melodía.

### III

Crea el alma sus riberas;  
montes de ceniza y plomo, sotillos de primavera.

### IV

Toda la imaginería que no ha brotado del río, barata  
bisutería.

### V

Prefiere la rima pobre, la asonancia indefinida.

Cuando nada cuenta el canto, acaso huelga la rima.

## VI

Verso libre, verso libre.

Líbrate, mejor del verso cuando te esclavice.

## VII

La rima verbal y pobre, y temporal, es la rica.

El adjetivo y el nombre remansos del agua limpia, son  
accidentes del verbo en la gramática lírica,  
del Hoy que será Mañana,  
del Ayer que es Todavía.

## CLXV

### (SONETOS)

#### I

Tuvo mi corazón, encrucijada de cien caminos, todos  
pasajeros, un gentío sin cita ni posada, como en andén  
ruidoso de viajeros.

Hizo a los cuatro vientos su jornada, disperso el corazón por cien senderos de llana tierra o piedra aborrascada, y a la suerte, en el mar, de cien veleros.

Hoy, enjambre que torna a su colmena cuando el bando de cuervos enronquece en busca de su peña denegrida, vuelve mi corazón a su faena, con néctares del campo que florece y el luto de la tarde desabrida.

## II

Verás la maravilla del camino, camino de soñada Compostela —¡oh monte lila y flavo!—, peregrino en un llano, entre chopos y candela.

Otoño con dos ríos ha dorado el cerco del gigante centinela de piedra y luz, prodigio torreado que en el azul sin mancha se modela.

Verás en la llanura una jauría de agudos galgos y un señor de caza, cabalgando a lejana serranía, vano fantasma de una vieja raza.

Debes entrar cuando en la tarde fría brille un balcón de la desierta plaza.

### III

¿Empañé tu memoria?  
¡Cuántas veces! La vida baja como un ancho río,  
y cuando lleva al mar alto navío va con cieno verdoso y  
turbias heces.

Y más si hubo tormenta en sus orillas,  
y él arrastra el botín de la tormenta, si en su cielo la nube  
cenicienta se incendió de centellas amarillas.

Pero aunque fluya hacia la mar ignota,  
es la vida también agua de fuente que de claro venero, gota a  
gota,  
o ruidoso penacho de torrente, bajo el azul, sobre la piedra  
brota.

Y allí suena tu nombre ¡eternamente!

### IV

Esta luz de Sevilla.

Es el palacio donde nací, con su rumor de fuente.

Mi padre, en su despacho.

—La alta frente, la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aun joven.

Lee, escribe, hojea sus libros y medita.

Se levanta;

va hacia la puerta del jardín.

Pasea, A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto ahora vagar parecen,  
sin objeto donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;

ya miran en el tiempo, ¡padre mío!, piadosamente mi cabeza  
cana.

Huye del triste amor, amor pacato,  
sin peligro, sin venda ni aventura, que espera del amor  
prenda segura, porque en amor locura es lo sensato.

Ese que el pecho esquivo al niño ciego y blasfemó del fuego  
de la vida, de una brasa pensada, y no encendida, quiere  
ceniza que le guarde el fuego.

Y ceniza hallará, no de su llama, cuando descubra el torpe  
desvarío que pendía, sin flor, fruto en la rama.

Con negra llave el aposento frío de su tiempo abrirá.

¡Desierta cama, y turbio espejo y corazón vacío!

**CLXVI**  
**(VIEJAS CANCIONES)**

**I**

A la hora del rocío, de la niebla  
salen sierra blanca y prado verde.

¡El sol en los encinares!  
Hasta borrarse en el cielo, suben las alondras.

¿Quién puso plumas al campo?  
¿Quién hizo alas de tierra loca?  
Al viento, sobre la sierra,  
tiene el águila dorada las anchas alas abiertas.

Sobre la picota donde nace el río, sobre el lago de turquesa y  
los barrancos de verdes pinos;  
sobre veinte aldeas, sobre cien caminos.

Por los senderos del aire, señora águila, ¿dónde vais a todo  
vuelo tan de mañana?

## II

Ya había un albor de luna en el cielo azul.

¡La luna en los espartales, cerca de Alicún!  
Redonda sobre el alcor, y rota en las turbias aguas del  
Guadiana menor.

Entre Ubeda y Baeza —loma de las dos hermanas:

Baeza, pobre y señora;

Ubeda, reina y gitana—.

Y en el encinar ¡luna redonda y beata, siempre conmigo a la

par!

### III

Cerca de Ubeda la grande,  
cuyos cerros nadie verá, me iba siguiendo la luna sobre el  
olivar.

Una luna jadeante, siempre conmigo a la par.

Yo pensaba:

¡bandoleros de mi tierra!, al caminar en mi caballo ligero.

¡Alguno conmigo irá!

Que esta luna me conoce y, con el miedo, me da el orgullo  
de haber sido alguna vez capitán.

### IV

En la sierra de Quesada hay un águila gigante, verdosa,  
negra y dorada, siempre las alas abiertas.

Es de piedra y no se cansa.

Pasado Puerto Lorente, entre las nubes galopa el caballo de los montes.

Nunca se cansa:

es de roca.

En el hondón del barranco se ve al jinete caído, que alza los brazos al cielo.

Los brazos son de granito.

Y allí donde nadie sube hay una virgen risueña con un río azul en brazos.

Es la Virgen de la Sierra.

**Freeditorial** 